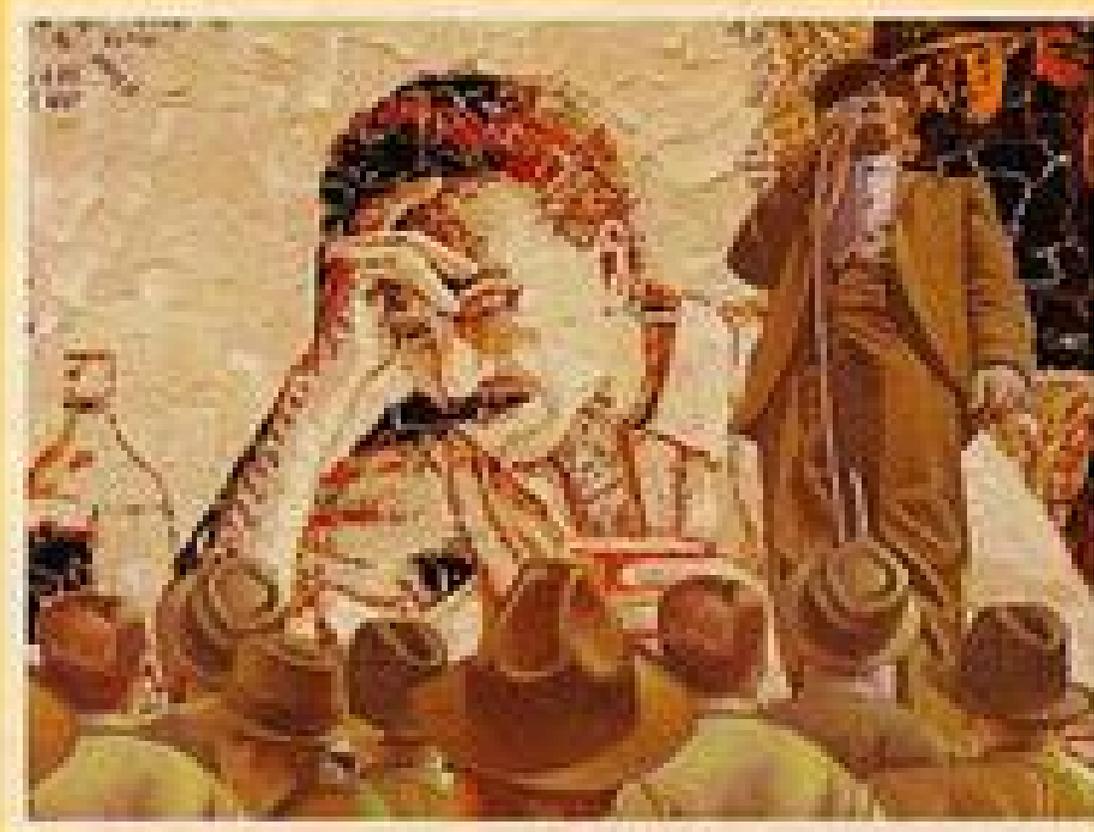


Elena Garro



Y MATARAZO
NO LLAMÓ...



Fotografía: Archivo de Jesús Garro

Elena Garro (Puebla de los Ángeles, 1916 - Cuernavaca, 1998) fue dramaturga, novelista, cuentista, guionista y coreógrafa. Por su obra, compleja y extensa, en la que rompe con la continuidad del realismo, se le considera una de las escritoras mexicanas más relevantes del siglo XX. A lo largo de su vida recibió varios galardones, entre los que destacan el Xavier Villaurrutia, en 1963; el Nacional de Literatura Juan Ruiz de Alarcón, en 1994; el Nacional de Narrativa Colima y el Sor Juana Inés de la Cruz, ambos en 1996. Algunas de sus novelas más emblemáticas son *Los recuerdos del porvenir* (1963), *Testimonios sobre Mariana* (1981), *Y Matarazo no llamó...* (1991), *Inés* (1991), *Busca mi esquila* (1998) y *Mi hermanita Magdalena* (1998). El FCE publicó entre 2006 y 2010 sus *Obras reunidas* en tres volúmenes que abarcan cuento, teatro y novela.

Prólogo

LOS HOMBRES NO LLORAN

“De pronto se dio cuenta de que se hallaba entre sus iguales, los desheredados. Y el hecho de beber con ellos un café caliente en una noche de lluvia, en el corazón de la ciudad ajena a sus pesares, lo llenó de cordialidad hacia sus compañeros. El poder le pareció absurdo, inhumano y alejado para siempre de ese instante inefable...” No han avanzado muchas páginas de *Y Matarazo no llamó...* (1989), cuando el personaje principal, un oficinista llamado Eugenio Yáñez, hombre casi anestesiado por una vida de rutina y medianía, conoce una forma de la redención: ha decidido regalar cigarros a un grupo de huelguistas a quienes las fuerzas del gobierno vigilan y hostigan. Se trata de una redención mínima en los hechos pero intensamente significativa para Eugenio: soltero, sin hijos, detenido en la estreñida escala de la burocracia, la existencia le ha cerrado, hasta ese instante, los caminos que podrían haberle otorgado un sentido más profundo a sus días.

Escrita casi 30 años antes de su publicación, *Y Matarazo no llamó...* retrata una esquirola de las luchas obreras de los años cincuenta en la

Ciudad de México, a través de la percepción de un ciudadano de a pie, un ser externo a los sucesos que se involucra desde la solidaridad aunque sus recursos sean pobres y su poder nulo. No hay manera de negar que Elena Garro toma partido en *Y Matarazo no llamó...* y reivindica a las víctimas mediante una crítica de la represión que las estructuras oficiales ponen en marcha. Los obreros en huelga son “sus iguales, los desheredados”, descubre Yáñez, porque, aunque él tenga un empleo estable y una vida, con sus estrecheces, resuelta, también ha sido testigo de los modos aviesos que asume la corrupción gubernamental en su misma oficina, pues ahí rigen la ineptitud, el servilismo, la mendacidad moral y la mentira. El conflicto de Eugenio Yáñez es así el de la víctima que, al descubrirse en esa condición, decide no replegarse ni resignarse sino enfrentar al poder.

Y Matarazo no llamó... tiene un eje unitario, basado en la percepción de su protagonista y en los movimientos de su vida interior. Narrada en tercera persona, la *nouvelle* hace uso del discurso indirecto libre para dotar de cercanía y fuerza el periplo emocional de su personaje. En este sentido, no resulta menor el acento con que esta novela corta, si bien afincada en el tratamiento ficcional de un asunto político, se acerca puntillosamente a las manifestaciones de la virilidad.

El sitio de la víctima es ocupado en casi toda la obra de Garro por personajes femeninos. Las repercusiones que sus desafíos a la autoridad viril tienen son usualmente íntimas: la paranoia, el pánico y la parálisis. Aunque vive en diferentes estaciones de su itinerario dramático algunas de esas pulsiones, Eugenio Yáñez reconoce, de forma más que crucial, el llanto. “Se sentó en la orilla de la cama y de pronto supo que unas lágrimas ardientes corrían por sus mejillas fatigadas. El llanto silencioso le produjo un bienestar”. La revelación del cariz salvador que tiene el llanto se confronta con la educación masculina que Yáñez recibió en su familia y en la sociedad: “ ‘Los hombres no lloran’, le repetía su padre. ¿Y por qué los hombres no podían llorar? Alguna vez debía romper las normas impuestas y con decisión se lanzó sobre su cama y sollozó sobre la almohada de borra. La almohada parecía estar llena de piedrecitas duras y compactas”.

Con el devenir dramático de un varón común y corriente, Garro hace en *Y Matarazo no llamó...* no sólo una crítica de la represión y la corrupción en los momentos más álgidos del régimen priista, sino también demuestra cómo la represión del Estado descansa en formas patriarcales que exigen un modelo de conducta masculina que privilegia la traición, el oportunismo y la violencia. Hacia el final, Yáñez es detenido al intentar huir, con la ayuda de un sacerdote, de Coahuila a Durango. Cuando es transportado de forma degradante por sus captores, una escena revela cómo la represión política habría de sostenerse en la obliteración de las fibras sensibles: “Aquellos hombres existían para que existiera el acto prodigioso del crimen, y nuestro tiempo era sólo eso: el crimen. Le subieron a los ojos unas lágrimas de fuego, que le abrasaban por dentro todo el rostro. Llorar le hacía daño, la cabeza parecía rompersele a medida que subían los sollozos. ‘—No llores... ¿Qué, no eres hombre?’ ”

Aniquilado hasta en su buen nombre por la maquinaria político-policíaca, Eugenio Yáñez se une a la galería de personajes derrotados que Elena Garro presentó en una generosa franja de su obra. Es un personaje derrotado, sí, pero irreductible, insobornable en su dignidad, redimido por su gesto solidario y, sobre todo, por su conversión a una forma sensible de la virilidad, a la que se llega con la manumisión de las emociones.

GENEY BELTRÁN FÉLIX

Y MATARAZO NO LLAMÓ...
(1991)

A Tito y a Pedro

Hacía varios días que de noche la casa de Eugenio cambiaba de lugar. De día estaba a espaldas de la avenida de los Insurgentes, de noche no se sabía adónde la llevaban. Antes la casa había sido sedentaria, ahora se había convertido en andariega y vagabunda. Vías férreas enormes y temibles se instalaban bajo sus ventanas y los trenes pasaban silbando peligrosos. Relojes inexistentes durante el día daban las horas con insistencia. En cuanto oscurecía, la casa se poblaba de huéspedes inesperados. Pájaros misántropos visitaban los muebles para golpearlos con sus picos destructores. Animales misteriosos gruñían adentro de los cojines verdes de la salita y por el caño del lavadero de la cocina salían ajolotes enormes a hacer gorgoritos. Eugenio escuchaba esos ruidos con asombro.

—¿Quién anda ahí?

Tres relojes cercanos le contestaron dando las doce campanadas. Eugenio contó los golpes preocupado.

—Sí, las doce...

Volvió a contar las campanadas cuando otro reloj cantó solemne la media noche. Enseguida dos relojes más se empeñaron en dar la hora al mismo tiempo, confundiendo sus voces como lo hacen los hombres en las discusiones, cuando ya nadie escucha a nadie.

—¡Las doce de la noche y Matarazo no llamó!...

Eugenio se quedó quieto. Escuchó con atención: una rata enorme roía las patas de su cama. De puntillas se dirigió a su habitación y trató de descubrir al animal. El ruido cesó. Bajo las mantas, el hombre casi no hacía bulto y estaba quieto. Le dio temor acercarse nuevamente a él y contemplar su rostro deformado y su cabeza vendada. Volvió a la salita y

nervioso, encendió un cigarrillo y se dedicó a contemplar el teléfono callado y hosco sobre una mesita.

—¡Sábado, hace apenas ocho días que los conozco!... —se dijo.

Se dejó caer perplejo en un sillón. Su mano rozó la superficie áspera de la tela, por las manchas de sangre seca. Ni siquiera se había preocupado de limpiarlas, se había acostumbrado a ver correr sangre y que ésta se secara. Dos de los cojines del sofá también estaban manchados. Pensó que era raro que Matarazo no hubiera notado aquellas manchas, para decirse enseguida: “Debe creer que son del otro...” Aturdido volvió a levantarse. “Me van a acusar de asesinato...” Dio unos pasos por la salita, quería volver a su habitación, pero se detuvo y se dejó caer en el sofá.

—¡Todo esto es muy raro! —se dijo en voz baja.

El teléfono llamó con timbrazos agudos. Descolgó la bocina con avidez y alivio.

—¿Bueno?

—¡Cabrón!... ¡Hijo de la chingada! ¡Te vamos a joder!...

—¿Quién habla?... —preguntó sin esperanzas de que se identificara su interlocutor.

—¡Tu puta madre! —contestó la voz y cortó la comunicación.

Eugenio contempló el aparato sin asombro. Ya le habían llamado varias veces para amenazarlo. Con cuidado depositó el teléfono en su lugar y le pareció que su casa había caído en el vacío. Sintió que los labios, la nariz y las orejas se le enfriaban con una velocidad aterradora. Un vértigo momentáneo lo obligó a sentarse y a cogerse la cabeza entre las manos. Procuró reponerse de la impresión, se santiguó y con gran esfuerzo se acercó a la ventana. Allí se instaló y con suma precaución miró a la calle a través de una rendija de la persiana cuidadosamente cerrada. ¡Lo vio! ¡Allí estaba el automóvil negro con sus ocupantes de sombrero puesto! Llovía copiosamente y la calle a esas horas parecía la calle de una ciudad desconocida. El cuadro de pasto de la acera de enfrente brillaba muy verde a través del agua y de la luz de los faroles. La casa de las prostitutas tenía las ventanas cerradas. Nadie frecuentaba la calle. Sólo aquel coche de color negro aguantaba la lluvia con valor, mientras que sus ocupantes fumaban tranquilos un cigarrillo. Se diría que los hombres se sintieron

observados, pues volvieron la cabeza para mirar con insistencia hacia su ventana.

—¡Las doce de la noche y Matarazo no llamó!... —volvió a repetirse Eugenio. De pronto se sintió culpable. Sí, era tan culpable que podía ocurrirle cualquier desgracia. “No cabe duda, ando fuera de la ley”... “¿La ley?”, se preguntó asombrado. “¿Y quién hizo esa ley tan desnaturalizada?” No lo sabía. “Creo que los padres de la Patria”..., se dijo con amargura. Bastaba con que aquellos hombres bajaran de su automóvil negro y llamaran a su casa, para que él, Eugenio Yáñez, estuviera perdido. ¿Acaso sus compañeros de trabajo no habían dicho que los culpables eran los comunistas?

—¡Es absurdo!..., ¡absurdo! —se repitió en voz alta.

Y se sentó a esperar a que llegara Matarazo.

No se arrepintió de nada de lo que había hecho, ya que en realidad no había hecho nada. Llevaba una vida solitaria y anónima. “¡Pero si soy un don nadie!”, se dijo para convencerse de su inocencia.

Su hermano mayor vivía en San Luis Potosí, era dueño de una zapatería, estaba casado, tenía seis hijos y hacía un año que no lo visitaba. Supo que estuvo en la ciudad para hacer sus compras, pero seguramente no tuvo tiempo de llegar hasta su casa. “A lo mejor olvidó mi teléfono.” Su hermana también estaba casada y vivía en El Mante, ocupada en sus hijos, de manera que él podía considerarse como un hombre completamente solo. Le molestaba recordar a su mujer con la que sólo vivió cuatro años. Le había perdido la pista. Supo que se casó con un gobernador, después de haber vivido con algunos hombres de menor categoría social. No entendió por qué se acordó de ella justamente esa noche. Pero no logró recordar sus rasgos, era extraño; recordó su presencia, su olor y su bata de casa de color morado. También le llegó el eco agudo de su voz. “¿Cuánto tiempo hace que no sé nada de ella?”, se preguntó, para calcular enseguida: “¡Unos veinte años!...” Veinte años le parecieron muchos años y poco tiempo. El Eugenio de hacía veinte años ya no existía; lo vio surgir, entre la niebla espesa que se acumulaba en su memoria, como a un desconocido, que nada tenía que ver con el Eugenio que de su trabajo iba algunas veces al cine o daba paseos melancólicos en

su automóvil de tercera mano. Conocía a mucha gente. En México todo el mundo se conoce; pero no la frecuentaba. De joven en la universidad tuvo amigos, que ahora ocupaban altos puestos en la política. En realidad la carrera les servía de trampolín para saltar a algún empleo notable, que mejoraba cada sexenio. Cuando se los encontraba en la calle parecían ponerse muy contentos:

—¡Hermano!... ¡cuánto tiempo! ¡Ven a verme! ¡Estoy para todo lo que se te ofrezca!

Y apuntaban presurosos su número de teléfono en un papel cualquiera que él sabía que tirarían en la próxima esquina. Estaban gordos, llevaban automóviles de último modelo y vistosos trajes norteamericanos. Su alegría al verlo, de pronto se convertía en nostalgia.

—¿Te acuerdas, hermano? —decían sentimentales.

—Sí, me acuerdo...

—¿Te acuerdas?... —repetían.

No sabía bien de qué le pedían que se acordara, pero todos ponían la misma cara cuando le hacían aquella pregunta. Alguna vez necesitó de alguno de aquellos “hermanos” y acudió a su oficina, sólo para contemplar el esplendor de su antesala repleta de pedigüños de caras cansadas y zapatos viejos. Los que entraban sin espera y con diligencia eran los otros, sus iguales en trajes americanos, coche último modelo y voces optimistas y sentimentales. Hasta la sala de espera llegaba:

—¡Hermano!, ¡qué gusto! ¿Qué te trae por aquí?...

Eugenio decidió estar solo. No entendía a aquellos hombres que usaban un lenguaje pomposo y oratorio acompañado de gestos cordiales. Tenía la impresión de que le ponían mayúsculas a palabras tan simples como madre, progreso, obrero, patria, libertad, campesino o bandera.

A su edad —ya pasaba de los cincuenta años—, era difícil hacerse de nuevos amigos. A medida que se alejaba de su juventud, volvía a la timidez de su primera adolescencia y su capacidad de afecto se dirigía a los animales, aunque por pudor no se atrevía a adoptar a un perro, un gato o un canario y prefería inclinarse hacia la gente humilde, pero tampoco se resolvía a dar rienda suelta a este sentimiento. Movidó por la compasión y por la necesidad de hablar con alguien se acercó a los

obreros que vigilaban los patios de la estación. Recordó cómo pasó casi rozando sus rejas, tratando de oír lo que decían. Quería mezclarse con ellos, compartir su huelga, aunque fuera de un modo accidental y lejano, para confundirse un poco con los demás, ya que también él era un desdichado. Se dio cuenta de ello en el momento de pasar por aquel lugar prohibido.

—¡Ya no tenemos cigarros!...

—¿Qué haremos?... —escuchó decir a dos huelguistas.

—¡Caray! ¿A poco vamos a pasar la noche sin fumar? —contestó otro obrero.

Eugenio tomó la decisión de proveerse de cigarrillos y de traérselos a los huelguistas. Cruzó los cordones de soldados inmóviles y alertas y de los policías vestidos de paisano que vigilaban la estación y sus alrededores y buscó en las calles adyacentes un estanquillo donde comprar tabaco. La señorita del mostrador le repitió con impaciencia:

—¡Decídase, señor! ¿Qué marca de cigarrillos quiere?

—Pues, setenta y cinco pesos de todas las marcas —respondió Eugenio con decisión.

La señorita parecía no estar dispuesta a surtir aquel pedido disparatado. Se diría que el cliente le quería dejar vacío el estanquillo.

—Señorita, setenta y cinco pesos de cigarrillos de todas las marcas. Son para los huelguistas...

—¡Ay!, pobrecitos, les va a ir muy mal, ya sabe usted cómo es el gobierno... —dijo la muchacha convencida.

Eugenio volvió a la estación con el tabaco. Avergonzado, entregó el enorme paquete a unos obreros que le parecieron ser los que se quejaban de la falta de tabaco.

—¿Cómo se llama, compañero? —le preguntaron.

Eugenio les dio su nombre y su dirección. Se cambiaron apretones de mano. Pudo retener dos nombres: Tito Vallarta y Pedro Torres. Los dos eran muy jóvenes y ambos tenían el aire grave. De regreso en su casa se sintió tranquilo; había ayudado en algo a aquella gente que velaba en la estación. Era su primera acción política. Una emoción nueva y desconocida lo hizo sonreír mientras se preparaba unos huevos revueltos

y bebía su solitaria copa de tequila. “¡De manera que el Señor Gobierno es omnipotente; dice: ¡no hay huelga y no la hay!... Pues que vea que somos muchos los que no estamos de acuerdo con él”, se dijo, saboreando su tequila. Para Eugenio, el gobierno eran las caras de sus conocidos y las de los desconocidos que aparecían todos los días en el periódico. “¡Bola de ladrones!”, afirmó depositando su copa sobre la mesa.

A la noche siguiente volvió a presentarse en la estación con su cargamento de tabaco. Los cordones de los policías eran más espesos. Con gesto adusto revisaron los cartones repletos de cajetillas de cigarros.

Al llegar al lugar en donde había estado la noche anterior, oyó que lo llamaban por su nombre:

—¡Yáñez!... ¡Yáñez!... ¡Acá!...

Se volvió para descubrir a Pedro y a Tito. Los muchachos parecieron alegrarse al verlo.

—Estábamos casi seguros de que vendría otra vez —dijo Pedro.

—Pues sí, aquí me tienen —contestó Eugenio, satisfecho porque alguien lo esperaba.

—Compañero, ¿quiere hacernos un favor? —preguntó Tito.

Eugenio asintió contento de sentirse útil y de que alguien le pidiera un servicio.

—¡Pues véngase!

Tito y Pedro, seguidos de dos obreros más, salieron de la estación y se unieron a Eugenio.

—No tenemos ni un centavo. ¿Nos puede llevar a la calzada del Chabacano? —le pidieron sus cuatro nuevos amigos.

—¡Cómo no! —contestó Eugenio con alegría. Un placer nuevo en él lo hizo caminar de prisa; se dio cuenta de que era el placer de la rebelión lo que lo animaba.

Buscaron su automóvil. Llovía a cántaros y los soldados bajo sus capotes los vieron alejarse con indiferencia. Los cuatro hombres y Eugenio subieron al auto y cruzaron la ciudad ahogada por la lluvia. Los obreros iban silenciosos, como si de pronto toda la melancolía de la noche lluviosa se les hubiera echado encima. Eugenio sentía la necesidad de decir cosas que no había dicho jamás en su vida, pero el desaliento de

sus compañeros lo obligó a callar. Sin embargo, dentro de él bullía una efervescencia desconocida, una energía nueva, que casi lo llevó a silbar mientras iba conduciendo. El hecho de desafiar a las autoridades lo colmaba de optimismo: con su desafío probaba que todas las palabras y los discursos que había tenido que escuchar de labios de sus jefes y de sus amigos eran patrañas, imentiras!, ifalsedades! Eran ellos los malos ciudadanos, no los obreros.

—Pero vamos a ver muchachos, ¿existe o no existe el derecho de huelga? —preguntó con optimismo, mientras limpiaba el parabrisas empañado con tantas respiraciones.

—¡Claro que existe!... Lo que no existe es el derecho a ejercerla.... —contestó Tito.

—Entonces, ¿la huelga está prohibida? —insistió Eugenio.

—En la práctica está prohibida. En la Constitución y en las leyes del trabajo el derecho a la huelga existe. Es uno de los derechos de la clase obrera, sólo que no debemos ejercerlo —contestó Pedro animándose repentinamente.

—¡Eso es absurdo! Si existen las leyes, ese derecho debemos ejercerlo. ¿Cuándo dejaremos los mexicanos de ser un pueblo de borregos? Sí, compañeros, somos un pueblo de mandados, no tenemos valor para ejercer nuestros derechos; por eso la bola de ladrones que nos gobierna hace de nosotros lo que le da la gana. ¡Ya es tiempo de que México despierte!... Yo, por ejemplo, he despertado al verlos a ustedes y siento que mi pecho, humildemente, se inflama de orgullo por andar en su compañía...

—¿Es nuevo en la lucha?... —preguntó el más moreno de los amigos de Tito, y que más tarde supo que se llamaba Eulalio.

—Sí, es decir, ni siquiera nuevo, digamos un espontáneo... —confesó Eugenio súbitamente ruborizado.

—Muy bien, compañero. Es interesante su actitud, aunque me parece demasiado sentimental... cosa nada rara en un novato pequeñoburgués, pero de cualquier manera, ¡muy encomiable! —terminó Eulalio con voz aguda, que desentonaba con las voces de los demás...

—Compañero Eulalio, así empiezan los más duros, los más

aguantadores, de los que uno menos espera —recordó Ignacio, el compañero de Eulalio, un hombre joven que tiritaba de frío en el fondo del coche. Iba en mangas de camisa y su voz parecía muy afligida.

Era Tito el que guiaba a Eugenio durante el trayecto. El auto se detuvo frente a una casucha sucia y complicada. Un niño abrió la puerta.

—¿Están los Galán? —preguntó Tito.

—Sí, ahí están —contestó el niño haciendo un gesto con la cabeza. Entraron a un cuarto de paredes pintadas de color de rosa, en la que había una mesita de palo y sobre ella restos de chicharrones y jarros de café frío. Se quedaron todos de pie, sin saber qué hacer. Eugenio miró en torno suyo. “Están fregados, qué cuartel general tan miserable... ¡caray!”, se dijo al contemplar al niño que se caía de sueño. “¿Y este centinela tan minúsculo, quién será?” Lo escuchó decir:

—Tengo hartos sueños...

—¿Y los Galán? —insistió Tito.

El niño señaló una puertecita al fondo de la habitación y luego se acostó en el suelo disponiéndose a dormir.

Eugenio tuvo la impresión de que los Galán eran muy importantes en la huelga, pero no logró verlos. Recordó las novelas rusas que leyó en su juventud y le pareció ser uno de aquellos protagonistas. ¿De cuál? No podía precisarlo. Pensó que era indicado tener miedo, y para su gran decepción no pudo gozar de aquel sentimiento exaltante. Tito cruzó el cuarto, se dirigió a la puerta indicada por el niño, llamó con los nudillos y las hojas de madera se abrieron con sigilo. Tito desapareció tras ellas. Sus pantalones viejos de mezclilla, su chaquetón tan usado y sus botas vencidas dejaron perplejo a Eugenio. “¡Caray!, para ser obrero está demasiado pobre!... Dicen que todo el salario se les va en beber...”, y trató de descubrir en el rostro de Pedro y de sus amigos las huellas dejadas por el alcohol. Tal vez Eulalio era el único borracho, aunque era una temeridad pensarlo. A Eugenio se le ocurrió pensar que el mal humor de aquel hombre pequeño y gordezuelo se debía a la cruda, pues miraba a Pedro con ojos biliosos. Pedro, por su parte, esperaba en silencio la reaparición de Tito, mientras que Ignacio, nervioso, se golpeaba la palma de la mano derecha con el puño izquierdo cerrado. No le parecía bien que

hubiera entrado Tito solo a parlamentar con los Galán y observaba de reojo el disgusto de su amigo Eulalio. Eugenio sintió la tensión, tensión que montaba entre Pedro y sus dos compañeros, pero no dijo nada. Era curioso ver que también entre los obreros existieran diferencias. ¡Era una lástima!, ¡una verdadera lástima! Observó a los tres hombres sentados en sus sillas de tule. Los tres parecían muy cansados y los tres guardaban silencio. A sus pies dormía el niño, descalzo, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro pálido devorado por la fatiga.

—¿De dónde lo sacaron? —preguntó Eugenio.

—¿Al Novillero?... pues no sé. Hace ya tiempo que anda con nosotros. Vende la *Extra* en la tarde y siempre nos trae noticias nuevas que escucha por aquí y por allá... ¡es un buen elemento! —contestó Pedro convencido de sus palabras, y mientras miraba dormir al chiquillo.

—Como de costumbre, no tiene padres, ¿verdad? —preguntó Eugenio sintiendo una enorme piedad por aquel mocoso apodado El Novillero.

—¿El Novillero?... No, no tiene familia. Creo que su madre vive en Michoacán; de su padre no sabe nada. Él vino a la ciudad a hacer fortuna... —contestó Pedro, que parecía más interesado en lo que se decía detrás de la puerta que ocultaba a Tito, que en la triste suerte del Novillero.

—Es la falta de educación cívica la que produce casos como el de este niño —sentenció Eulalio con su voz aflautada.

—También la miseria, la miseria... —insistió Ignacio moviendo la cabeza y con temor de disgustar a su amigo.

Por fin reapareció Tito. Parecía mortificado al cerrar la puerta por la que había salido, con harto esmero.

—Compañero Eulalio, los compañeros prefieren guardar ellos mismos los documentos. Les agradecen a ti y a Ignacio el sacrificio al que están dispuestos, pero en este momento no lo juzgan conveniente —anunció Tito.

—De acuerdo. No hay ofensa, compañero, aunque me parece muy arriesgado... muy arriesgado estando ellos tan señalados —contestó Eulalio con aire decepcionado.

Su amigo Ignacio lo miró con temor. Pedro apartó la vista de él y Tito

trató de hacerle leve el rechazo:

—No sé si más tarde cambien de opinión. Tú sabes, compañero, que en momentos como éste las situaciones varían en cuestión de minutos. Tu oferta de sacrificio queda en pie. No lo olvidaremos, camarada.

Afuera continuaba lloviendo y los cinco hombres escucharon el caer de la lluvia sin volver a dirigirse la palabra, sumido cada uno de ellos en su propia fatiga y en sus propios pensamientos.

De pronto Eulalio rompió el silencio; empezó a hablar con vehemencia en una jerga revolucionaria en la que abundaban las palabras carcomidas en las tribunas políticas. Ignacio, el amigo del orador, aceptó con paciencia aquel diluvio de palabras, mientras que Pedro y Tito observaban con curiosidad la estatura mínima de Eulalio y su abundante gordura, como si fuera la primera vez que lo veían. Ninguno de los dos parecía dispuesto a tomar parte en la discusión solitaria de Eulalio, en la cual él se hacía las preguntas y se daba las respuestas.

La lluvia golpeaba con insistencia los vidrios de la ventana y las llantas de los automóviles zumbaban sobre el pavimento mojado.

—Llueve... —dijo Eugenio.

Eulalio lo miró con rencor y detuvo su disertación. Ignacio trató de animarlo para que continuara, pero el hombrecito guardó un silencio obstinado.

—Voy a preparar café —anunció Tito.

Bebieron el café humeante y escucharon el ritmo de la lluvia que arreciaba por momentos. La bebida caliente se esparcía por el interior del cuerpo de Eugenio, produciéndole un placer casi sentimental: el placer de sentirse acompañado. De pronto se dio cuenta de que se hallaba entre sus iguales, los desheredados. Y el hecho de beber con ellos un café caliente en una noche de lluvia, en el corazón de la ciudad ajena a sus pesares, lo llenó de cordialidad hacia sus compañeros. El Poder le pareció absurdo, inhumano y alejado para siempre de ese instante inefable en la casita de Chabacano, en donde por primera vez gozaba del peligro y de la compañía de los conspiradores. Miró los ojos tristes de Tito y los cabellos castaños de Pedro. Observó sus botas manchadas de grasa negra de las vías de los ferrocarriles, sus pantalones de mezclilla desteñida, sus

camisas a cuadros y sus chaquetones remendados. Sintió vergüenza por su traje de casimir y su camisa de High Life. Nunca había pensado con seriedad en la gravedad de la pobreza. ¿Qué pedían con su huelga? Pedían muy poco, bastaría con que sus amigos, “sus hermanos”, suprimieran un año las compras de sus automóviles de lujo para satisfacer la miseria que pedían los hombres que guardaban la estación. La suma que él pagaba en un buen restaurante, cuando tenía la ocurrencia de darse buena vida, era mucho mayor que el aumento pedido por cabeza por el comité de huelga. “Es estúpido no darles lo que piden”, se dijo, sintiéndose culpable, y miró a Ignacio tan mal vestido como sus compañeros y que en ese momento, con los brazos caídos, miraba sin esperanzas a Eulalio. Éste se movió en su silla, miró largo rato al Novillero, que continuaba durmiendo, se puso de pie, levantó los brazos y exclamó:

—¡Camaradas, me retiro! Veo que todo está en orden.

—Nosotros nos quedamos —dijeron Pedro y Tito.

Ignacio imitó a su amigo, se puso de pie, se frotó los ojos enrojecidos por las desveladas y anunció que también él se iba.

Eugenio se ofreció a llevarlos en su coche. Salieron corriendo de la casita, para evitar la lluvia y el lodo. Apenas subieron al automóvil, Ignacio se deshizo en quejas. ¿Cómo era posible que le hubieran negado a Eulalio la guarda de los documentos? Él, y ningún otro, había sido uno de los grandes promotores de la huelga. Su colaboración había sido definitiva. No era justo que Tito y Pedro, dos elementos sin gran importancia, se tomaran tamañas prerrogativas. La cara oscura de Eulalio permaneció impasible. Ignacio continuó sus quejas:

—Son dos recién llegados... ellos le dan mucha importancia a su intervención en el norte, que en realidad es mínima.

Eulalio afirmó con la cabeza, sin descuidar de continuar indicándole a Eugenio la ruta que debía tomar el coche. Llegaron a una barriada pobre. Frente a la puerta de una vivienda oscura, Ignacio hizo detener el automóvil. Bajó del auto y le tendió la mano a Eugenio:

—Gracias, compañero, aquí tienes tu casa.

—Ignacio es un elemento útil —declaró Eulalio cuando su amigo

desapareció por una puertecilla sucia.

—Parece buen compañero...

—Sí, es útil, y en caso que no se logre, ¡a los leones! —dijo Eulalio, invirtiendo el dedo pulgar a la usanza romana. Después le dio su dirección a Eugenio, que no podía dejar de pensar en la frase: “¡A los leones!”

Eugenio se sintió incómodo junto a aquel hombre. Después de todo, era un desconocido y sintió que los puentes entre él y Eulalio se habían roto. No había comunicación entre ambos. Eulalio poseía una fuerza extraña, fundada en una seguridad desmedida en sí mismo, que tenía la virtud de desconcertar a su interlocutor. Hablaba con el aplomo que poseen las personas de estatura muy corta y daba la impresión de que no le interesaba guardar ningún secreto. Se preguntó en qué residía la fuerza del personaje aparentemente insignificante que viajaba a su lado, y llegó a la conclusión de que su fuerza no era sino la fe profunda en su causa. Lo interrumpió Eulalio en sus pensamientos:

—No importa que ellos guarden los documentos. Yo tengo copias de los archivos de todo el movimiento. Están perfectamente clasificadas. ¡No sé qué harían sin mí!

A continuación explicó su sistema para manejar a la gente. “No debe ser muy efectivo su sistema, puesto que Pedro y Tito no le prestaron obediencia”, se dijo Eugenio y se limitó a contestar con movimientos afirmativos de cabeza. Eulalio vivía en las afueras de la ciudad y tuvo tiempo para explicar sus métodos. ¿Por qué se confiaba así a un extraño?... Tal vez deseaba curarse de lo que él consideraba una humillación, la negativa de sus compañeros para confiarle los documentos.

—Esos dos compañeros son primerizos. No tienen todavía la experiencia revolucionaria que tiene un luchador experimentado como yo. No hay que tomarlos muy en cuenta, pero eso sí, ¡hay que estar alerta! Es muy fácil que cometan un error, que se dejen llevar por el sentimentalismo, por ejemplo como en el caso suyo, compañero —dijo de pronto mirándolo con dureza.

Eugenio se sintió intranquilo; pensó que debía asegurarse a su

compañero que la amistad con Pedro y con Tito era inexistente.

—Pero si yo apenas los conozco, es un puro azar el que yo estuviera esta noche con ellos —contestó incómodo Eugenio.

El automóvil salió de la ciudad y entró por unos llanos húmedos y brillantes. Pasó cerca de las bardas derruidas que anuncian la proximidad del campo. Encontró grupos de casuchas amontonadas en un aparente desorden. Su compañero le indicó entrar por una callecita mal trazada y se encontró en un callejón lodoso y sin salida.

—Ahí tiene usted su casa —dijo Eulalio señalando vagamente alguna de aquellas casuchas. Se volvió a mirar a Eugenio para decirle con voz concentrada—: Pensaba que su amistad con los muchachos era más profunda. ¿Ve cómo tengo razón? ¿Ve cómo son dos impreparados?... — se bajó del coche y se perdió en el callejón oscuro con pasitos rápidos de enano.



Eugenio buscó el camino de vuelta a su casa. Atravesó la ciudad; iba preocupado, había tratado de disculpar a los dos muchachos negando la amistad que sentía por ellos y el resultado había sido peor. Eulalio lo había tomado como prueba de su inconciencia. Las palabras corrosivas de Eulalio habían deshecho la noche cordial y que a él le había parecido fabulosa. Hasta los rostros de Pedro, de Tito y del Novillero parecieron diluirse, perderse entre la lluvia, después de las frases de Eulalio.

Al día siguiente Eugenio se sintió quebrantado. Se había acostado a las cuatro de la mañana y el despertador lo sobresaltó a las siete. A lo sumo había dormido dos horas. En su oficina le hicieron bromas:

—¡Mire qué cara de desvelado!

—¿De parranda, señor Yáñez?

—¡No molesten! Está bien que se haya echado una cana al aire...

Al mediodía un sueño invencible lo hizo cerrar los ojos y quedarse dormido sobre su escritorio. La señorita Refugio lo despertó con suavidad. La luz plateada de las dos de la tarde le produjo un dolor violento en los ojos.

—¡Es sábado, señor Yáñez! —le dijo la señorita Refugio para consolarlo.

Los sábados sólo trabajaban medio día. Eugenio le agradeció la atención y abandonó su oficina en silencio. Estaba preocupado; compró los diarios de la tarde y se dirigió a su casa. Los titulares de los periódicos acusaban a los huelguistas de traición a la patria y de estar al servicio de potencias extranjeras. Eugenio sonrió con amargura. Él conocía bien aquellas firmas que paseaban su indignación en automóviles de más de cien mil pesos. Recordó la voz indignada de su jefe:

—¡Hay que darles duro a esos comunistas! ¡Duro!

Si su jefe supiera que había pasado la noche entre aquellos huelguistas, lo mandaría borrar de las nóminas. Sonrió satisfecho; el viejo imbécil nunca lo sabría. ¿Y por qué lo llamaba viejo si era mucho más joven que él? “Vamos a ver, ¿qué edad tendrá el señor Gómez?... a lo sumo treinta y cinco años”, se contestó sorprendido. ¡Eso se llama hacer una carrera burocrática! La señorita Refugio le había asegurado que tenía buenos padrinos, que llegaría muy lejos...

—No se extrañe usted de verlo uno de estos días de ministro... —le había susurrado unos días antes.

La pobre señorita Refugio economizaba sus planillas de autobús y escribía a gran velocidad en la máquina. Era la mejor dactilógrafa del departamento. ¡Pobre señorita Refugio!, siempre con su falda azul marino y sus blusas planchadas con rigor.



Eugenio tomó una larga ducha de agua caliente y se metió en la cama. Dormiría hasta las primeras horas de la noche y luego iría a la estación a buscar a sus amigos. No le importaba el juicio de Eulalio. Quería ver a Tito y a Pedro, entre otras cosas para comentar sobre aquel hombrecillo vanidoso y desconfiado. Les preguntaría: ¿por qué es tan importante Eulalio?... Antes de caer dormido, recordó a su jefe y sonrió. “Pobre hombre.. no sabe nada”; luego agregó, casi dormido ya: “Yo nunca he conocido a un comunista”... Se durmió profundamente. A medio sueño le pareció que alguien llamaba a su puerta de entrada. Se levantó a tientas y cruzó la casa sumida en el silencio; iba descalzo. Abrió la puerta de entrada de par en par; un viento helado de lluvia le despejó la cabeza y le

aligeró el sueño. En la puerta no había nadie. Tal vez soñó que llamaban. Volvió a su habitación y miró su reloj: ¡Las diez y media de la noche! ¿Cómo era posible que hubiera dormido tanto? “Tengo que ir a la estación”, se dijo, y se apresuró a buscar una camisa limpia. La prisa le impedía vestirse con orden; tenía la impresión de perder el tiempo, de equivocarse de manga, de no encontrar la corbata adecuada. Se estaba abrochando las mancuernillas cuando el timbre de entrada llamó con furia. Eugenio se precipitó a la puerta de entrada, abrió e Ignacio se introdujo veloz en su casa, sin decir una palabra y mirando ansioso en todas direcciones, como si buscara a alguien o huyera de algo. Venía empapado; sus cabellos chorreaban agua y traía el gesto descompuesto. Eugenio lo miró asustado, lo siguió hasta el saloncito.

—¿No está?... —preguntó Ignacio sin alientos.

—No... ¿quién?

—El herido... oí que se lo traían a usted, compañero.

—¿El herido?... ¿Cuál herido?... —preguntó Eugenio, que se quedó con los brazos colgantes y la boca abierta frente al intruso.

Ignacio se levantó algunas mechadas mojas que le caían sobre la frente, hizo el gesto de querer sacudirse el agua que chorreaba de su ropa y de pronto exclamó:

—¡Nos dieron!... ¡Nos dieron, compañero!... Siguen combatiendo...

—¿Combatiendo?... —preguntó Eugenio atontado.

—¡Imagínese, compañero!... Nos echaron encima a todas las fuerzas, ¡qué tiroteo! Dicen que hay muchos muertos... y también muchos heridos —gritó Ignacio exaltado, casi con alegría.

Eugenio Yáñez permaneció mudo de sorpresa ante la exaltación de su visitante. Éste se acercó a él y le dio una palmada en el hombro.

—Deséeme buena suerte, compañero Yáñez.

Ignacio se balanceó sobre las piernas, lanzó una mirada suspicaz a su huésped y se dirigió a la puerta.

—¡Es inútil! No hay quien pueda con el gobierno. No, ellos tienen la fuerza... ¡el poder y la gloria! —agregó, haciendo una mueca como si fuera a echarse a reír o a llorar.

La puerta se cerró tras él y la casa de Eugenio volvió a quedar en

silencio. Perplejo, se dejó caer en el sofá. “Combatiendo...”, se repitió varias veces; le pareció increíble. Recordó que debía ir a la estación y se dirigió a su cuarto para acabarse de vestir. Mecánicamente se hizo la corbata frente al espejo del lavabo. Se encontró muy pálido y se dijo con convicción: “No estoy pálido de miedo, sino de rabia”.

Quiso tranquilizarse antes de ir a la calle; encendió un cigarrillo y lo fumó dando paseos cortos por su habitación. Un nuevo timbrazo lo estremeció. Fue a abrir la puerta y esta vez entró Matarazo. No lo conocía y desde el primer momento le llamó la atención ese personaje silencioso, que apareció en su casa acompañado de Pedro y de Tito.

—Matarazo —dijeron los dos jóvenes al entrar a la salita.

El nombre del nuevo personaje tintineó en sus oídos como un mal augurio. La vista del recién llegado le impidió ver a sus amigos.

—Compañero, ¿tiene usted un poco de alcohol? —oyó decir a Tito.

Eugenio se volvió a verlo: estaba muy pálido, con la camisa desgarrada y los cabellos en desorden. A su lado, Pedro se cubría el cuello con un trapo rojo y miraba silencioso al suelo. Llevaba la camisa cubierta de sangre y el pantalón manchado de grasa y tierra. Eugenio, aterrado, le retiró la mano que sostenía el trapo rojo alrededor del cuello y un borbotón de sangre le manchó la camisa que acababa de ponerse. Pedro tenía una herida abierta en el pecho, muy cerca de la garganta, y una oreja hinchada y sanguinolenta.

Eugenio no pudo preguntar nada; recordó a Ignacio. ¿Era por ese herido por el que había venido a preguntar? Matarazo, en medio de la salita, se quedó quieto, de pie, sin mover un solo músculo de la cara. Pedro, ayudado por Tito, se dejó caer en un sillón con un terrible gesto de moribundo y a Eugenio lo único que se le ocurrió fue correr a la cocina para buscar varios vasos y una botella de tequila. Les sirvió a todos un buen trago y él apuró el suyo y corrió a buscar alcohol y pañuelos limpios. La sangre manaba en abundancia, el sillón verde quedó impregnado de ella.

—¿Qué pasó, muchacho?... —preguntó Eugenio tratando de parecer natural.

—Le dieron, parece que es una cuchillada o un cachiporrazo... —dijo

Tito, que parecía muy cansado.

Entre Tito y Matarazo le colocaron algunas compresas en la herida para atajar la hemorragia. Ahora la sangre corría por el pantalón y alcanzaba al suelo.

—¡Voy a buscar a un médico! —exclamó Eugenio aterrado.

—¡No! Es mejor que nadie se entere de que está herido.

Eugenio corrió a la cocina para volver con una bolsa de sal, pues recordó que su abuelo le echaba sal en cualquier herida que se hiciera para evitar la infección, después de limpiársela con cuidado. Luego, para calmar la hemorragia le echaba montoncitos de azúcar. Con calma explicó su técnica curativa, que fue aceptada por unanimidad. Eugenio quiso ir a comprar vendas a una farmacia de guardia.

—¡No, no! Es mejor no hacerse notar en nada. Usaremos una sábana limpia —ordenó Matarazo.

Entre los tres hicieron varias tiras de una sábana y procedieron a la curación y vendaje de Pedro, que, muy pálido y muy callado, aguantó las maniobras de sus amigos.

—¡Bebe otra copa, muchacho! —le aconsejó Eugenio.

Pedro aceptó la copa, aunque estaba al borde de un colapso y lo invadían unas náuseas que jamás había sentido. Tito lo observaba con temor y Matarazo guardaba silencio. Una vez que lo hubieron vendado, lo vistieron con ropa limpia que les proporcionó Eugenio y lo recostaron en el sofá. Pedro cerró los ojos; sus amigos se miraron alarmados.

—¡Un café!... ¡Cafecito para todos! —exclamó Eugenio para romper aquel minuto de angustia. Se dirigió a la cocina; no soportaba la vista del muchacho lívido como un muerto y con los ojos cerrados. Fue en ese momento cuando Matarazo, con su voz imperturbable, preguntó:

—Yáñez... ¿recibió usted al compañero Galán?

—No... —respondió el aludido deteniéndose en seco, al recordar los timbrazos que creyó haber escuchado cuando estaba dormido.

—Lo mandamos para acá. Estaba malherido y no tenía dónde esconderse —dijo Tito con aire preocupado.

—Vino Ignacio... me preguntó si había recibido al herido... pero no me dijo de quién se trataba. Estaba muy exaltado —contestó Eugenio con voz

contrita.

—¿Ignacio?... —preguntó Tito con aire pensativo.

Matarazo cruzó una mirada con Tito, que a Eugenio le pareció significativa, y ambos se inclinaron sobre Pedro, que parecía próximo a la muerte.

—Nos dispararon... —dijo Tito como si fuera a echarse a llorar. Estaba conmocionado; no esperaba una reacción tan violenta de parte del gobierno, se sentía traicionado y apenas si encontraba fuerzas para hablar.

Matarazo miró un punto fijo en uno de los muros y se cruzó de brazos. Ante la magnitud de los hechos parecía no tener nada que decir.

—¿Y usted? —preguntó Eugenio a aquel huésped silencioso.

—¿Yo?... Yo, ¿qué?... —contestó turbado Matarazo.

—No sé... nada, compañero... no sé... —dijo Eugenio, cortado ante la respuesta del desconocido.

Matarazo volvió a caer en su atento silencio. Miraba a sus amigos con la cortesía de la clase media un poco tímida y un poco forzada, como si le preocupara quedar bien o como si fuera ajeno a lo que sucedía. La pregunta de Eugenio lo había hecho enrojecer y preocupado dio unos pasos por la salita y volvió a quedarse quieto. Vestía un traje color marrón oscuro y una camisa, blanca y arrugada. Se arrancó la corbata a rayas vistosas y la guardó nervioso en uno de los bolsillos de su americana. Al tocarla, se había dado cuenta de que tenía manchas de sangre. Eugenio notó que también el cuello de la camisa estaba manchado de sangre. “Se va a manchar el traje”, se dijo Eugenio, cuando vio que su huésped escondía la corbata. Notó sus mancuernillas de oro falso, muy grandes y llamativas. Matarazo, ante la mirada escrutadora de Eugenio, trató de sonreír, mientras que Tito trataba de entablar una conversación imposible con Pedro.

—¡Casi no perdiste sangre, de manera que el plan continúa siendo el mismo!... ¡Anímate!, dentro de un rato tenemos que salir para Zacatecas. ¿Aguantarás?... ¿Cómo te sientes?...

—Mejor... mucho mejor...

—¿Aguantarás la tirada?

—No te preocupes, la aguantaré bien... —contestó Pedro sonriendo débilmente.

—Allá será distinto, te podremos curar como lo necesitas, de manera que ¡ay, reata, no te revientes que es el último tirón! —le dijo Tito tratando de parecer alegre.

—Sería bueno ponerle un poco de penicilina —opinó Eugenio.

—¿La tiene aquí, compañero? —preguntó Matarazo.

—No, pero puedo ir a una farmacia de guardia...

—Deje, compañero, deje... —dijo Pedro, a quien le pareció más prudente no hacer ningún movimiento sospechoso.

—Pero, ¿cómo se atrevieron estos hijos de su madre a disparar? —preguntó Eugenio, súbitamente furioso.

—Así son, compañero; pero no olvide que a cada capillita le llega su función —le contestó Tito con rencor.

Bebieron varias tazas de café. Eugenio propuso que Pedro reposara un rato sin hablar y todos aceptaron su propuesta. Los tres se refugiaron en la cocina, para dejar solo a Pedro. Eugenio quiso preparar unos sándwiches, pero sus visitantes se negaron a probar bocado, tenían el estómago revuelto.

La calle estaba solitaria y silenciosa. Eugenio era el encargado de vigilarla y para ello miraba a través de las rendijas de las persianas bajadas. Observó un buen rato.

—No se preocupen, no hay ni un alma —aseguró en voz queda.

—Ésos se esconden en cualquier quicio, detrás de cualquier árbol... —murmuró Pedro.

Eugenio se esforzó en la vigilancia, cambió de ventana y de ángulo. ¡Inútil!, no descubrió a nadie. Volvió a repetir:

—¡Ni un alma!

—Nos preocupa Galán... ¿adónde se habrá ido? —se repetía Tito una y otra vez.

—¿Y qué quería Ignacio? —preguntó Pedro, que trataba de comportarse normalmente, como si hubiera olvidado la herida y la hemorragia que acababa de sufrir.

Los amigos guardaban silencio, ninguno tenía las respuestas

adecuadas. Todos temían confesarse que sospechaban de Ignacio, ya que su actitud era poco normal, pero ¿cómo decir que temían que fuera un traidor? Sabían que eso significaba, si no la muerte, cuando menos un castigo físico para Ignacio. Por otra parte, callar significaba un peligro para todo el grupo dirigente. Se miraron con ojos hoscos y preocupados.

—Tal vez Ignacio también andaba buscando refugio —aventuró Tito.

—Pero no se lo ofrecí, no me dio tiempo. Llegó de carrera, muy excitado, y salió corriendo. Me pareció que tenía miedo. Me di cuenta cuando ya se había ido —confesó Eugenio.

—Tal vez. Pero, ¿por qué habló del herido?... No lo nombró, ¿verdad? —preguntó Tito sombrío.

—No. Sólo dijo: “El herido” —afirmó Eugenio.

Matarazo lo miró con severidad. “Me reprocha mi actitud”, se dijo Eugenio, incómodo ante la mirada del desconocido. Hubiera querido tener un aparte con Tito para preguntarle: “¿Quién es este hombre?”, pero no tuvo valor de hacerlo; temió que su amigo lo tomara por un indiscreto. Además, bastaba con que los dos muchachos lo hubieran llevado a su casa para que fuera un hombre de bien. Y sin embargo, ni su físico, ni su manera de vestir, ni su actitud cuadraban con sus amigos. Era lo que se puede decir un “inesperado”. “Sí, sí, eso: un inesperado”, se repitió Eugenio con cierta preocupación. La voz de Pedro lo sacó de sus cavilaciones.

—Ya va a amanecer —dijo el muchacho con voz dolida, como si el tiempo fuera su enemigo.

Todos se volvieron a verlo, con la misma pregunta en los ojos: “¿Aguantará el viaje?” Pero ninguno comentó nada. La cara de Pedro se había vuelto de cera y el cuerpo se mantenía rígido con los vendajes. Seguía tendido en el sofá. Con lentitud se pasó una mano por el cabello, como para alisárselo y tener mejor aspecto.

Las rendijas de las persianas se aclararon levemente y una luz violeta les dio un relieve inesperado. Tito observó las ventanas, luego se volvió decidido y miró con fijeza a Pedro.

—Vámonos antes que aclare —ordenó decidido.

—¿Adónde? —preguntó Eugenio contemplando la traza de los dos

jóvenes.

—A Zacatecas —respondió Pedro.

—Pero, ¿cómo vas a llegar así? —exclamó Eugenio asustado.

—Un compañero nos llevará en el portaequipajes de su autobús — aclaró Tito.

—Irán escondidos —afirmó Matarazo con tranquilidad.

Eugenio le dio a Tito una camisa y un pantalón limpio, que el muchacho se puso con rapidez. A Pedro le disimularon el vendaje que subía hasta el cuello con un gran pañuelo de seda, que Eugenio empleaba a veces para ir a los jaripeos charros.

El herido se puso de pie; no parecía muy seguro sobre sus piernas.

—¡Casi son las cinco! —gritó Tito alarmado.

—El camión sale a las seis —contestó Pedro con calma. Matarazo se acercó a Pedro para ofrecerle apoyo. Al despedirse, los dos muchachos le dieron a su anfitrión un fuerte apretón de manos, como si quisieran sellar una amistad y un agradecimiento profundos. Eugenio se sintió atontado. “No es posible que viajen así”, se repitió varias veces, mientras los veía cruzar la puerta acompañados de Matarazo, que sonrió con humildad antes de abandonar su casa.

—En cuanto lleguemos, le mandamos un telegrama, compañero — prometieron los dos jóvenes.

Se fueron con esa promesa. Eugenio se quedó desconcertado. Su amistad había durado lo que dura un relámpago; ahora volvía a su vida solitaria y oscura. Sintió no haberse explayado más con aquellos obreros abiertos a todos los sentimientos nuevos. Con ellos hubiera podido decir todo lo que había acumulado en tantos años de silencio. A la gente que él veía no le interesaba hablar de lo que sucedía en el país. No quería enterarse de que estaban sucediendo cosas que quedaban fuera de su alcance o de su control y prefería comentar las películas de moda o sus achaques personales. Eugenio tuvo la certeza de que una violencia extraña germinaba en alguna parte y esa violencia se había introducido en su casa, para dejarla más sola, como si estuviera contaminada de un germen peligroso. Sorprendido, miró sus muebles: la sangre derramada de Pedro continuaba sobre el sillón verde. Escuchó las palabras de sus

amigos: “En este país va a suceder algo”. Se sintió preocupado, apagó la luz de la salita y se fue a su habitación. “Mañana lavaré los vasos y las tazas”, se dijo con fatiga, sin darse cuenta de que ya era “mañana”.



El domingo fue un día extravagante. La ciudad estaba quieta, como si quisiera ignorar lo que había sucedido en la estación. Eugenio no quiso leer los diarios. ¿Para qué? Él conocía mejor los acontecimientos de la víspera y los hechos distorsionados le iban a producir un malestar.

A las doce del día se encontró sentado en una iglesia; allí podía reflexionar y pedir que sus amigos llegaran bien a su destino. No podía confiarse en nadie, se sentía el depositario de un secreto importante, tan importante que de su silencio dependía la vida de aquellos dos hombres. No era absurdo haber ido a la iglesia; se encontraba rodeado de gente y el espectáculo de la misa lo hizo olvidar sus preocupaciones.

Al salir se enfrentó al sol radiante del mediodía. La gente caminaba junto a él cabizbaja, se sentía que no era un domingo cualquiera. Los encabezados de los diarios encomiaban la energía empleada por las autoridades para anular a los sediciosos, que habían actuado bajo las órdenes de algunas potencias extranjeras. Eugenio los leyó sin querer en las manos de algunos de los clientes de la heladería adonde fue después de la misa a beber un *ice cream soda* de vainilla, que lo reconfortó después de aquella noche sedienta.

En una taquería de la avenida Insurgentes comió unas chalupitas y varios tacos de pollo con guacamole, y satisfecho volvió andando a su casa. Al encontrarse frente al sillón manchado de sangre y las tazas sucias de café dispersas en la salita, le cayó encima una enorme fatiga. ¿Para qué se había metido con aquellos obreros si todo era inútil? “Soy un viejo estúpido, a ver si esto no me acarrea consecuencias graves”, pensó con cansancio. La seguridad de que sus amigos pertenecían a una organización a la cual él era ajeno, lo hizo sentirse ridículo.

—¡Bah!, es igual, ellos no me necesitan. Yo fui el que los busqué —se dijo en voz baja, mientras recogía la camisa desgarrada y llena de sangre que Pedro había abandonado a un lado del sillón verde.

Hizo un bulto con la ropa vieja de los muchachos y dudó en tirarlo al bote de la basura. Por las películas de crímenes sabía que era comprometido y peligroso poseer ropa ensangrentada. “Es verdad, no es normal tirar ropa llena de sangre”, se repitió. Escondió el bulto en su ropero. El lunes, al ir al trabajo, lo escondería en la cajuela del coche y a la salida lo tiraría en algún llano perdido.

Estaba cansado; en un instante perdió el interés vital que lo había convertido en un ser activo por dos días. El silencio de su casa lo deprimió. Su vida continuaría siendo la misma: una rutina solitaria. Se echó en la cama para dormir una siesta. El timbre de entrada volvió a despertarlo. Sin ánimos fue a abrir la puerta y se encontró con un desconocido, que avanzó hasta el centro de la salita. Era un hombre flaco, de ademanes nerviosos y rostro pálido.

—Usted no me conoce, compañero. Vengo sólo de pasada para avisarle que su nombre figura en la lista de la Procuraduría... —le dijo mirándolo con sus ojos enrojecidos.

—¿Mi nombre? —preguntó Eugenio con animación.

—Sí, compañero, ¿qué no es usted Eugenio Yáñez? —preguntó el visitante súbitamente alarmado.

—¡Ése es mi nombre! Eugenio Yáñez —afirmó.

—Sería prudente que no duerma usted aquí esta noche. ¡Sálgase! Vaya a la casa de algún familiar o a un hotel. Ahora tengo que irme para avisarles a otros amigos —dijo de prisa el desconocido.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Eugenio súbitamente desconfiado.

—Tenemos las listas, nos las pasa un compañero. Perdona, tengo que irme, el tiempo cuenta en estos casos —dijo el hombre, enrojeciendo ligeramente.

Eugenio lo miró con asombro. No era un obrero, tenía más bien el aspecto de un burócrata modesto. No le preguntó su nombre. Lo acompañó hasta la puerta, ya que el desconocido parecía no querer perder un minuto y buscaba la salida. Al llegar a la puerta, el desconocido se volvió, le tendió la mano y le dijo:

—¡Alberto!, para servirlo, compañero. Y por favor, Yáñez, sálgase de su

casa unos días.

Cuando Eugenio se dio cuenta, el hombre había desaparecido. “Se llama Alberto”, se dijo pensativo. No podía confiarse completamente en él. ¿Por qué su nombre iba a figurar en las listas de la Procuraduría? ¿Y qué significaban esas listas? ¿Los nombres de las gentes que iban a ser detenidas? Era ridículo que su nombre figurara entre los de esas personas. “Si no he hecho nada...”, se dijo para convencerse. Sin embargo, agradeció la visita de Alberto: alguien había pensado en él. Tal vez era un amigo de Pedro y de Tito y éstos, antes de partir, le rogaron que se ocupara de su caso. Tenía pensado ir al cine, pero la visita de Alberto lo hizo olvidar su decisión y lentamente se dejó caer en el sillón que había ocupado Pedro. Estuvo ahí largo rato, tratando de pensar con frialdad. Se sorprendió al ver que empezaba a oscurecer. No, no saldría de su casa. Era más prudente quedarse muy quieto; abandonar su casa era hacerse culpable frente a aquellos personajes desconocidos que trataban de hundirlo. Esperaría un rato, luego se prepararía la cena y vería un rato la televisión. Era domingo y de costumbre daban buenas películas.

A las diez y media de la noche se encontró en su cuarto, cómodamente instalado frente a su aparato de televisión. Se preparaba a ver una gran película, que en sus días de estreno él se había perdido. Se llamaba *Shangri-la*. Todos sus compañeros de oficina le habían hablado de ella.

—¿Cómo, señor Yáñez, no vio usted esa película? Si alguna vez la dan no se la pierda, es magnífica.

Ahora vería el filme y podría comentarlo en su oficina. Sus compañeros tenían razón, pues desde las primeras imágenes Eugenio se sintió atrapado por la película. “Si se pudiera vivir en un lugar como ése”, se repitió durante toda la función. No quiso ver las noticias para no romper el estado beatífico que creó en su interior la historia que acababa de pasar ante sus ojos. Soñador, recostó la cabeza sobre el respaldo de su sillón y fumó un cigarrillo, tratando de revivir las imágenes y las frases de la película. Dormiría en paz; había olvidado los sobresaltos, las exaltaciones y luego la depresión producida por esos días agitados y locos que acababa de vivir. Trató de olvidar a Pedro ensangrentado como un Cristo: “Ahora,

ya deben haber llegado a su destino”, y regresó al mundo ideal del filme que acababa de ver. Un sueño dulce empezó a surgir del centro mismo de su ser y con calma se lavó los dientes, se puso la pijama, se aseguró de que su puerta estuviera bien cerrada, apagó la luz y se metió a la cama.

El timbre del teléfono llamó en esos momentos. “¿Quién puede ser a estas horas?”, se dijo mientras encendía la luz para alcanzar el aparato que llamaba con desesperación. “Deben ser los muchachos para tranquilizarme. Ya voy, ya voy”, dijo y descolgó el aparato.

—¿Yáñez? —preguntó la voz desconocida de un hombre.

—Sí, Yáñez. ¿Qué desea? —preguntó Eugenio sorprendido.

—Ya sabe que sigue muy enfermo, muy grave; sería cosa de que usted lo llevara al hospital —contestó la voz.

—¿Muy enfermo? ¿Quién?... —preguntó asustado Yáñez. La voz lo interrumpió:

—Se lo encargamos: cuídelo bien, camaradita —respondió la voz y cortó la comunicación.

Eugenio contempló el aparato que conservaba en la mano y un tumulto de pensamientos se le vinieron a la cabeza. ¿Cuál enfermo? ¿Por qué tenía que llevarlo al hospital? ¿En dónde se encontraba ese enfermo? Inquieto colgó el aparato. Pensó que tal vez el desconocido hablaba de Pedro. “¡Claro, se trata de él!” Ya le parecía que era imposible que el muchacho hiciera un viaje tan largo en el estado en que se hallaba. Pero, ¿dónde lo podía encontrar? Se le había espantado el sueño. Ya no podría dormir. La voz del desconocido sonaba muy extraña; ¿angustiada?, no, más bien temerosa o quizás temible, aunque hablaba cubriendo la bocina con un trapo, para disimular su voz. ¿Quién podía ser? Tal vez Matarazo. ¿Pero por qué no se identificó?

Nervioso, Eugenio se dirigió a la cocina a prepararse un café. Ya no dormiría. Debía salir a buscar a Pedro. Iría a la casita de la avenida Chabacano, aunque era muy improbable que diera con ella. Tal vez se encontraría con El Novillero. Se puso los pantalones sobre la pijama y los zapatos sin calcetines, se caló el abrigo y empezó a beber un café, cuando escuchó el timbre de la puerta de entrada de la calle. Le llamó la atención; recordó a Alberto. “¿Será posible?” Esperó unos minutos, nadie repitió la

llamada. Abrió su puerta con sigilo: en el descanso de la escalera no había nadie. Decidió bajar hasta la entrada y al llegar a la reja se encontró con un hombre puesto de rodillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y un pequeño maletín de Aviación Mexicana colgando de uno de sus hombros. El hombre parecía desmayado, vencido, con la cabeza enorme vendada, se diría un títere roto. Reculó ante su vista. Después reaccionó y se acercó a él, le levantó la cabeza y se encontró con un rostro deforme y sanguinolento. Asustado, miró en derredor suyo; no había nadie. La calle estaba solitaria y las ventanas de la casa de las putas y de las casas vecinas, apagadas.

Ese hombre no había llegado solo. Se diría que estaba muerto o moribundo, colgado de su reja. Tembloroso, abrió las rejas, se inclinó ante él y trató de levantarlo metiendo sus manos debajo de las axilas del herido; éste no opuso ninguna resistencia. Tampoco ayudó en nada. Sudoroso por el esfuerzo, Eugenio se lo echó al hombro con rapidez, antes de que pasara algún viandante, y subió con su carga hasta su casa. En el descanso de la escalera, dejó unos momentos en el suelo al hombre herido, para recobrar aliento. No tuvo fuerzas para volver a levantarlo y lo arrastró al interior de su salita; cerró la puerta, encendió la luz y examinó la cara del herido. “¡Nunca lo he visto! ¿Quién es?”, se preguntó aterrado. El rostro que estaba frente a él parecía el de un monstruo: tenía la boca hinchada y partida en varios trozos sanguinolentos, y los ojos desaparecían entre una masa de carne roja. Sin embargo, el hombre abrió unas rendijas que dejaron ver dos pupilas negras angustiadas, que volvieron a cerrarse en unos segundos.

—¡Por favor! ¿Cómo se siente usted? Muy mal, ¿verdad? Sí, muy mal — repitió Eugenio, horrorizado ante aquella mirada de súplica muda y de dolor. El hombre no contestó nada; continuó tirado en el suelo, inmóvil. Eugenio, con gran cuidado, lo arrastró hasta el sofá y lo subió al mueble con grandes esfuerzos. Con terror vio que el herido había dejado huellas de sangre en toda la salita hasta llegar al sofá.

—Compañero, compañero, ¿cómo se siente? —preguntó asustado.

El hombre estiró un brazo, buscó algo en la bolsa de Aviación Mexicana y bruscamente se quedó quieto.

—Creo que ya murió... —se dijo Eugenio espantado frente a aquel cuerpo inmóvil.

El herido calzaba zapatos negros puntiagudos, unos pantalones de mezclilla y una chamarra vieja de color azul marino.

—¿Qué buscabas, compañero? —le preguntó Eugenio sintiendo que la angustia le rompía el pecho y la cabeza.

El hombre continuó inmóvil. Se acercó para oír su respiración. “Creo que todavía respira”, se dijo Eugenio, sudando copiosamente. Casi sin proponérselo, él también metió la mano en el bolso de Aviación Mexicana que ahora yacía en el suelo. El bolso estaba vacío, excepto por algo duro y frío que topó con la mano de Eugenio. Cogió el objeto y lo sacó.

—¡Una pistola! —dijo, admirado de su descubrimiento. Se sentó en el suelo, olió el cañón del arma y comprobó que acababa de ser disparada: un olor intenso a pólvora salía de la boca redonda y estrecha del cañón del arma.

—¡Disparó! —se dijo asustado y comprobó que en la pistola no quedaba ni una sola bala.

Eugenio se sintió perdido. “Abajo debe haber sangre. Tengo que borrar las huellas antes de que amanezca... También debe haber sangre en las escaleras y en la puerta. ¿Y qué hago con la pistola?...” Miró al hombre tendido en el sofá. Antes que nada, debía prestarle algún auxilio. Corrió al baño y volvió con el poco alcohol que había dejado Pedro y con algunos pedazos de algodón. Empapó un trozo y lo aplicó a las ventanillas rotas de lo que debía ser la nariz de aquel rostro deshecho. El herido no reaccionó. Eugenio corrió a buscar tequila, le metió el pico de la botella entre los labios enormes y virtió poco a poco la bebida. El hombre tragó con dificultad, entreabrió las rendijas sanguinolentas y sus pupilas negras volvieron a mirarlo con aquella angustia indecible.

—Compañero, aguante por favor. No se mueva, ahora tengo que limpiar la sangre para borrar sus huellas. ¿Me entiende? —preguntó ansioso.

El herido volvió a mirarlo y pareció aceptar su proposición; después volvió a la inmovilidad. Eugenio se echó la pistola en el bolsillo de su abrigo, corrió a la cocina, llenó un cubo de agua y un trapeador y salió con

sigilo de su casa. Le parecía que todo lo hacía con calma, pero en realidad temblaba y sus movimientos eran inconexos. Con el trapeador limpió toda la entrada: “Si me ve alguien, va a pensar que estoy loco”, se dijo mientras ejecutaba aquel menester. Después echó el balde de agua y la vio correr entre las rayas del cemento de la acera. Subió y bajó varias veces, para echar más agua y trapear las manchas de la escalera y de la entrada. El trapo se quedaba enseguida pegajoso y necesitaba volver al baño a enjuagarlo en la ducha. Durante sus viajes se acercaba al herido, que continuaba inmóvil.

—Compañero, aquí estoy, no se preocupe —le repetía en cada viaje.

Cuando terminó su trabajo estuvo seguro de que lo habían visto muchas gentes. “Los vecinos y alguien que debe de estar escondido por ahí”, se dijo con amargura. ¿Y el herido? ¿Qué iba a hacer con él? No podía llamar a ningún médico, Matarazo le había dicho que era muy peligroso. ¡Ah!, todavía se encontraba frente al problema de la pistola. “Este hombre acaba de disparar; si vienen a buscarlo, encontrarán el arma. Tengo que esconderla.” ¿Dónde? Ningún lugar le pareció seguro. Podía enterrarla en el prado que estaba frente a su casa. No quería esperar hasta el lunes para deshacerse de la pistola, podían llegar en cualquier instante y el arma era una prueba irrefutable de acusación. ¿A quién había matado el herido? Se acercó a mirarlo; se diría dormido aquel rostro deforme, cubierto de costras de sangre. Se inclinó sobre él para escuchar si respiraba. Sí, respiraba lo bastante para no estar muerto del todo. Las hendiduras cerradas de sus ojos estaban hinchadas y las pestañas resultaban fuera de lugar y absurdas. La pistola pesaba demasiado en su bolsillo. La escondió en el fondo del ropero. Al cabo de unos minutos decidió que era estúpido guardarla allí, ya que lo primero que harían sería revisar el ropero. La sacó, la miró con atención y se fue a la cocina; la depositó en el fondo del bote de la basura. No, seguramente lo vaciarían y darían con ella. Ensayó las ollas colocadas en fila en la alacena y se sintió más seguro. Corrió hacia el herido; no podía dejarlo en el sofá, estaba muy a la vista, podía llegar cualquiera y enfrentarse con aquel espectáculo terrible. Se inclinó para observarlo; el hombre parecía estar dormido o muerto.

—Compañero, lo voy a llevar a la cama, allí se encontrará mejor —le dijo en voz baja.

Fue a la ventana y levantó una de las tablitas de la persiana para mirar la calle: estaba sola y quieta. Todavía no se aproximaba a nadie, tenía tiempo, ¿tiempo para qué? ¡Ah, sí!, para llevar al hombre a su habitación. Debía proceder con cuidado, evitar los ruidos y no lastimar al herido. Quiso tomarlo en brazos. No pudo. Aquel cuerpo pesaba demasiado, o quizás el cansancio le había quitado fuerzas. Lo tomó por las axilas y con suavidad lo bajó al suelo; escuchó un quejido leve.

—Estará mejor, compañero, mucho mejor, espere, espere —le murmuró.

Lo cogió nuevamente por debajo de las axilas y empezó a arrastrarlo a su habitación de dormir. Vio los zapatos negros del desconocido, puntiagudos y gastados. Una vez en su cuarto, se sentó unos minutos en el borde de la cama; estaba sin aire, había perdido el resuello con el esfuerzo de llevar hasta allí al desconocido. “¿Y si se muere, a quién le doy parte? ¿Qué hago con el cuerpo? Me acusarán de asesinato.” Recordó a Matarazo; si al menos estuviera allí, podría darle algún consejo práctico: él parecía gozar de mucha experiencia. El hombre yacía a sus pies, inconsciente. “¿Quién fue el canalla que lo golpeó de esa manera? ¿Y quién lo trajo a mi casa?” Recordó que alguien le llamó por teléfono para avisarle de su llegada. “¿Y si no hubiera salido a la calle se hubiera muerto frente a mi puerta?” Era evidente que el hombre no había llegado solo; alguien lo había traído y colocado sobre la entrada. “Lo dejó de pie y a él se le doblaron las rodillas y lo encontré hincado.” Se lo llevaron *in extremis*, pues le habían dado los primeros auxilios y le vendaron la cabeza. “¿Por qué le dejaron la pistola?” No encontró las respuestas que buscaba y se sintió muy abatido. Debía ocuparse de aquel desdichado. Abrió bien la cama y empezó a subirlo con grandes trabajos. Luego le estiró las piernas, le colocó la almohada más suave bajo la cabeza vendada, lo cubrió y se quedó sentado en la orilla de la cama, observándolo bajo la luz difusa de la lamparilla de noche. La cara deforme continuaba deforme, no presentaba ninguna mejoría. Cuando lo estaba acomodando en la cama, notó sus brazos flacos, sus muñecas

delgadas y sus manos pequeñas de dedos afilados y uñas sucias, tal vez de sangre.

“No parece un obrero”, se dijo Eugenio convencido. Tampoco usaba zapatos de obrero; el herido llevaba unos pantalones de casimir color azul marino muy deshilachados, que al principio tomó por mezclilla. Lo observó con intensidad. ¿Quién podía ser el hombre que yacía inmóvil en su lecho? Por primera vez tuvo miedo. “Ya sé lo que produce el miedo, es lo desconocido”, se dijo para consolarse. Por eso con sus amigos Pedro y Tito actuó con tanta tranquilidad: los conocía, sabía quiénes eran, hablaban con él. “Debo estar loco. Nadie se mete en estos líos y menos a mi edad. Los otros son jóvenes”, se reprochó con amargura. Recordó el bolso de Aviación Mexicana y corrió a la salita. Allí estaba, desinflado, tirado en el suelo como un objeto inservible. Lo recogió, sin querer notar las manchas de sangre que habían quedado en el sofá y en el suelo; lo dobló con cuidado y lo metió en el fondo del ropero, entre los zapatos viejos y los objetos inútiles. Se sentó unos minutos.

El recuerdo de la pistola lo hizo levantarse de un salto: la olla de la cocina no era un buen escondite, la encontrarían enseguida. La sacó y la contempló largo rato, “Gastó todas las balas; debió conservar una para mí, puede que la necesite para defenderme”, se dijo disgustado. Fue a la ventana a contemplar la calle, que continuaba quieta y apacible. Tal vez nadie sabía que el herido se hallaba en su casa. Nadie, excepto los amigos que se lo llevaron y de los cuales no podía temer nada. Andarían huyendo... Pero, entonces, “cómo explicarse la presencia de Alberto? ¿Acaso no le ordenó que durmiera fuera de su casa? ¿Cómo entonces le iban a llevar al herido? ¿Quién es Alberto?”, se preguntó con desesperación. “¡Un policía!... ¡Un policía que vino a ver si estaba yo en mi casa! ¿Y por qué no me aprehendió?...”

Anonadado, se tumbó sobre el sofá. “Alberto no se identificó, dijo el primer nombre que se le vino a la cabeza.” Se dio cuenta de que llevaba la pistola en la mano y en un acceso de ira la lanzó contra el muro. Un disparo seco y tronador lo hizo ponerse de pie de un salto. “¡Me disparan!”, se dijo aterrado y se dejó caer al suelo, para buscar al autor de aquel tiro. Después del disparo la casa quedó más silenciosa y quieta que

antes. Poco a poco, pensó que era la pistola la que se había disparado con el golpe contra el muro. ¿Sería posible que no se diera cuenta de que le quedaba un cartucho? Tenía que buscar el casquillo, pero primero debía esperar unos minutos para ver si no se había alertado algún vecino... No, primero tenía que reanimar al hombre herido, no podía permitir que se muriera. Corrió a su lado, le abrió la boca rota y le echó unos tragos de tequila, no tenía otro remedio que ofrecerle. El hombre lanzó algunos quejidos débiles; parte del líquido resbaló entre sus labios deformes, pero consiguió hacerlo beber un poco.

—Calma, compañero, calma, todo va a salir bien —le dijo, sin esperanza de respuesta.

Volvió a la salita en busca de la pistola y del casquillo. Tuvo que encender la luz. La pistola, muda y pequeña, estaba tirada en el suelo al pie del muro. ¿Y el casquillo? Lo buscó a gatas durante largo rato, se diría que se lo había tragado la tierra. Lo delató un agujero pequeño en un costado del sillón verde manchado con la sangre de Pedro. La bala se había incrustado allí dando un rebote. Imposible sacarla. Trató de colocar el mueble de manera que el agujero no se viera a primera vista. El lunes, al volver del trabajo, cortaría un trozo de tela del interior del mueble y con buena luz le pondría un pequeño parche. Ahora tenía que esconder la pistola y descansar un rato, mientras vigilaba al herido. ¡Esconder la pistola! ¿Dónde? Una idea luminosa le vino a la cabeza: ¡en la televisión!

Buscó en su caja de herramientas un desarmador y con suma paciencia levantó la tapa posterior del aparato. En su interior encontró algunos huecos; con trabajo logró guardar en uno de ellos el arma que le quemaba las manos y luego, nervioso, puso la tapa y empezó a colocar uno a uno los tornillos que unos minutos antes había quitado casi sin esperanzas. Buscó un trapo, le untó un poco de aceite y frotó con vigor toda la superficie y los lugares de los tornillos, para borrar las huellas de la reciente maniobra. Enseguida encendió el aparato para ver si funcionaba. El ruido de la estática lo tranquilizó: al aparato no lo molestaba aquel cuerpo extraño que él acababa de colocar en su interior.

Se dejó caer en la orilla de la cama. Estaba exhausto. “¡Qué noche!”, murmuró agotado.

Volvió a la ventana, la calle era lo más importante en esos momentos. A través de las persianas la examinó con atención, ino había nadie! Empezaba a amanecer. Lo primero que haría cuando amaneciera sería buscar penicilina y vitaminas, para inyectarle al herido y evitar una infección. Luego tenía que presentarse en su trabajo. Si no iba, Gómez, su jefe, le enviaría al médico de la oficina para justificar su ausencia. Y no podía quitar al herido de su cama. Casi se rio al pensar en la cara que pondría el médico al encontrarse con un herido grave escondido en su casa. “¡Pobres gentes! No tienen caridad”, se dijo.

Necesitaba valor para enfrentarse a sus compañeros de trabajo. No podía llegar ante ellos con “la cara desafortunada que tengo”, se dijo, echándose un vistazo en el espejo. Era necesario reposar, aunque sólo fuera un rato. No quiso echarse en el sofá, necesitaba estar pendiente del enfermo. Además, ya había manchado de sangre su traje, cuando se tendió allí desesperado, y debía deshacerse de él, tirarlo en alguna parte, no sin antes quitarle las etiquetas.

Con delicadeza, se tendió en el otro lado de la cama, se estiró y trató de descansar una hora. ¡Qué cansado estaba! Miró de reojo al moribundo; nunca pensó que algún día compartiría su lecho con aquel desconocido de aspecto tan desolador. Cerró los ojos y dormitó unos minutos. Lo despertó la luz cruda de la mañana.

—¡Demonios! ¿Qué hora es?

Había olvidado poner el despertador. Eran las siete en punto de la mañana. Su despertador interior funcionó con precisión. Se sorprendió al encontrarse junto a aquel hombre pesadillesco. Saltó de la cama, se inclinó a contemplarlo y el herido abrió las rendijas de sus ojos. Eugenio vio en el fondo de aquellas pupilas negras un pequeño brillo, que le pareció ser un signo de agradecimiento. Los labios trataron de moverse para decir algo.

—No se preocupe, compañero, le traeré un poco de café.

Preparó en la cocina la bebida caliente, sirvió una taza y cogió una cucharilla. Sentado junto al herido trató de introducirle algo de café en la boca. La bebida corrió por los labios heridos y el hombre intentó sacar una lengua amoratada y mordida para limpiarse el café que corría por su

boca.

“¡Carajo, a éste sí que lo golpearon hasta debajo de la lengua!”, se dijo Eugenio con ira.

—Compañero, ¿quiénes fueron esos animales?

El hombre no contestó, estaba otra vez inmóvil. Renunció a darle el café. Tomó una ducha rápida, se vistió y se acercó nuevamente a su huésped.

—Compañero, voy a la farmacia a comprar penicilina y vitaminas. ¡Por favor, no se mueva! Pase lo que pase, no se mueva —le suplicó. El hombre abrió los ojos y su mirada de dolor lo dejó anonadado—. Vuelvo enseguida, compañero.

Salió corriendo a la calle. Ni en la escalera ni en la entrada quedaban huellas de sangre, había hecho un buen trabajo. Recorrió varias farmacias. Algunas todavía estaban cerradas y en otras se negaron a venderle la penicilina sin receta médica. “Tal vez la pido con demasiada urgencia. Debo disimular; compraré varias medicinas inocuas y al final diré: ‘¡Ah!, se me olvidaba lo principal; también necesito penicilina’...” Así lo hizo.

—¿De cuántas unidades? —le preguntó el farmacéutico, con voz indiferente.

—La más fuerte —contestó Eugenio encendiendo un cigarrillo. El sólo fumaba en las situaciones límite. Al ver la docilidad del farmacéutico, exclamó con naturalidad—: Póngame tres dosis. Así me evita usted el viaje...

El farmacéutico lo miró unos instantes, se internó en las profundidades de su almacén y volvió con las otras dos cajas de penicilina.

—Son terribles los hijos, ¿no cree usted? Mi niña se lastimó una rodilla y se le ha infectado —dijo para sentirse seguro frente a aquel hombre tranquilo e impecablemente vestido de blanco, que en ese instante empaquetaba las medicinas. El farmacéutico suspendió su maniobra, lo miró y le preguntó:

—¿Qué edad tiene su niña?

—Diecinueve años, pero es terrible, adora el deporte —contestó, recordando a Delia, su sobrina, la hija de su hermano, a la que no veía

desde hacía tres años.

—Ah, está bien, esta dosis es muy fuerte —contestó el farmacéutico.

“Dios me iluminó”, se dijo mientras salía despacio de la farmacia.

La mañana llena de sol le volvió a lastimar los ojos. Debía apresurarse para llegar cerca de aquel herido lastimero, inyectarlo y precipitarse a su oficina, antes de que Gómez enviara a su médico.

Abrió la puerta de su casa. La salita presentaba un aire extraño y desolado. La sangre estaba seca, se había convertido en manchas negruzcas. Pero no era la sangre la que producía aquel ambiente desolador, aquella extrañeza, aquel profundo desorden, que no se debía a que los muebles estuvieran fuera de lugar, sino a algo más profundo e indecible. Era como si la fuerza imperiosa de algún poder invisible se hubiera apoderado de su casa. Miró a su alrededor con miedo; no, no había nadie. Entró en la habitación para encontrarse con el herido, que continuaba inmóvil. Buscó la jeringa, preparó la inyección y se acercó a él.

—Compañero, tengo que ponerle penicilina para evitarle una infección grave.

El hombre no se movió. Tal vez se había dormido.

Depositó la jeringa en la mesita de noche. Cogió un brazo del enfermo, le levantó la manga de la camisa sucia y vieja y en la parte superior buscó un poco de carne donde poder clavar la aguja. El herido se dejó hacer. Después cargó la jeringa con vitaminas e hizo lo mismo en el otro brazo del herido. Luego, le bajó las mangas, le colocó los brazos a lo largo del cuerpo, lo cubrió con las mantas y le dijo en voz, baja:

—Compañero, me voy al trabajo. Lo dejo aquí encerrado. No se mueva, por favor, ¿me entiende?

El hombre abrió los ojos y lo miró. Sí, entendía, no debía tener ningún cuidado.

—Gracias, compañero, gracias —le repitió Eugenio antes de marcharse. Atravesó la ciudad a toda velocidad. Iba a llegar muy tarde y Gómez le lanzaría una mirada de burleta. Contaba con la pobre señorita Refugio. ¡Ah!, si pudiera confiarse en ella! No, era más prudente no confiar en nadie. Entró a la oficina tratando de que nadie notara su presencia.

Chávez le salió al paso.

—El señor Gómez acaba de preguntar por usted, señor Yáñez.

—¡Sí, hombre!, qué estupidez, me quedé dormido; traigo veinte minutos de retraso. En general siempre soy puntual como un clavo.

—Ya lo conoce, preguntó dos veces —dijo Chávez con aire de fastidio.

—Avísele que ya llegué, compañero —le pidió Yáñez, que no tenía la intención de enfrentarse con el jefe. Gómez permanecía encerrado en su despacho particular. Durante el día, salía de vez en vez para echar una ojeada sobre el personal.

Eugenio ocupó su escritorio y sacó sus papeles. Tenía que trabajar como si no le hubiera sucedido nada. “La pistola... por fin, ¿dónde la escondí?”, se preguntó alarmado. “¿Dónde?... ¿Dónde?...” Sintió que se le nublabla la vista al no recordar el escondite; de pronto exclamó en voz alta:

—¡La televisión!

—¿Qué dice usted de la televisión, señor Yáñez? —le preguntó Chávez mirándolo asombrado.

Eugenio se echó a reír, a reír, con una risa nerviosa.

—¿Dije algo? ¡Ah!, sí, la película de anoche en la tele, ¡qué magnífica!

En realidad, apenas si se acordaba del tema de *Shangri-la*. Se recordaba desatornillando la televisión y eso era lo que le producía la risa. “Debo estar loco para olvidar algo tan precioso y tan peligroso”, se dijo a sí mismo, y miró a sus compañeros para ver si no notaban en él algo anormal. No, todos habían vuelto a agacharse sobre sus papeles y trabajaban tranquilos. En cambio, él no podía hacer nada; necesitaba concentrarse frente a aquellos documentos imbéciles, pero el recuerdo del herido se interponía entre él y los papeles que yacían sobre su escritorio. “¡Qué salvajes! ¡Qué golpiza! Con tal de que no se muera el pobre...” El pensamiento de la muerte del herido lo dejó petrificado. Si le había costado tanto trabajo esconder la pistola, ¿qué haría con el cuerpo de aquel desconocido? Desde luego que no podía tirarlo en un basurero. “¡Un basurero! Estoy loco. Es un cristiano.” No, tendría que buscar a algún médico que le diera el permiso de inhumación. Se puso a revisar los nombres de sus amigos médicos. No, ninguno le daría el permiso, eran

todos unos cobardes...

—¡Qué barbaridad! Los comunistas han pasado al ataque en nuestro país —dijo Chávez sin levantar la vista de los papeles extendidos sobre su escritorio—. ¡Están desatados! Menos mal que por una vez el gobierno se ha fajado los pantalones.

—Al fin que no les cuesta, ipaga Moscú! —comentó Retes desde el fondo de la oficina.

—Bueno, eso de que paga Moscú, ¿es cierto? —preguntó la señorita Refugio.

—¡Cómo que si es cierto! Usted, Refugio, sale con cada cosa... Eso es sabidísimo —le contestó Retes lanzando una risotada que contagió a todos.

—¿Usted cree que esa bola de gritones se iban a lanzar a armar semejante alboroto si no tuvieran las alforjas llenas? —preguntó Chávez con pedantería.

—Yo no sé...

—¿Usted qué opina, señor Yáñez? —le preguntó Retes.

—¿Yo?... como santo Tomás: hasta no ver, no creer —dijo Yáñez enrojeciendo.

—Bueno, ya tenemos a dos comunistas aquí, a los dos beatos: la señorita Refugio y el señor Yáñez —afirmó Chávez.

— ¡Ay!, por Dios, no hablen así —protestó la señorita Refugio.

Eugenio no escuchó más. Recordó de pronto a Alberto y a las listas de la Procuraduría. Ahora sí que no le cabía duda: Alberto era un policía. Ya había avisado en su oficina y todos lo sabían y ahora le estaban poniendo pruebas. ¿Y si durante su ausencia entraban a su casa? Olvidó a Tito y a Pedro, para recordar sólo al herido. Sintió que el suelo se hundía bajo su escritorio. Guardó silencio y pensó que se le había ido el color. Mientras, los demás continuaban la discusión.

—¿Y usted, señor Yáñez, qué opina? Lo encuentro muy calladito — insistió Chávez sin dejar de examinar sus papeles.

—¿Yo?... Yo no opino nada. Es decir, creo que el gobierno debería aumentar los sueldos para no verse obligado a llegar a estos excesos — afirmó con calma, pues ya se sentía perdido.

—¿Aumentar los sueldos a los obreros? ¿Y por qué no a nosotros? Ellos se sirven con la cuchara grande; sería justo que algo nos tocara a todos. Bueno, digo yo, ¡qué caray!: o todos hijos o todos entenados —dijo la señorita Refugio.

—¡Ande, Refugio, no me diga que se ha hecho usted una subversiva! —dijo riendo Chávez.

—¿Subversiva? ¡No! ¡Qué barbaridad! Yo digo que lo justo es lo justo. Apenas le alcanza a una para comer, de modo que un poco más de sueldo no nos caería nada mal. ¡Nada mal! ¿Verdad, señor Yáñez? —preguntó la señorita Refugio.

—Yo no me quejo, soy solo, pero ustedes que tienen familia, pues tienen derecho a decirlo. En realidad nos pagan una miseria —contestó Yáñez con la vista baja.

—¡Ah! ¡Usted quiere lanzarnos a la protesta y quedarse al margen! ¡Qué bonito! ¿Sabe lo que lograríamos? Que nos echaran a todos —dijo Chávez con violencia.

—México no es un país rico, no puede hacer despilfarros —agregó con reproche otro de los empleados, un joven que contaba con la confianza de Gómez.

—¡Un momento! Eso de que México es un país pobre son cuentos. Fíjese en la sangría que sufre cada seis años —contestó con vivacidad la señorita Refugio.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con los huelguistas? —preguntó el joven.

—Tanto como eso, no. Pero hasta cierto punto, sí —contestó la señorita Refugio con sinceridad.

—Así empiezan todos los comunistas —afirmó Chávez.

—¿Los comunistas? ¿Alguno de ustedes ha conocido a un comunista? —preguntó Yáñez con impaciencia y para terminar con aquella discusión que lo ponía nervioso.

—Bueno, comunista de verdad, no he conocido a ninguno. Pero todos conocemos a los revolucionarios que luchan por nuestra patria —afirmó el joven que gozaba de la confianza de Gómez.

—¿Los priistas? Pues por el lenguaje que usan parecen comunistas,

sólo que no hacen huelgas porque no las necesitan —exclamó con ira Yáñez.

Sus compañeros lo miraron con sorpresa y él se arrepintió de sus palabras. “No debí decir nada, ¡y menos en mi situación!”, se dijo Eugenio, volviendo a coger sus papeles y fingiendo interés en ellos.

—Yáñez tiene razón en algo: ¡todos somos de izquierda! —afirmó el joven.

—¡Oiga, no! Yo soy católica, como casi todos los mexicanos —afirmó la señorita Refugio.

Sus compañeros se echaron a reír.

—No todos, señorita, no todos —afirmó el joven.

Eugenio no agregó ni una palabra más. Trabajó en silencio, temeroso de haber cometido una imprudencia. A decir verdad, trabajó mal. Alberto, Tito, Pedro y el herido se le aparecían a cada instante. “No será difícil que al llegar a mi casa me estén esperando”, se repitió todo el día.



Al oscurecer llegó a su domicilio. Abrió la puerta con temor; la salita continuaba en el mismo estado, intacta, como la había dejado por la mañana. Desanimado, atravesó la casa para llegar a su habitación. Allí estaba el herido, cubierto con las mantas hasta la cabeza, que con los vendajes hacía un bulto enorme. Encendió la luz de la mesita de noche y examinó al hombre con cuidado. Continuaba igual y parecía dormir. Salió de puntillas y se refugió en la cocina, para escapar al olor extraño que invadía la casa. Se sirvió una copa de tequila y la bebió despacio. No tenía nada que hacer, salvo esperar. Se sintió terriblemente solo. Apenas había logrado descubrir amistades como las de Tito y Pedro, cuando volvió a quedarse solo. Solo no, sino con la compañía de aquel desdichado desconocido que ocupaba su cama.

“Dentro de un rato le pondré más penicilina.” Bebió otra copa de tequila. Si al menos el herido pudiera decir alguna palabra, identificarse, contarle lo que le había sucedido, se sentiría menos desamparado. Podrían platicar, consolarse mutuamente, pero tal como estaba era sólo un fardo doloroso, en inminente peligro y que sin quererlo lo arrastraba

también a él a un final desconocido.

Sumiso, limpió un poco la cocina. La víspera había dejado todo sin lavar, tenía prisa por instalarse ante el televisor para ver por fin la famosa película *Shangri-la*. ¿Quién iba a decirle que al terminar las pacíficas escenas del filme se le iba a presentar el horror del herido?

Lavó la sartén y los platos y tazas que habían quedado sucios desde el sábado. Los secó y volvió a sentarse en la silla blanca metálica de la cocina a esperar que llegara la hora de la segunda inyección. Los timbrazos del teléfono lo sobresaltaron. Vio el reloj: eran las siete de la noche. ¿Quién podía llamarle? Cogió el teléfono con desconfianza y con la seguridad de que eran los amigos del herido que necesitaban saber de su salud.

—Soy Matarazo, señor Yáñez. ¿No me recuerda?

—¿Matarazo?...

—Sí, Matarazo, el que fue a su casa el sábado... con los muchachos. ¿Me recuerda ahora?

—Sí, sí, claro que lo recuerdo, perdone...

— ¿Puedo verlo esta noche?

Eugenio aceptó sin entusiasmo la visita de aquel amigo de sus amigos. No sabía si podía confiarle la presencia del herido en su casa. Lo decidiría en el transcurso de la visita.

A los diez minutos Matarazo se presentó en su casa. Llegó tranquilo y no pareció notar el aire extraño que presentaba la casa de Eugenio, ni los rastros de sangre seca sobre el suelo y el sofá. Entró con timidez y miró a Eugenio con inquietud, como si temiera que su visita fuera inoportuna. Esto lo notó Eugenio, a pesar de la tranquilidad que aparentaba su visitante. Le ofreció asiento y Matarazo ocupó la silla de respaldo alto en la que se sentó la primera noche de su visita.

—Estoy con pendiente por los compañeros. No he recibido ninguna noticia suya —confió Matarazo con voz pausada.

—Tampoco yo tengo noticias —contestó Eugenio perplejo, ya que había olvidado la promesa de los muchachos de enviarle un telegrama apenas llegaran a Zacatecas.

—Quedaron en avisar, ¿se acuerda? ¿Usted no sabe nada? —preguntó

Matarazo bajando la voz.

—¡Nada! No me enviaron el telegrama —contestó Eugenio con prudencia.

No podía explicarse por qué la presencia de aquel hombre lo atemorizaba. Tal vez se debía a que en la ciudad se contaban demasiadas cosas extrañas. Él lo había escuchado en la oficina: “¡Ah!, no crea usted, señorita Refugio, el gobierno se protege bien. Han puesto orejas en todas partes. Todos los sospechosos están vigilados de muy cerca, cada uno tiene su oreja o una grabadora...” La señorita Refugio era prudente y tenía razón en todo! “Ya sé que hay que cuidarse de todos, hasta de usted, señor Chávez”, contestó con seriedad. Ella se enteraba de lo que ocurría únicamente a través de los periódicos; quizás él, Eugenio, debía hacer lo mismo, aunque según la propia señorita Refugio los periódicos no decían nada, ocultaban la verdad, y la verdad era que la policía estaba haciendo redadas silenciosas y enormes. Había “soplones” en cualquier parte y nadie se sentía seguro. Miró a Matarazo con atención; ¿no podría ser él una de aquellas siniestras “orejas”?

—Compañero, ¿y no tiene usted idea de quién puede darnos alguna noticia sobre los muchachos? —preguntó Matarazo en actitud contrita.

—No —respondió Eugenio lacónico.

—Me dejaron una llave de la casita de la calzada del Chabacano. Hoy fui y encontré un gran desorden. Me dijeron que antes de irse a Zacatecas iban allí a recoger unos papeles y alguna ropa. Hoy que fui me llamó la atención ver que sus camisitas estaban planchadas, puestas sobre una silla, como para meterlas en una maleta que estaba abierta... sus libros están tirados en el suelo, la casa está revuelta y llena de sangre...

—¿De sangre? —preguntó Eugenio sintiendo un escalofrío.

—Sí, sólo la silla con las camisas está de pie...

—¡Qué necedad haber ido allí! Me parece increíble en dos luchadores de experiencia... —exclamó Eugenio contrariado.

—A mí me parece lo mismo, pero en fin, son jóvenes, no creo que tengan tanta experiencia —aventuró Matarazo con timidez.

—Pues haga usted de cuenta que los cogió la policía —afirmó Eugenio.

—Es lo que temo...

Hubo un largo silencio. Eugenio trataba de pensar: ¿habría alguna conexión entre la casa de la calzada del Chabacano y el herido que yacía en su cama? Quiso consultarlo con Matarazo, confiarse en él, pero la actitud contrita de este último lo convenció de que debía guardar el secreto. No, no debía enterarse de la estancia del moribundo en su casa. Se fue a la cocina a buscar vasos y tequila. Al volver a la salita, lo asaltó el recuerdo del Novillero. ¿Lo habrán matado? Se volvió a Matarazo dispuesto a preguntarle por el niño:

—¡Compañero! ¿Y el niño?... ¿No lo vio usted?...

—¿Cuál niño? —preguntó Matarazo sobresaltado.

—¡El Novillero, el que cuidaba la casita del Chabacano! ¡Qué barbaridad! Hay que encontrar a esa criatura —dijo muy excitado. Sirvió las copas de tequila—. Un trago, compañero —ofreció Eugenio con alivio, al pensar que gozaba de una compañía para comentar los terribles sucesos que lo agobiaban.

Matarazo aceptó la bebida. Se movió un poco en la silla de respaldo alto que ocupaba. Tenía el aire sombrío.

—No sabía que hubiera un niño metido en este desgarrate. ¡Qué inconciencia! ¡Un niño! —comentó.

Eugenio se bebió la copa de un trago y enseguida relató con detalle la estancia del Novillero entre los revolucionarios. Les servía de centinela, de correo, era un pobre niño, “hijo de la calle”, podemos decir, terminó Eugenio.

—Habrá que buscarlo entre los papeleritos, en Bucareli —aconsejó Matarazo.

—Sí, sí, pero a la hora en que se reúnen yo trabajo —dijo Eugenio con disgusto.

—Es verdad, es a las doce cuando les reparten la *Extra*... Trate de darse una escapadita, compañero.

Eugenio no contestó. ¿Cómo iba a pedirle permiso a Gómez para salir de la oficina? Matarazo pareció avergonzarse de sus palabras y cambió el tema:

—¿Y aquéllos dónde estarán? No es justo que nos dejen en esta intranquilidad. Todo el día me he preguntado: “¿Dónde están?... ¿Qué les

sucedió?”

—¡Quién sabe! —respondió Eugenio. Él también estaba preocupado y a medida que pasaban las horas su desasosiego aumentaba. Ahora ya no se trataba de Pedro y de Tito, estaba el herido y para colmo El Novillero. Sintió que la cabeza le iba a estallar. Recordó a Ignacio: “¡No hay quien pueda con el gobierno, compañero!” Aquel hombre había dicho una gran verdad.

—¿Los habrán matado? —preguntó Matarazo.

—¿A quiénes? —gritó Eugenio.

—A los muchachos... —respondió Matarazo, asombrado ante las palabras de su amigo.

—Sí, son capaces de todo. Usted lo ha visto... bueno, lo hemos visto todos...

—Esta situación no puede continuar. Pero el bendito pueblo mexicano no reacciona —exclamó Matarazo con ira.

—Sí, así somos y seguiremos siendo —contestó resignado Eugenio.

Eugenio sirvió otras copas de tequila y ambos las bebieron en silencio. Eugenio no se decidía a compartir el secreto del herido con Matarazo. Lo miró con atención: ahora llevaba una camisa limpia y bien planchada. Tendría treinta y cinco años a lo sumo, era bajo de estatura y corpulento. Sus mancuernillas brillaban escandalosamente. Sin embargo, tenía algo tan familiar que si Eugenio lo encontraba en la calle era muy posible que no lo reconociera. En la Ciudad de México había cientos de hombres como él. Se sintió inquieto a su lado; ignoraba su vida, su domicilio, su ocupación, y era inútil preguntarle algo acerca de su vida, ya que el visitante parecía dispuesto a no hacerle ninguna confidencia. Lo observó unos minutos más sin lograr descubrir nada. Recordó al herido y su angustia de un rato antes y le agradeció su presencia. Era mejor hallarse con Matarazo que padecer la terrible soledad en la que se hallaba antes de su llegada. Se sintió reconfortado por aquel extraño. Se puso de pie, tenía que ir a inyectar al herido.

—Permítame unos instantes —le dijo, alejándose de puntillas rumbo a su cuarto. “A ver si no me sigue”, se dijo, y sintió un gran malestar. No debería dejarlo solo en la salita, tendría tiempo de ver la sangre seca en el

suelo y sobre el sofá. “Bueno, pensará que las dejó el otro, ese Pedro, que se ha vuelto mudo”, se aseguró para consolarse. Encontró al herido casi en la misma posición. Buscó la jeringa, la hirvió en su cajita metálica, la cargó y se inclinó sobre el enfermo al mismo tiempo que le murmuraba con energía:

—¡Compañero! ¡Compañero!... Su inyección de penicilina... —mientras le cogía el brazo, le subía la manga de la camisa y se preparaba a clavarle la aguja.

El hombre no se movió. Ni siquiera abrió los ojos. “¿Estará peor?”, se preguntó Eugenio angustiada, mientras lo inyectaba. Después vino el turno de la vitamina; dio vuelta a la cama y le preparó el otro brazo, mientras volvía a hervir la jeringa. “Debo darme prisa, aquél está solo, puede venir y sorprendernos...” Le puso la inyección de vitamina, lo cubrió con cuidado y salió de la habitación. Llevaba el alma en los pies. Aquel hombre se encontraba peor, tenía que llamar a un médico, pero, ¿a cuál? Entró confuso a la salita, para encontrar a su visitante en la misma posición en la que lo había abandonado unos minutos antes. Matarazo lo vio y quiso ponerse de pie. Eugenio extendió un brazo.

—¡No, no se moleste, así está bien! —le dijo con una voz casi desmayada. “¿Qué voy a hacer con el herido?”, se preguntó varias veces y miró con impotencia a su visitante. Éste parecía abstraído, pensando en algo distinto al problema del herido.

—Entonces, compañero Yáñez, ¿no se le ocurre nada que hacer en favor de los muchachos? —preguntó con aire patético.

—Por lo pronto nada... Déjeme pensar un rato —le contestó con la esperanza de retenerlo en su casa, pues no deseaba hallarse solo con el moribundo.

Lo invitó a cenar. En la cocina, mientras preparaba los huevos revueltos con tomate y chiles serranos, se preguntó una y otra vez: “¿Cómo hacer para que me consiga a un médico?... ¡No!, es absurdo, si no sé quién es... ¿Por qué es amigo de los muchachos?...”

Comieron en silencio y a la hora del café hablaron de las películas de moda. Fue Eugenio el que escogió el tema, para evitar un giro peligroso en la conversación. Matarazo declaró su predilección por Marilyn Monroe

y Eugenio por Audrey Hepburn. Al final, llegaron a la conclusión de que ambas actrices, a pesar de ser físicamente opuestas, representaban al mismo tipo de mujer: infantil, ingenuo y angelical. Volvieron a la salita, en donde Matarazo ocupó la misma silla de respaldo alto.

—Es usted un hombre de costumbres —le dijo Eugenio.

Su visitante sonrió; había entendido la alusión.

Eugenio se ausentó nuevamente, para echarle un vistazo al herido. Hubiera dado diez años de su vida para encontrarlo en una postura distinta, oírlo roncar, gritar. Todo era preferible al silencio terrible de aquel cuerpo de cabeza rota que yacía quieto en su dolor.

—¡Compañero!... ¡Compañero! ¿Le duele mucho? —le preguntó inclinándose sobre el lugar en el que debería estar su invisible oreja a causa de los vendajes.

El hombre no le dio ninguna señal. “Debe tener el cráneo roto, debe quedarse quieto...”, y acongojado volvió a la salita.

—¿Sabe, señor Yáñez? Me encuentro bien sentado en esta silla. Los sillones son demasiado blandos, se hunde uno, se sofoca —dijo Matarazo, contestando a su frase de unos minutos antes. Se hubiera dicho que durante la breve ausencia de Eugenio Matarazo se había preguntado el porqué de su predilección por aquella silla de respaldo alto, y que ahora encontraba las razones para su gusto en apariencia incómodo.

—Cuestión de gustos. Tal vez debió usted ser fraile —contestó Eugenio distraído.

—¿Fraile? A lo mejor le dio usted al clavo —dijo Matarazo sorprendido.

Fumaron en silencio. Eugenio echó varias ojeadas rápidas a su salita y notó que había olvidado regar sus dos macetones de helechos. También vio polvo acumulado sobre su pequeño librero en el que figuraban *María*, de Jorge Isaacs, el Código Civil, la Constitución mexicana, una biografía de Simón Bolívar, el *Ulises criollo*, de Vasconcelos, *La amada inmóvil*, de Amado Nervo, *Entre naranjos*, de Blasco Ibáñez, *La dama de las camelias* y una fila entera de novelas de detectives. Matarazo siguió su mirada repasando sus libros, se puso de pie y señaló el *Ulises criollo*.

—¡Lo felicito, compañero! Es la mejor lectura que podemos hacer los mexicanos. ¡Vasconcelos! Ese sí que es un hombre. ¡Y un hombre como se

debe! —exclamó Matarazo entusiasmado.

—Pues sí, y ya ve usted cómo le fue...

—Tuvo que irse al exilio. Pero ¿qué tal?, ¡les cantó las cuarenta! Y si no se va, lo matan. ¡Qué violencia hay en México! ¡Qué violencia!... Y a propósito, ¿cree usted que los habrán matado? —preguntó Matarazo con timidez.

—Pues no lo sé... francamente no lo sé...

—Pues los buscaremos.... Aunque ya los busqué, seguiremos en la brecha. Usted, trate de encontrar al Novillero, tal vez él pueda darnos alguna razón... ¿Qué le parece, compañero Yáñez?

—Que los buscaremos. No se puede permitir que la gente desaparezca como por arte de magia. Es anticonstitucional.

—La Constitución es un mono pintado en la pared —afirmó Matarazo.

—¡Muy bien! Pero está escrita, y lo escrito, escrito está.

—¡Cierto!...

A las dos de la mañana Matarazo se puso de pie.

—Me retiro, ya le puse a usted una desvelada. ¡Qué barbaridad! El tiempo pasa volando. Perdóneme...

—Ningún perdón, ha sido una noche muy... agradable —dijo Eugenio mientras acompañaba a su visitante hacia la puerta.

Se dieron las buenas noches con un gran apretón de manos.

Eugenio volvió a quedarse solo con su moribundo. Se sintió desamparado y corrió a la ventana para mirar a través de las rendijas de las persianas bajadas la calle por la que se iba su amigo. ¡Le hubiera gustado que no se fuera hasta que naciera el día! La noche era desapacible, llovía. Dos sujetos con sombrero calado estaban sentados en el interior de un automóvil negro. El auto se encontraba estacionado en la acera de enfrente de su casa. Yáñez trató de ver la salida de su amigo, pero las plantas de la ventana se lo impidieron. Oyó el motor de un coche. ¿Matarazo tenía coche? El automóvil arrancó, alcanzó a verlo por detrás. Era un modelo antiguo, pintado de verde claro. Los hombres del automóvil negro hicieron señales con una linterna sorda, pero no se movieron. ¿A quién le hacían esas señales? Eugenio se sintió oprimido, el corazón le latió con fuerza y notó que las palmas de las manos se le

ponían húmedas. No se movió de la ventana sino para apagar la luz y echarle un vistazo rápido al herido, que continuaba inconsciente. ¿Quiénes eran esos hombres?, se preguntaba, a pesar de que conocía la respuesta. Desde lo más profundo de sí mismo subía la respuesta amenazadora: “¡La policía secreta!...” Lo estaban esperando; cuando saliera a su trabajo le echarían el guante.

“Deben saber que tengo aquí al herido... Sí, lo deben saber.” Y la suerte de aquel miserable le ahogó la garganta. “¿Qué hará sin mí...? ¿Quién lo va a cuidar?... ¿Y adónde me van a llevar?”

Volvió varias veces a su habitación para ver si notaba alguna mejoría en el moribundo. ¡Ninguna! Quizás Matarazo podía habérselo llevado. No. Era imposible. Para transportarlo era necesaria una ambulancia e internarlo en un hospital. Pero, ¿qué decir? ¿Quién era? ¿Cómo se hallaba en esas condiciones?... ¿Y por qué habían esperado tanto tiempo para ponerlo en manos de médicos?...

“¡Juro que esto es para volverse loco! Sí. ¡Loco! Loco...”, se dijo, y tuvo ganas de pedir auxilio. ¿A quién? Ningún vecino acudiría y menos ante la presencia de aquel coche negro con sus ocupantes de sombrero puesto. “¡Los canallas!... ¡Los muy canallas!”, se dijo, y para desahogar su ira dio de puñetazos violentos sobre los cojines sucios de sangre del sofá. Pegó y pegó hasta que se quedó sin aliento. “Tengo que dormir un rato, no puedo faltar a la oficina...”, se dijo nervioso y decidió irse un rato a la cama.

Antes de acostarse aliado del herido, lo observó atentamente y con sumo cuidado le limpió la cara con un algodón empapado en alcohol. Logró quitarle algunas costras de sangre seca y notó que el herido respiraba apacible y débilmente. “A las ocho le pondré la última penicilina que me queda”, se dijo preocupado. Dormitó unos minutos, repitiéndose: “No puedo volver a llegar tarde, ya Gómez sospecha algo...” ¿Y si fuera Gómez el que lo hubiera denunciado? Un remolino de preguntas le impidió conciliar un sueño profundo, por breve que fuera. Se preparó un café, lo bebió de prisa y le llevó al enfermo un poco de la bebida caliente con la esperanza de que bebiera un poco.

—¡Compañero, un cafecito! —le suplicó varias veces.

Le abrió la boca y lo hizo tragar algunas cucharadas. El hombre lo

bebió con más facilidad que la víspera.

—Vaya, parece que va usted un poquito mejor —le dijo, animándose ante lo que le pareció un milagro.

Quizás al oscurecer lo podría llevar a algún hospital. Diría que se lo había encontrado tirado en la calle. Le arregló las almohadas, lo cubrió y salió para su oficina.

En la calle no había nadie. El coche negro había desaparecido. “Tal vez lo imaginé, estoy tan nervioso...”, se dijo, mientras corría a toda velocidad rumbo a su oficina. Era absurdo que el coche de color negro velara la noche entera y que al acercarse el día, a la hora justa de la salida de su casa para ir a la oficina, desapareciera en vez de arrestarlo. “Bueno, eso de arrestarme... es ¡fantástico! ¿Por qué demonios me van a arrestar a mí, que soy un ciudadano honesto?”



La señorita Refugio le encontró muy mala cara.

—¡Cuídese, señor Yáñez! Está usted muy pálido. ¿No durmió bien?

—¡La juerga, la juerga lo está devorando, señor Yáñez! ¡Ya no abuse! —dijo riendo el joven protegido de Gómez.

—Ya hemos comentado que desde hace días lleva usted una vida muy disipada —agregó Chávez sonriendo.

La seriedad del gesto de Yáñez hizo callar a los bromistas. ¿Y cómo podía saber él si eran bromistas o simplemente estaban encargados de espiar sus palabras? Con aire circunspecto ocupó su escritorio y empezó a revolver papeles que no significaban absolutamente nada. “Inútil, inútil, inútil”, se repetía mentalmente mientras pasaba un oficio tras otro. “¡Demonios! ¿Y en estas pendejadas se pierde tanto tiempo?”, se preguntó asustado ante la vaciedad de sus días.

Era martes y sólo podía pensar en Pedro y en Tito, que no habían dado señales de vida. La noche anterior, la cercanía del moribundo le impidió escuchar debidamente a Matarazo. Y era justamente ahora, en plena oficina, cuando se planteaba con angustia lo último que sabía de sus amigos: “Había mucha sangre en la casita de la calzada del Chabacano...”

“¡Ya los mataron! Y nunca lo sabremos... ¿Adónde los habrán ido a

tirar?”, se preguntó mirando con fijeza el rostro tranquilo de la señorita Refugio. Debió mirarla de una manera muy extraña, pues la señorita se dirigió a él, muy alarmada:

—¿Decía usted, señor Yáñez?

—No, no, no he dicho nada...

—¡Ah! Me pareció que me pedía usted algo o que no se sentía bien... — contestó ella ruborizándose.

—No, no, no... —aseguró el pobre Yáñez tratando de reír para quitarle importancia al gesto que debió tener unos segundos antes.

“¿Qué cara puse? ¿Qué dije? Menos mal que sólo la señorita Refugio se dio cuenta de que ando mal.” Y se inclinó sobre sus papeles. Lo peor era empezar a sentirse culpable. La culpa lo hacía desvariar, hacer cosas raras, tener miedo de sus compañeros y... odiar a Gómez. No sabía por qué había empezado a odiar a aquel hombre estúpido, con sus treinta y cinco años auestas y sus trajes de gabardina clara, que se permitió hacerle observaciones sobre su primer retraso en tantos años de trabajo. Gómez, con sus bigotes caídos, sus ojos redondos y sin ningún mérito, esclavizaba a todos sus empleados. “Estos nuevos son los peores... ¿De qué charco habrá salido este sapo?”, se preguntó lleno de ira.

Gómez no se sentía culpable de nada, se tomaba por un burócrata perfecto y a pesar de su magnífico sueldo pensaba que su trabajo valía mucho más y culpaba a sus superiores de injusticia. ¡Ah!, el culpable era Yáñez, que renegaba de él en secreto y, en secreto también, escondía heridos. “Si el gordo Gómez supiera lo que tengo en mi casa, me enviaría a lo más profundo de la cárcel”, se dijo casi con regocijo. No debía sentirse culpable; eso significaba reconocer que Gómez tenía la razón y que él, Yáñez, estaba cometiendo un delito. La culpa lo debilitaba frente a aquellos sinvergüenzas que se habían hecho del poder y habían logrado poner en cuatro patas a todos los ciudadanos. “No, no soy culpable de nada. ¡De nada!”, se afirmó a sí mismo. Y volvió a recordar a Pedro y Tito.

¿Qué había sido de ellos?

Abandonó su oficina casi sin despedirse de sus compañeros. La única que le salió al paso fue la señorita Refugio, para desearle mejor salud:

—¡Cuídese, señor Yáñez! A ver si duerme hoy y mañana nos llega con

mejor cara.

En el camino a su casa recordó al Novillero y se fue rumbo a Bucareli. Si tenía suerte, encontraría a aquel pobre mocoso. Le costó trabajo encontrar un lugar para estacionar su automóvil cerca del periódico, a cuyas puertas se amontonaban los vendedores para recibir sus paquetes y salir corriendo a venderlos. “*iExtra!... iExtra!... iExtra!*”, le llegaban los gritos de los niños vendiendo la edición última de la tarde. Caminó entre la gente, tratando de descubrir al Novillero sin éxito. Trató de detener a alguno de aquellos vendedores infantiles que se escurrían entre los coches ofreciendo su periódico con voces estridentes. “Alguno lo debe de conocer”, se dijo Eugenio, y dedicó sus esfuerzos a atrapar a cualquier chico. Cogió el primer periódico que le ofreció un muchachito y antes de pagarle le preguntó directamente:

—¿Has visto al Novillero?

—¿A cuál Novillero? —contestó el niño mirándolo con ojos asustados.

—¿Cómo que a cuál Novillero? Al único que vende la *Extra* aquí — contestó de mal humor.

Inmediatamente se vio rodeado de tres o cuatro vendedores más que lo miraban con rencor.

—¡Órale! Vámonos. ¿Qué tanto hablas con éste? —le preguntaron al muchachito que había negado conocer al Novillero.

El grupo de niños se echó a correr y, una vez que estuvo a buena distancia de Eugenio, se detuvo y todos se volvieron a verlo.

—¡Eres poli!... ¡Lárgate! —le gritaron, para luego perderse entre los coches y la gente.

Eugenio se quedó de pie, desconcertado, con el periódico que no había tenido tiempo de pagar, en la mano. “Me creyeron policía. Es evidente que ya alguno de esos canallas vino a buscar al Novillero.” Buscó su automóvil y volvió de prisa a su casa para ver al enfermo. La carita del Novillero la llevaba en la memoria. No quería pensar que le hubiera sucedido nada malo. “Son muy listos. Si fueron por él, de seguro se les escurrió de entre las manos”, se dijo para consolarse.

Entró a su casa desanimado. Tenía la impresión de que el mundo se desbarataba a grandes pasos y que sobre él caían peñascos superiores a

sus fuerzas. “Ojalá que lo encuentre mejorado”, se dijo mientras se dirigía a su habitación. Se acercó de puntillas al enfermo. Un hilo de baba sanguinolenta colgaba de sus labios hinchados. ¡Había olvidado comprar la penicilina! Salió corriendo en busca de una farmacia. Por fin consiguió que se la vendieran en una farmacia del centro y regresó de prisa para inyectar al enfermo. Cuando terminó su tarea, estaba rendido. Se dejó caer en una silla y se dedicó a contemplar al desconocido que yacía en su cama. Notó que le había bajado un poco la hinchazón de la boca. “Si se aliviara...”, suspiró descorazonado. Debía esperar y se haría el milagro. Recordó que su madre, en los casos graves, acudía siempre a la Villa de Guadalupe. “Tal vez deba ir...”, se dijo, y sintió que una llanita diminuta se encendía en su pecho para calmarle la angustia insoportable que lo oprimía. De repente, lo sobresaltaron los timbrazos del teléfono. Era Matarazo.

—Señor Yáñez, ¿puedo ir unos minutos? —preguntó con timidez.

—¡Sí, naturalmente!

—Estaré ahí en diez minutos...

Eugenio se dio cuenta de que su cocina estaba sucia, y en desorden. Los platos, los cubiertos, las tazas y las ollas de la víspera estaban sin lavar. Se apresuró a poner orden. Tenía todavía las manos llenas de jabón cuando Matarazo se presentó a su puerta.

—No aparecen —dijo Matarazo al entrar a su casa.

—¿Usted no tuvo ninguna noticia? —preguntó alarmado Eugenio.

—Ninguna... No es normal que nos dejen en esta espera —comentó Matarazo, mientras ocupaba su lugar en la silla de respaldo alto.

—Pues no es posible, pero así es. No nos dicen nada.

Eugenio fue a la cocina para volver con una botella de tequila sin abrir y dos vasos. Le sirvió uno a Matarazo y otro para él.

—¡Salud, compañero!

—¡Salud! —contestó Yáñez.

—Pudiera ser que no tuvieran dinero para enviar el telegrama. Es una hipótesis, pero no debemos descartarla —opinó Matarazo después de haber bebido el tequila.

—No. Eso sí que no es posible. Iban a refugiarse con compañeros,

alguno les pudo dar el dinero. Un telegrama no cuesta un capital. No hay más que dos explicaciones: o los mataron o simplemente no les da la gana decirnos que llegaron con bien —contestó Yáñez de mal humor.

—¡Eso sí que no! Lo prometieron muy formalmente; me inclino más a creer que les sucedió alguna desgracia.

—Mire, compañero, la gente es así; una vez que logra su objetivo se olvida de los que les sirvieron de escalera. La ingratitud es clásica en el hombre. Es muy posible que una vez en medio de sus compañeros nos hayan olvidado —dijo Eugenio con amargura.

—No soy tan pesimista como usted. Algo me dice en el corazón que a esos dos les ha ocurrido algo malo...

—O algo muy bueno... —insistió Yáñez, que en ese momento pensaba en el herido que yacía en su cama. Lo atormentaba la duda: ¿podía confiar en Matarazo? Volvió a examinarlo con atención; se había cambiado de camisa y de corbata, iba impecablemente limpio y su gesto patético no lo había abandonado. Pero, ¿qué escondía su impasibilidad? Aun en los momentos en que se diría que iba a exaltarse, cuando hablaba de la suerte de los muchachos, guardaba sus gestos impasibles y el tono correcto de voz. En verdad que no podía descifrarlo.

Lo invitó a cenar. No soportaba la soledad, ni la muerte que rondaba la cama del herido. En la cocina, mientras hacía los inevitables huevos revueltos con tomate y chiles serranos, se sintió apaciguado; Matarazo no podía ir a su habitación sin pasar delante de la puerta de la cocina, de manera que no iría a fisgar y él no corría el riesgo de ser descubierto. Además, estaba acompañado y el aire de la casa parecía más saludable. Pensó que era mejor que dudara frente a Matarazo de la lealtad de Pedro y de Tito; se hacía menos sospechoso en el caso de que su invitado fuera una “oreja” del gobierno, que entraba a su casa para luego informar a la policía. La palabra “policía” le recordó al Novillero y volvió a preguntarse si lo habrían detenido; “en ese caso debe estar en el Tribunal para Menores”, y volvió a caer en sus cavilaciones. Sí, le preguntaría a Matarazo algo sobre el pobre niño.

Entró a la salita comedor con la cena lista. Encontró a su visitante sentado en la silla de respaldo alto, inmóvil y preocupado. Durante la

cena insistió en la inocencia de los dos jóvenes. Yáñez lo escuchó complacido.

—¿Ha vuelto usted a la casita de la calzada del Chabacano? —le preguntó mirándolo hasta el fondo de los ojos.

—¿Yo?... ¡No! ¿Para qué voy a volver si ya le conté anoche el estado en que la encontré? Ésa debe de ser una ratonera. Cuando salí, estaba casi seguro de que me iban a caer encima. ¡Gracias a Dios no sucedió nada malo! —contestó Matarazo con sinceridad.

—Yo se lo preguntaba por el Novillero. Hoy estuve pensando que tal vez se vaya a refugiar allí —contestó Eugenio.

—¿El Novillero? ¡No lo creo! ¡Si viera usted cómo son de listos esos niños callejeros! Es algo increíble; como viven a la intemperie tienen un olfato muy especial para el peligro... No, no creo que ese niño vuelva allí. ¡Imposible! —aseguró Matarazo.

Eugenio lo escuchó con atención. ¡Qué seguro estaba de la sagacidad de esas criaturas! Decidió contarle su experiencia con ellos. Matarazo lo escuchó complacido.

—¿Ve usted? Lo creyeron un policía y se lo gritaron en su cara. Yo creo que todos esconden al Novillero. No debemos preocuparnos por él. Lo que es seguro es que la policía lo ha buscado. Sí, seguro; si no fuera así, ¿por qué iban a reaccionar de esa manera?

—Tiene usted razón, mucha razón —afirmó Eugenio al recordar la cara desconfiada del muchachito al que le compró el diario y la presteza de los otros para rodearlo y llevárselo.

—¡Ojalá que nosotros tuviéramos ese instinto!, ¿no le parece? Sería más difícil engañarnos —aseguró Matarazo sin inmutarse.

Yáñez estuvo de acuerdo. “Si yo fuera como ellos, sabría quién eres tú”, se dijo preocupado.

Volvieron a dar las dos de la mañana y Matarazo volvió a ponerse de pie.

—¡Otra vez he abusado de su hospitalidad! No sabe cómo le agradezco su compañía... y ahora debo irme —dijo Matarazo a manera de despedida.

—Soy yo quien le agradece que se acuerde de un viejo solitario como yo. Y a propósito, anoche había un coche negro estacionado frente a mi casa

y cuando usted se fue, empezó a hacer señales con una linterna sorda.

—¿De veras? Justamente yo tuve la preocupación de mirar y no vi nada. En estos casos hay que ser muy cauto, ya sabe usted que hombre prevenido vale por dos.

—¿En verdad no vio usted nada? Pero si estaba ahí, con dos hombres de sombrero puesto... —insistió Yáñez en la puerta y deseando detener a su visitante.

—¿De veras? Pues no los vi... —y Matarazo salió tranquilo.

Yáñez cerró la puerta con lentitud. Un rencor extraño le inundó el pecho.

—¡Traidor! —dijo en voz muy baja, mientras se apoyaba de espaldas contra la puerta cerrada.

Recordó al automóvil y corrió a la ventana: ahí estaba el coche de color negro con sus dos ocupantes con el sombrero puesto. Escuchó partir el auto de su visitante y desazonado se dirigió a su habitación. “Por qué lo llamé traidor?... Estoy muy nervioso. Bueno, esta vez ya está advertido, y habrá visto el maldito coche negro”, se dijo al entrar a su cuarto para ver cómo estaba el herido.

—Compañero... compañerito... ¿cómo se siente usted? —dijo en voz muy baja.

El hombre entreabrió un poco los ojos deformados por los golpes y Yáñez vio sus pupilas negras flotando en aquella masa de carne hinchada. Yáñez leyó en ellos un rayo de esperanza.

—¿Quiere un cafecito, compañero? Le caerá bien, tiene usted el estómago vacío...

El hombre cerró los ojos en señal de asentimiento y Yáñez corrió a la cocina a preparar un poco de café con leche. Le dio algunas cucharadas que rodaron sobre la barbilla del herido. Casi no podía abrir la boca; se diría que los labios los tenía anestesiados o paralizados, pues no lograba apoyarlos sobre la cucharilla.

—¡Malhaya sea! Mañana compraré unas pajuelas o popotes, tal vez le será más fácil beber —dijo disgustado consigo mismo por su torpeza y falta de previsión.

Sin embargo, continuó dándole cucharaditas de café con leche, pues

algo lograba tragar. De pronto el hombre no pudo tragar ni una gota más. Eugenio tuvo miedo de ahogarlo y cesó en su intento de alimentarlo. Le limpió la cara con un algodón empapado de alcohol, le movió las almohadas y luego se tendió a su lado tratando de ocupar el menor espacio posible.

Estaba tan cansado que hubiera podido dormir cuarenta y ocho horas seguidas, pero se sobresaltó al pensar si el herido había orinado. Levantó las mantas para ver el colchón y el pantalón del hombre. Se sintió aliviado al notar cierta humedad en la sábana. “Sí, ha orinado, pero muy poco, muy poco!... ¡Poquísimo! Debo buscar a un médico.” Y trató de dormir. “A lo mejor le rompieron los riñones”, pensó aterrado. Los bigotes caídos y los ojos redondos de Gómez lo hicieron pensar en que debía dormir aunque fuera unos minutos.

A las siete de la mañana saltó como un robot del lecho. Se duchó de prisa corrió a la cocina a preparar el café del enfermo. Éste apenas pudo tragar unas cuantas gotas; como tenía los ojos cerrados, Eugenio no sabía si seguía durmiendo.

—No se preocupe, compañero; hoy voy a comprar unos popotes y le será más fácil tomar su café. Le haré un jugo de frutas, tiene muchas vitaminas —le prometió, mientras le ponía las dos inyecciones. Después volvió a insistir: ¡Por favor, no se mueva! ¿Me oye, compañero? ¡No se mueva hasta que yo llegue!

En el trayecto a su oficina se detuvo en el mercadillo de costumbre. Compró de prisa plátanos, naranjas, tomates, huevos, leche, café, pan, tortillas y algunas latas de conservas. Al último, cuando ya iba de salida, se dijo: “¡Qué estúpido soy!”, y compró carne molida y yerbas de olor, para hacerle un consomé al herido. Dejó su bolsa de compras en el coche y subió optimista a su oficina.

“El consomé lo pondrá bien. ¡Es un levantamuertos!”, se dijo.



La señorita Refugio le sonrió con amabilidad al darle los buenos días. Yáñez la miró con agradecimiento. Era como si aquella mujer se hubiera dado cuenta de que algo malo le sucedía y quisiera darle algún consuelo.

Era increíble que “los dedos más veloces del Departamento”, como la llamaban en broma sus compañeros, tuviera aquella delicada intuición. Y, sin proponérselo, la comparó con los chiquillos que vendían los diarios y tenían la facultad de oler el peligro. ¿Y si se confiara en ella? No, la señorita Refugio era una pobre señorita que vivía en un apartamento de la colonia del Valle, en compañía de su padre, un anciano sin trabajo desde que perdió tres dedos en un accidente en la fábrica donde era jefe de sección.

—¿Sabe usted cuánto le pagaron por cada dedo? —le preguntó la señorita Refugio, acercándose a su escritorio con el pretexto de mostrarle unos oficios.

—No, no lo sé —contestó sorprendido Yáñez, a quien nunca se le había ocurrido hacerse esa pregunta absurda.

—Ciento ochenta pesos por el pulgar, ciento sesenta por el índice y ciento cincuenta por el cordial. ¡Y eso que eran de la mano derecha! ¿Qué le parece? ¿Qué le parece, señor Yáñez? —dijo ella con voz sofocada.

—Pues me parece escalofriante. No entiendo de precios a ese nivel; además, nunca oí hablar de semejante... cosa.

—Son los precios oficiales. Por las piernas creo que pagan novecientos pesos —dijo ella enrojeciendo.

—Sigo sin entender, señorita Refugio...

—Es lo que pagan los patrones en el caso de mutilación por el trabajo. ¿No lo sabía usted? ¡Y luego quieren que no haya huelgas! —comentó la señorita Refugio en voz aún más baja y revolviendo ruidosamente los papeles que llevaba en las manos.

—Es terrible, terrible, señorita Refugio... —dijo Yáñez en voz también muy baja.

La señorita Refugio volvió a su escritorio. Yáñez la contempló atontado. “Todos los días se aprende algo nuevo”, se dijo desagradablemente sorprendido. Lo que le había revelado la señorita lo volvía rencoroso. “¿Cuánto pagarán por una cabeza?”, se preguntó indignado. “Desde luego por ésa no pagaría yo ni cinco centavos”, se dijo al ver aparecer la cabeza de Gómez, que lanzaba una mirada de propietario sobre sus empleados.

—¿Un cafecito, señor Yáñez? —le ofreció la señorita Refugio con voz

calmada a las doce de la mañana. Y le sirvió de su termo un poco de café en un cono de papel encerado de los que tenían en la máquina de beber agua.

—Muchas gracias. ¡Bienvenido el café! —le contestó encantado Yáñez, que ahora sabía que gozaba de una cómplice en la oficina.

La palabra “cómplice” lo desconcertó y le quitó el aroma al café. ¿Por qué de repente la señorita Refugio le hacía aquellas confidencias evidentemente “políticas”? ¿Acaso sabía algo? ¿O era ella la encargada de espialo?... La euforia de unos minutos antes se convirtió en amargura. Sería más cauto, aun con la señorita Refugio, que ahora lo miraba con sus tristes ojos color canela, como si también ella se hubiera arrepentido de su arrebató de antes al ofrecerle el café. La tristeza que se desprendía de su mirada conmovió a Yáñez: “No, no, ella es diferente de éstos...”, y al decir “éstos” pensaba en sus demás compañeros.



Lo primero que hizo al llegar a su casa fue correr al lado del enfermo. Descorazonado vio que ni siquiera había cambiado de postura.

—Compañero, le voy a preparar un consomé y un juguito de naranja... ¡ah!, y un puré de plátano. Necesita alimentarse poco a poco, para recuperar fuerzas —le dijo exaltado.

El herido movió ligeramente una mano y Yáñez se dedicó con furor a preparar el menú. Ayudado por el popote, el enfermo logró tragar algunas gotas de consomé y un poquito de jugo de naranja. Yáñez se empeñó en darle algunas cucharaditas del puré de plátanos, pero se diría que el contacto del metal le producía dolor, pues por primera vez lanzó unos quejidos débiles. Yáñez arrojó al suelo la cucharilla y asustado contempló los labios rotos de su amigo. “¡Soy un salvaje!”, se dijo, furioso consigo mismo.

—¿Qué le duele, compañerito? —le preguntó ansioso.

El hombre hizo un gran esfuerzo y trató de mostrar la lengua amoratada y mordida. Al ver los dientes rotos de su amigo Yáñez retrocedió. “¡Carajo!, no sirvo para enfermero!”, y sintió que la cabeza le daba vueltas. El hombre se quedó quieto y él se dejó caer en una silla para

contemplantelo. Era evidente que había mejorado en algo, pero la hinchazón de la cara no disminuía gran cosa. Además, en los pedazos de cara en donde no había golpes la piel estaba intensamente pálida, como si fuera de cera. Se desesperó. Febril, trató de pensar en algún médico amigo, pero su memoria se ofuscaba a medida que hacía esfuerzos para encontrar un nombre. Ya casi era la hora de la penicilina. Hirvió la jeringa, le tomó al herido la manga de la camisa y la levantó; el hombre había adelgazado terriblemente. “Este hombre se puede morir y yo no hago nada”, se dijo con desesperación. Si llamaba a un médico lo descubriría y se descubriría él mismo, y si no lo llamaba, el herido podía morir y él iría a la cárcel por asesinato. Se quedó perplejo. Su situación no tenía salida. “¡Estoy atrapado!... Estamos atrapados”, corrigió, pensando en el herido. Permaneció inmóvil con la mente en blanco, a fuerza de querer hallar una solución. Cerca de las ocho de la noche habló Matarazo.

—En diez minutos estoy ahí —anunció como de costumbre.

“Le pediré auxilio, auxilio, auxilio...”, se repitió Yáñez mientras esperaba su llegada.

Matarazo se presentó con la tranquilidad acostumbrada. Eugenio, en cambio, tenía los nervios deshechos.

—¿Nada sobre los muchachos? —preguntó apenas se hubo sentado en la silla de respaldo alto.

—¡Nada de nada! —respondió Yáñez, temiendo que su amigo sintiera la desesperación que se apoderaba de él por segundos.

—Usted dirá lo que quiera, compañero, pero esto es alarmante. Si mañana no tenemos noticias, habrá que presentar una queja...

—¿Una queja...? ¿A quién...? ¡No sabe usted que no existe un lugar en el que se pueda presentar una queja? —gritó Eugenio enrojeciendo de ira.

—No se ponga así, compañero. Yo pensaba en alguna comisaría...

—¿Qué?... ¿En una comisaría? ¿Sabe usted cuánto pagan por el dedo pulgar? ¡Ciento ochenta pesos!... ¿Y por el dedo índice? ¿Lo sabe?

—No, compañero, no lo sé... —contestó sobresaltado Matarazo, mirando a su amigo como si éste hubiera perdido el juicio.

Eugenio se tomó la cabeza entre las manos y permaneció así largo rato. Sentía que era capaz de ponerse a dar alaridos. Su amigo respetó su

silencio. Ambos permanecieron quietos. La angustia como pesada plancha de plomo los obligó a callar. Se sentían aplastados y Eugenio supo en esos momentos que su situación era desesperada. “No, no tengo salida... Estoy perdido.” Cuando levantó el rostro, miró con ojos muy cansados a Matarazo. Se puso de pie para dirigirse a la cocina.

—Vamos a tomar una copa de tequila...

En la cocina sirvió los vasos y volvió con ellos y la botella a la salita. Los dos amigos bebieron en silencio.

—Perdone, compañero, que me haya exaltado. Una queja sólo se puede presentar en el nivel más alto... y aun así es peligroso —dijo Eugenio Yáñez en voz baja. Estaba sombrío y Matarazo hizo el gesto de querer retirarse—. ¡No, no, por favor! Vamos a cenar —pidió suplicante Yáñez. Preparó los huevos revueltos y el café, y abrió un frasco de cajeta de Celaya.

Los dos amigos cenaron cabizbajos y casi en silencio.

—Los muchachos nos debían haber dicho algo a través de alguno de sus amigos. Es lo mínimo, para no tenernos en esta zozobra —aseguró Yáñez.

—Es verdad... Una pequeña atención no cuesta —aceptó Matarazo.

A las dos de la mañana se despidieron. Eugenio no mencionó el automóvil de color negro, que estaba estacionado frente a su casa. No quiso preguntarle a Matarazo si lo había visto; a lo mejor pensaría que tenía miedo y que el miedo le producía alucinaciones. O tal vez corría el riesgo de alejarlo de su casa si se sentía vigilado por el hecho de visitarlo.

Miró por las rendijas de la persiana al coche negro y escuchó el motor del auto de Matarazo, que se alejaba de su casa. Abatido, se dejó caer en un sillón y después de un rato se dirigió a ver al enfermo. Éste parecía respirar más regularmente. Se extendió en la orilla de la cama y notó que de ella se desprendía un olor desconocido y repugnante. ¿Sería la enfermedad o sólo la falta de aseo del pobre hombre que yacía a su lado? “¡Caramba! ¡Sus compañeros deberían preocuparse por él! No han llamado ni una sola vez.” Yáñez trató de dormir un rato. Su situación se volvía insostenible; al final caería fulminado en la oficina... o los hombres del coche negro entrarían a tiros en su casa. ¿Qué esperaban para hacerlo? No lo entendía. El olor lo distrajo de ese pensamiento y recordó

que tenía que ver si el enfermo había orinado. Se levantó, movió las mantas y palpó las sábanas; estaban casi, casi secas. “Es malo que no orine”, se dijo, mientras hundía la cabeza en la almohada para olvidar todo lo que sucedía a su alrededor.

A las siete de la mañana limpió al herido con alcohol. Le aflojó el cinturón de cuero viejo que llevaba y quiso obligarlo a orinar, pero sólo logró que el hombre dejara correr algunas gotas medio rojizas. “Algo es algo”, se dijo para consolarse. Le dio un poco de café y de consomé que había sobrado de la víspera, le puso la inyección de penicilina y la de vitaminas y casi sin afeitarse salió volando a su trabajo.

La oficina le pareció paradisiaca. Se dejó caer en su sillón frente a su escritorio y lanzó un suspiro de alivio. Allí estaba con gente, había luz, nadie agonizaba a su lado en un cuarto con las persianas bajadas, un cuarto en sombras. El orden y la vista de la señorita Refugio, que lo saludó con amabilidad, lo reconfortaron de sus noches pesadillescas. ¡Nunca imaginó que una simple huelga pudiera traer tantas complicaciones sórdidas y criminales!

—¿Un cafecito, señor Yáñez? —le ofreció la señorita Refugio a las doce del día.

—Sí, gracias, en verdad lo necesito —contestó Eugenio con sinceridad.

La señorita Refugio no le hizo ninguna confidencia, pero si él lograba vencer la desconfianza, podía contar con ella. A lo mejor ella conocía a algún médico. Era cosa de preguntárselo. A Dios gracias, la señorita estaba de dictado en el despacho de Gómez y él tenía tiempo para reflexionar. “Es un albur...”, se repitió varias veces, pero debía hallar la solución; ese pobre hombre no podía morir así, sin cuidados, escondido en su cuarto, “clandestinamente...” A la salida se encontró con la señorita Refugio, que tenía siempre prisa en llegar a su casa para atender a su padre. “Ya será otro día.” Y también él abandonó la oficina de prisa, pues tenía que comprar las medicinas y la comida.

En su casa encontró al enfermo en una postura diferente. ¡Ya podía moverse! El hecho lo animó. Se acercó a la cama y el hombre abrió los ojos con dificultad; quiso decir algo pero sus labios y su lengua no le obedecieron.

—Paciencia, compañero; en unos días más se sentirá mejor. Ahora voy a preparar su consomé.

En la cocina se movió con rapidez; lavó los trastos de la víspera y preparó la comida del herido. Éste logró dar dos o tres sorbitos al consomé, ayudado por la pajuela. También bebió unas gotas de jugo de naranja y un poco de café.

Eugenio, entusiasmado, le puso las dos inyecciones y trató de no fijarse en la flacura extrema de los brazos.

—Verá, compañero: cuando esté bien, recordará esto como una pesadilla, pero que habrá terminado. ¿Se siente mejor? —preguntó solícito.

El hombre lo miró con los ojos vidriosos apenas entreabiertos hundidos en una carne que iba tomando colores violáceos y verdes pronunciados. Movié ligeramente una mano y quiso decir algo que no llegó a pronunciar. Resignado, cerró los ojos, y Eugenio se fue a la salita a esperar la llamada de Matarazo, que no tardó en producirse. Matarazo apareció a los pocos minutos.

Juntos bebieron su vaso de tequila y cenaron los huevos revueltos con tomate. Casi no necesitaban hablar. Eugenio puso chicharrones y tortillas y Matarazo sonrió satisfecho.

—Se ve que andamos más optimistas. ¿Alguna buena noticia? —preguntó mientras se preparaba un taco de chicharrones.

—Ninguna, pero estoy resignado a la espera... —no quiso confiarle que su optimismo se debía al ligero progreso en la salud del enfermo.

La velada transcurrió apacible. Ninguno de los dos se atrevió a profundizar en la conversación ni quiso prestarse a las confidencias. Los dos seguían tan desconocidos como el día de la primera visita. “Debía preguntarle dónde trabaja”, pensó Eugenio, pero temió ofenderlo. No podía prescindir de su amistad. ¿Qué haría sin sus visitas? “Tal vez me hubiera vuelto loco...”, se dijo repentinamente asustado. También podía suceder que si él lo interrogaba, el otro se sintiera con autoridad para interrogarlo a su vez, y en ese caso era muy probable que le soltara lo del herido. Era mejor que todo quedara así, hasta la reaparición de los muchachos. Ellos le dirían quién era Matarazo.

—¡Qué barbaridad! Ya es jueves y nosotros sin noticias —exclamó Matarazo antes de irse.

—¡Jueves!... ¡Qué semanita de pesadilla! —contestó Eugenio.

—¿Verdad?... ¿Verdad que es una pesadilla? Yo apenas puedo dormir... —confesó Matarazo.

—Yo tampoco duermo —respondió sombrío Yáñez, pues sabía que en cuanto cerrara la puerta tras de su amigo volvería al horror de su habitación.

Matarazo se fue, después de darle unas palmaditas en la espalda, Eugenio corrió a la ventana. Allí seguía el automóvil negro. ¿Por qué Matarazo no hacía ninguna alusión a él y a sus hombres que hacían señales con su linterna sorda? “Esto es infernal”, se dijo convencido. Se sentó en el sofá para fumar un cigarrillo y reflexionar. Pero estaba demasiado cansado y, arrastrando los pies, se dirigió a su habitación. Desde que entró, el olor extraño que se desprendía de su cama lo volvió a inquietar. Se sentó en la orilla de la cama y de pronto supo que unas lágrimas ardientes corrían por sus mejillas fatigadas. El llanto silencioso le produjo un bienestar. Se tendió junto al herido, aquel pobre náufrago que había venido a encallar en su cama, y pidió que le volviera la salud. Por primera vez logró dormir un rato sin sobresaltos.



El viernes encontró contentos a sus compañeros de trabajo. Siempre se animaban cuando se acercaba el sábado. Hacían planes para el domingo y bromeaban entre ellos con confianza.

—Mañana mi papacito y yo iremos al cine. Están dando unas películas magníficas —escuchó decir a la señorita Refugio.

¡El cine! Lo había olvidado. Decidió que esa noche no vería a Matarazo. Iría a su casa, cuidaría al enfermo y luego se iría a cenar al Sorrento y a ver alguna película. Volvería a su casa a las doce. El automóvil negro llegaba alrededor de la una de la madrugada. Necesitaba distraerse, no quería saber nada, ni de Tito, ni de Pedro, ni de Matarazo. Bastante pena tenía con el herido, temiendo a cada instante que muriera en su casa. Después de todo, sus nuevos amigos le eran desconocidos; él les había

hecho un pequeño servicio y ellos ni siquiera se habían preocupado en enviarle aquel telegrama. ¡No sabía quiénes eran! Necesitaba olvidar por algunos momentos la presencia de aquel automóvil negro, que se le había convertido en una obsesión. ¿Por qué Matarazo no lo veía? “No puedo estar loco”, se dijo con enfado. “Ese maldito automóvil llega a la una de la madrugada todos los días.”

En su casa encontró al enfermo tranquilo. Le preparó la cena y el café y lo obligó a dar unos sorbitos de consomé. El puré de plátano no pudo tragarlo. Se hacía ilusiones: el hombre no estaba tan bien como él lo deseaba. Se había acostumbrado, o más bien resignado, al olor que esparcía su cama, pero al arreglarla notó que el olor era más intenso. Lo inyectó y le aconsejó dormir un rato. Antes se cercioró de que el hombre no orinaba. Aquellas gotas rojizas no podían ser orines. “Tengo que hacer algo, algo, algo...”, se repitió con exasperación. Se ahogaba, necesitaba salir para refrescarse la cabeza; después pensaría mejor.

—Voy a salir por dos horas, compañero. No se intranquilece, trate de dormir mientras estoy ausente —le aconsejó acercándosele al oído.

Al decir esto, decidió abandonar su casa inmediatamente, pero el teléfono sonó imperioso: era Matarazo.

—Estoy muy intranquilo, señor Yáñez. También Ignacio ha desaparecido...

—¡No me diga! ¿En dónde está usted? Iré a buscarlo... —propuso Eugenio, que prefería verlo en la calle.

—Aquí con unas gentes...

—¿Dónde puedo ir a buscarlo? —insistió Eugenio.

—No sé, no sé... Bueno, que sea en el Tibet-Hamz —dijo desgana la voz de Matarazo.

—¡Ahí llego en diez o quince minutos...!

—No, no... Que sea a las diez... estoy en un bautizo.

—¡En un bautizo! —Eugenio tuvo la impresión de que Matarazo se burlaba de él.

“Lo dejaré plantado y me iré al cine”, se dijo, y salió a la calle. Dio varias vueltas en su automóvil, no se decidía a abandonar a Matarazo. “Es estúpido, me voy al cine.” Detuvo el coche en una calle cercana al cine

París y se colocó en la fila de espera para llegar a la taquilla. Pero no estaba tranquilo, había algo misterioso que lo empujaba a ver a aquel personaje, como antes lo había empujado a llevar cigarrillos a los huelguistas. Además, llovía a cántaros y no era justo que el pobre Matarazo lo esperara inútilmente bajo aquel diluvio. Abandonó la cola y, corriendo bajo la lluvia, buscó su automóvil. Dio nuevamente varias vueltas a la deriva, perdido en pensamientos contrarios. La lluvia golpeaba con furia el parabrisas y este hecho tan simple lo ponía de mal humor. ¿Por qué debía acudir a aquella cita disparatada a las diez de la noche, en vez de haber entrado al cine, comer una barra de chocolate y luego cenar en el Sorrento? El recuerdo del automóvil negro le dio ánimos para asistir a la cita. Tenía que descubrir qué deseaban aquellos individuos de mala catadura que vigilaban su puerta. Matarazo lo podía ayudar en esa empresa. Ese pensamiento lo convenció de que no podía abandonarlo en aquella aventura que parecía tan peligrosa. Si había entrado en el juego, era necesario llegar hasta el final.

La palabra “final” le produjo miedo. ¿Cuál podía ser el final de tantas pequeñas locuras como había cometido? Al decir “pequeñas” sonrió con amargura. ¿Acaso no tenía en su mismo lecho a un moribundo desconocido y en su aparato de televisión una pistola recién disparada? En cualquier momento aquel pobre hombre podía fallecer y, él, Eugenio, sería acusado de asesinato. “El hombre no debe pensar, se adelanta a los acontecimientos y puede provocarlos”, se dijo asustado. Pero, ¿cómo detener la máquina infernal del pensamiento que sólo anuncia desgracias? Antes, cuando era joven, no pensaba... ¡Qué estupidez! Claro que pensaba, pero con calma, y sus pensamientos eran sencillos, desprovistos del toque pesimista y trágico que se había ido apoderando de él a medida que envejecía. De niño, ¿qué pensaba? Le fue imposible reconstruir un solo pensamiento infantil. Recordó que contaba los días que faltaban para las fiestas y el temor de que su padre se enfadara con él cuando tenía algún fracaso en el colegio o algún tropiezo en la calle. ¿Y a eso se reducían sus pensamientos infantiles? No, poco a poco, y desde lo más profundo de su memoria, surgieron olas leves de melancolía que se apoderaban de su niñez al caer la noche, cuando su casa empezaba a

quedarse quieta, y él, Eugenio, emprendía el solitario camino de los sueños. Sí, siempre hubo en él un fondo melancólico, una tristeza agazapada en lo más profundo de su corazón, tristeza que con el tiempo se fue convirtiendo en un miedo ligero hacia los demás, y que lo fue aislando de sus compañeros de estudios primero, y más tarde de sus compañeros de trabajo, hasta dejarlo completamente solo en su modesto piso de divorciado. De alguna manera aquellos huelguistas habían roto la coraza que lo defendía de los otros seres humanos. Tal vez le contagiaron su entusiasmo juvenil... Sí, debía ir al encuentro de Matarazo, que también estaba sometido a la desconfianza. Varias veces leyó en sus ojos patéticos el miedo. También Matarazo hacía esfuerzos por romper su cáscara protectora, y él no podía fallarle.

Un poco antes de las diez de la noche enfiló su coche anticuado hacia la avenida Juárez. Al llegar a la altura del Tibet-Hamz descubrió a Matarazo esperándolo en la calle. Se veía muy desvalido resguardándose de la lluvia bajo una saliente del edificio. Se había levantado las solapas de la americana para cubrirse del agua y del viento que barrían la calle. Se detuvo, abrió la portezuela del coche y Matarazo se introdujo en el asiento delantero con aire alborozado. Apenas ocupó su lugar, volvió a su timidez habitual, que convertía el diálogo en algo casi imposible.

—¿Qué pasa? —preguntó Eugenio olvidando su enojo, ya que se sentía ahora tranquilo, al lado de su amigo.

—Los muchachos me dejaron la dirección de Ignacio. Hoy fui a buscarlo y me encontré a su mamá muy acongojada. Desde el domingo no sabe nada de su hijo.

Eugenio reflexionó unos instantes. Recordó la entrada de Ignacio en su casa, su exaltación, y su salida precipitada.

—Debe estar escondido —dijo Eugenio pensativo.

—¿En dónde? ¿Por qué no le da señales de vida a su familia? —preguntó ansioso Matarazo.

—No sé... Tal vez huyó el mismo sábado, después de ir a mi casa...

—No, no, dejó su maletita lista y le dijo a su mamá: “Ahora vuelvo”... y no volvió, ni habló, ni mandó ninguna señal. ¿Qué le parece?

—Pues que el asunto está raro... muy raro —contestó Eugenio con aire

preocupado.

—Compañero, ¿y si fuéramos a la jefatura de policía a preguntar por los tres muchachos desaparecidos? —preguntó Matarazo en voz baja.

Eugenio tuvo una sacudida. ¡La jefatura de policía! ¿Cómo podía ir allí si tenía al moribundo en su cama y a los hombres del automóvil negro enfrente de su casa? Se volvió a contemplar a Matarazo. Era increíble que le propusiera semejante disparate. Matarazo lo miró a los ojos con aire pasivo. Eugenio trató de controlarse.

—Sería correr un riesgo inútil. A lo mejor nos agarran también a nosotros y entonces, ¿qué podríamos hacer por ellos? —dijo volviéndose a mirar la calle con gesto fatigado.

—Es cierto, no pensé en eso... ¡Éstos son tan atrabiliarios!...

—El coche negro me da mala espina; si al menos no estuviera allí.... —murmuró Eugenio, casi para sí mismo.

—¿Usted no conoce a alguien de arriba que pudiera informarnos en privado, y a título amistoso? —aventuró Matarazo.

—Sí, conozco a muchos de arriba, pero no sirven para nada. Déjeme pensar... —dijo Eugenio con enojo.

Pensó con detenimiento, repasó los nombres de sus antiguos compañeros que ahora ocupaban puestos clave en la administración, pero ninguno le merecía confianza, a pesar de su amabilidad en sus encuentros ocasionales: “¡Hermano!... ¿Te acuerdas?...” No, ninguno lo recibiría y menos a esas horas de la noche. Sus criados los echarían a la calle y además se volverían sospechosos. De repente le vino a la cabeza el nombre de Manuel López Rubio, que trabajaba en la presidencia de la república y cuyas tendencias izquierdizantes lo habían llevado a tan alto puesto. López Rubio era un tipo simpático, moreno, alto, barrigón y cínico. Hacía gala de buen humor y trataba de inspirar confianza. De estudiante había organizado huelgas universitarias y ganado un concurso de oratoria. Trataba de aparentar una juventud que ya se le había escapado, supliéndola con gestos propios de los jóvenes, palabras vulgares, palmadas en la espalda y refranes populacheros. Su enorme boca se abría como la de un caníbal dispuesto a la risa y al chiste fácil.

¡Era cordial! ¡Muy cordial! Además, pretendía ser un idealista. Hacía

mucho tiempo que él y López Rubio habían dejado de frecuentarse; sin embargo, cuando de casualidad se encontraban en la calle o en alguna taquería, ya que Manuel padecía de un apetito insaciable de tacos enchilados, López Rubio se precipitaba a saludarlo con una efusividad conmovedora. El consejero de la presidencia vivía en una mansión de la colonia Juárez, mientras terminaban el palacete que se había mandado construir en las Lomas de Chapultepec. Eugenio dirigió su automóvil hacia allá.

—Vamos a tener suerte —le dijo a Matarazo.

Una sirvienta adormilada les hizo pasar a un salón enorme y de gusto dudoso, decorado por Teresa, la mujer de Manuel, que se consideraba una aristócrata venida a menos, debido a su matrimonio con Manuel. Espejos ahumados y sillones del siglo XIX de madera labrada negra y forrados de raso escarlata, daban una impresión equívoca a aquella habitación en la que los introdujo la criada.

—¡Eugenio, hermano! ¿Qué te trae por aquí? Hace años que no nos vemos —exclamó López Rubio, al mismo tiempo que le daba un gran abrazo a su visitante.

—Pues ya ves... Vine a pedirte un pequeño servicio; es muy urgente, por eso me atreví a despertarte...

—¡No, no! Eso de que me despertaste no es cierto. ¡No me acuesto como las gallinas! —y López Rubio soltó una risotada, abriendo la boca hasta mostrar la campanilla.

Eugenio aprovechó su buen humor y le expuso la causa de su inesperada visita: la desaparición de tres huelguistas: Tito, Pedro e Ignacio. Lo hizo con calma y en voz baja, para estudiar la reacción en el rostro grueso y sudoroso del consejero, que poco a poco pasó de la alegría al asombro y luego a lo sombrío.

—¡Eugenio, es increíble que me molestes a estas horas por esos agitadores! ¿Te das cuenta de quiénes estás hablando? —exclamó con voz severa el dueño de la casa.

—Manuel, no exageres, no se trata de agitadores; se trata de tres huelguistas jóvenes...

—¿No te das cuenta de que su conducta no corresponde a la realidad

económica ni política de México? El país está en pleno desarrollo y vienen esos sinvergüenzas a poner todo patas arriba... Estás fuera de la realidad, te lo repito.

—¿De la realidad?... Sí, sí me doy cuenta. Yo diría que corresponde por ejemplo a tus discursos y...

—¡Y nada! Tú has estado siempre en las nubes. No entiendes nada de política constructiva. Estamos trabajando muy duro, pero muy duro, para levantar este país, y me sales ahora con la historia de tres agitadores. Mira, en estos momentos no es tolerable una huelga...

—La huelga ya se deshizo, te hablo de tres muchachos...

—Tres delincuentes irresponsables que se han enfrentado a la ley no merecen nada. Tú no debes preocuparte por ellos, ni preocuparme...

Yáñez contempló distraído los retratos de novia diseminados sobre las consolas negras del salón. Se puso de pie y Matarazo, que no había abierto la boca, lo imitó. “El que vive fuera de la realidad eres tú”, se dijo viendo la enorme boca abierta de López Rubio, que había abandonado su aire severo y volvía a la risa casi maquinalmente.

—¿Qué? ¿Ya se van? ¿Tan pronto? —exclamó decepcionado.

—Ya es muy tarde. Perdona que haya venido a molestarte —contestó Eugenio sombrío.

—¡Que lástima! Me hubiera gustado comentar contigo un libro escrito por una vieja formidable: *El segundo sexo*.

—Otro día...

Salieron descorazonados de aquella casa inhóspita. El lenguaje empleado por Manuel López Rubio les había producido un sentimiento indefinible: no sabían si se trataba de un cínico, de un imbécil o simplemente de un oportunista. Además, los había hecho sentir no sólo inoportunos, sino imbéciles al dirigirse a él, un alto funcionario del mismo gobierno que había perseguido la huelga y a los huelguistas.

—No sé por qué se me ocurrió venir a pedirle ayuda a Manuel... Creía que era más comprensivo. ¡Cómo presume de cordial! Creo que subió muy de prisa. ¡Está eufórico! ¿No le dio la impresión de un caníbal alegre? Aunque hubo un momento en que me pareció amenazador —afirmó Eugenio con seriedad.

—No me pareció gente de fiar. Es muy capaz de llamar a la policía y decir que andamos investigando lo que ha hecho el gobierno. No se va uno tan arriba nada más porque sí. ¡Hay que hacer méritos, compañero! ¿No le parece? —preguntó Matarazo mirando a Eugenio con reproche.

—Tiene usted razón, compañero...

Corrieron por la ciudad resbaladiza por la lluvia. Ambos iban disgustados; Eugenio sentía una ira especial, provocada por la injusticia. No era tolerable que, en nombre de la revolución, Manuel hubiera acumulado tantas riquezas y tanto poder, y que se negara a ayudar a tres infelices.

—¡Lo peor es que se dice de izquierda! —dijo Eugenio como para sí mismo.

—Eso es justamente lo que yo no comprendo. Mire, compañero, me quiebro la cabeza pensándolo y sin entenderlo. La única razón que hallo es que es un oportunista de lo peor —y al decir esto Matarazo pareció hundirse en un humor sombrío. Se volvió hacia la calle para ver caer la lluvia torrencial.

—Vamos a buscar a Eulalio —exclamó Eugenio acordándose de aquel hombrecito amigo de Ignacio y a quien conoció en la casita de la avenida de Chabacano la noche en que Tito y Pedro le pidieron que los llevara allí.

Dirigió su automóvil hacia el rumbo de Ixtapalapa, en busca de aquella callecita de lodo en donde vivía aquel obrero minúsculo. Matarazo no dijo una palabra; parecía ignorar la existencia de Eulalio y observaba con atención el complicado camino que llevaba el automóvil. Encontraron el callejón con gran dificultad. Eugenio detuvo el auto, era imposible avanzar más en medio de la lluvia; las llantas patinaban en el lodo y se negaban a tomar la pequeña cuesta para alcanzar la casa de Eulalio. Después de una pequeña discusión, decidieron bajar del auto y enfrentarse a la tormenta. Batiéndose en lodo pegajoso, subieron andando la cuesta y se dirigieron hacia la casita más cercana. Golpearon con fuerza en las ventanas de la casucha, para hacerse oír. Por una rendija se asomó una vieja.

—¿Qué quieren a estas santas horas? —preguntó gritando para que la oyeran.

—¡La casa del joven Eulalio! ¿Cuál es? —gritó Yáñez.

—¡Es la casa blanca! ¿Por qué molestan a la gente de paz? —respondió la vieja con enojo.

—¡Gracias, gracias, señora!

La casa indicada quedaba casi al fondo del callejón. Tuvieron que volver al automóvil para encender los faros, pues el lugar estaba completamente a oscuras. Rehicieron el camino resbalando en el lodo. La lluvia les impedía ver con claridad. De repente, en el fondo del callejón se echó a andar un potente motor de coche y súbitamente vieron venir hacia ellos, reculando, y con la furia ciega de un animal asesino, un enorme camión de carga dispuesto a aplastarlos. Aterrados, apenas tuvieron tiempo de saltar una cerca para evitar el golpe mortal. Se encontraron dentro del corralito de la casa blanca. El camión se metió en el corral de la casa vecina con una fuerza homicida y se quedó quieto, con los faros apagados, después de derribar cuanto obstáculo halló a su paso.

—¿Qué hace este camión a estas horas y en estos lugares? —preguntó asustado Eugenio, contemplando la enorme mole que había quedado silenciosa y oscura al lado de ellos. El resplandor de los faros encendidos de su automóvil le daba reflejos monstruosos.

—¡Quién sabe!... ¡Quién sabe qué intenciones traiga! —contestó en voz muy baja Matarazo.

De las sombras surgió una manada de perros ladrando con furia.

—¡Chist!... Chist!... —les ordenó Matarazo, mientras Eugenio golpeaba nervioso en una ventana de la casita blanca.

Ambos estaban seguros de las intenciones asesinas del camión que permanecía quieto y agazapado, y ambos sentían la urgencia de abandonar aquel lugar siniestro. Los golpes de Eugenio en la ventana retumbaban en la oscuridad de la noche.

La voz cascada de un viejo salió por el hueco de la ventana ligeramente entreabierta y cubierta de un alambrado grueso y tupido.

—¿Qué quieren?

—¡El joven Eulalio! —gritó Eugenio.

—¿Eulalio?... ¿mi hijo?... —el viejo les echó encima la luz de una linterna sorda. Pareció aprobar su presencia, ya que enseguida agregó—:

Pues ya saben, señores, se fue a Acapulco...

—¿A Acapulco?... ¿Y con quién se fue? —preguntó Eugenio desconcertado ante tan inesperada respuesta.

—¡Pues con quién había de irse! ¡Con Ignacio!...

Los dos visitantes, deslumbrados por la luz de la linterna, no podían distinguir el rostro que emitía aquella voz desagradable y aquellas palabras temibles. El viejo continuó:

—Yo no tengo ningún informe que darles. El general quedó contento con los papeles. Eulalio no dejó nada aquí. ¡Todo lo entregó! ¡Toditito! —terminó con voz satisfecha.

—¿Todo? ¿Está seguro? —preguntó Eugenio automáticamente.

—¡Cómo no voy a estar seguro, si el mismo comandante estuvo aquí, en ésta su casa, y la de usted también, señor! —el viejo calló repentinamente, temeroso de haber hablado de más.

—¡Habrá que esperar a que regresen para los otros datos! —gritó Eugenio, tembloroso al recordar el empeño de Eulalio en guardar él los documentos relativos a la huelga.

—Sí, señor, habrá que esperar —respondió el viejo con voz respetuosa.

Era tiempo de retirarse. Eugenio pensó: “Estoy loco, loco, de haberme metido en este lío de traidores; a ver si ahora no nos aplasta el camión del general”. Se repuso y dijo con voz amable:

—Buenas noches. Perdone que lo hayamos molestado.

—¡No faltaba más! Yo, como mi hijo, estamos aquí para servirlos —contestó con servilismo la voz del viejo, que en ese momento desvió la luz de su linterna sorda de los rostros de Eugenio y de Matarazo.

El camión continuaba quieto, como una mole amenazadora. Atrás, el automóvil de Eugenio se veía muy extraño con las portezuelas abiertas y los faros encendidos. Sus chorros de luz se partían en una multitud de rayos brillantes y cegadores en medio de los torrentes de la lluvia.

—¿Y ese camión? —preguntó Eugenio sobrecogido de miedo.

—Es para matarnos —aseguró Matarazo en voz muy baja.

—Nos podrían matar ahora...

—Sí, cuando salgamos de este corralito...

Fingiendo indiferencia abandonaron el corral y empezaron a subir la

cuesta. “Tal vez los del camión pensaron que conocíamos al viejo”, se dijo Eugenio. En la cima se hallaba el automóvil con los faros encendidos. Subieron sin prisa, aunque Eugenio sentía la necesidad imperiosa de echar a correr, de huir de aquellos andurriales y de encontrarse en las calles céntricas de la ciudad. Matarazo imitaba su calma, sin decir una sola palabra.

Eugenio sintió un gran alivio cuando se encontró en la avenida de los Insurgentes. Se volvió a su amigo y sorprendió en él una mirada extraña. Tuvo la seguridad de que lo iba espiando, de que observaba sus reacciones con un propósito oculto. “En realidad no sé quién es este individuo...”, se dijo temeroso. ¿Acaso no era él quien había propuesto buscar a Ignacio? Eugenio sintió que la sangre se le iba a los pies y temió caer desfallecido sobre el volante. Matarazo lo miró y volvió la cabeza con rapidez hacia la calle, para ver caer la lluvia con aire severo. Eugenio prefirió callar ante el temor y la desconfianza que le inspiró su compañero. Recordó al herido, al que había dejado solo hasta tan tarde, y un sudor ligero y frío le cubrió la frente. “¡Ojalá y lo encuentre vivo todavía!”, se dijo a sí mismo con angustia.

La traición de Eulalio y de Ignacio lo había dejado petrificado de temor y veía surgir enemigos en cada bocacalle. Un miedo oscuro lo envolvía, cualquiera podía ser el traidor: ¡Matarazo! Sí, ¿por qué no? El herido, Tito, Pedro, ¡cualquiera! O todos juntos. Sí, todos habían decidido utilizarlo para sus fines traidores. “¡Eulalio e Ignacio en Acapulco, Pedro y Tito en cualquier lugar y yo con éste y con el herido!...”, pensó furioso.

—¡Compañero!, ¿no cree usted que somos un pueblo de vendidos? —le preguntó a Matarazo con brusquedad, mientras éste continuaba mirando la calle.

—Pues francamente, ¡sí!... Mire lo que han hecho esos dos —contestó el hombre convencido.

—¡Vendidos! ¡Vendidos! ¡Vendidos! —insistió Eugenio con furia.

¡Lo habían engañado! Tenían hasta el camión listo para aplastarlo. En adelante tomaría precauciones... ¿Precauciones?, y recordó al herido que dormía en su cama. “Es mejor no salir de noche y tener cuidado en la calle”, se dijo preocupado.

—¡Quién lo iba a decir! ¡Tan jóvenes y ya tan traidores! Tengo la impresión de que esto no puede suceder en otros países... —dijo Matarazo refiriéndose a Ignacio y a Eulalio.

Eugenio iba a contestar cuando vio que habían alcanzado la avenida Juárez. ¿Por qué se había ido hasta allí? Se volvió a su compañero para preguntarle:

—¿Dónde lo dejo?

—En el Tibet-Hamz.

¿Allí? Pero si el café estaba cerrado y la avenida a esas horas parecía abandonada bajo la lluvia. A Matarazo no pareció importarle la soledad ni la inclemencia del tiempo; decidido, bajó del automóvil.

—Los dos traicionaron —repitió antes de bajar del coche.

—¡Los dos! ¡Es increíble!... ¿Me llama mañana? A ver qué sucede —suplicó de pronto Eugenio, a quien la soledad en que volvía a caer sin su amigo Matarazo le resultaba insoportable. El herido se le apareció en todo el esplendor de su miseria y un terror secreto lo obligó a insistir:

—¡Por favor!, no deje usted de llamarme mañana...

—¿Mañana?... Es sábado... Sí, compañero, no faltaba más, lo llamo mañana a la misma hora —contestó Matarazo recibiendo las ráfagas de lluvia en pleno rostro.

Yáñez lo vio alejarse solo, en mitad de la lluvia, con las solapas de la americana levantadas para resguardarse del agua. “¿Por qué no le pregunté dónde vive?” El corazón se le oprimió; era como si la figura de su amigo se fuera para siempre de su vida. “No, estoy muy pesimista, lo veré mañana y le diré que me ayude a trasladar al herido a alguna otra parte, ¡a un hospital!” En realidad nunca le había preguntado nada a Matarazo, simplemente lo había aceptado. Tampoco Matarazo le hizo nunca ninguna pregunta, pero el solo hecho de entrar a su casa, de ver su intimidad, era ya una manera de saber quién era Yáñez. No, Matarazo no podía dudar de él. Quiso correr tras él, pero temió ofenderlo con sus preguntas y, apoyado en el volante, se resignó a contemplar cómo se alejaba su amigo desconocido. A medida que se alejaba Matarazo, la angustia crecía dentro de su pecho. “Soy un imbécil, de pronto puedo necesitarlo, debo saber quién es Matarazo y en dónde vive”, se dijo

enérgicamente. Pero todavía tardó mucho en decidirse a echar a andar el automóvil; le pareció que su amigo había dado vuelta en una esquina y cuando se decidió a alcanzarlo, se dio cuenta de que lo había perdido. “Siempre dudando, siempre temiendo ofender... ¡Así me ha ido en la vida!”, se dijo con amargura. “¿Por qué lo dejé ir?”, se dijo, pensando que había dejado escapar algo precioso. Estaba equivocado en todo, debía aprender a ser más firme, más seguro, más egoísta. ¿Aprender? “No, a mi edad ya no se aprende nada.” Recorrió varias calles con la esperanza de encontrar a su amigo. Sabía que la búsqueda era inútil, pero no se resignaba a volver a su casa con aquel amargo sentimiento de derrota. “Él ya debe de estar en su casa, calentándose, después del frío, de la lluvia. Mañana le diré la angustia que me provocó la separación de esta noche.”

Al llegar a su casa, el automóvil de color negro estaba estacionado en la acera de enfrente. Sintió un terror nuevo, casi de alivio: “¡Anden, agárrenme, bola de cabrones!”

Encerró su coche en el garage del edificio y subió con calma a su departamento. “¡Cabrones, ni siquiera se mueven! ¿Qué esperan?”, se dijo mientras metía el llavín en la cerradura de su puerta. Nadie contestó a sus pensamientos.

Corrió a ver el herido. Allí continuaba echado, inmóvil; había devuelto lo poco que él había logrado darle de comer, o más bien dicho beber.

—¡No se preocupe, compañerito! ¡Ahora lo limpio y lo dejo como nuevo!

Le quitó la camisa sucia que llevaba y le puso una suya, no sin antes limpiarle el pecho con una toalla y alcohol. Después de todo, aquel hombre era lo único con lo que contaba en su vida. Se intranquilizó; el herido estaba inerte, apenas si entreabrió un poco los ojos, en los que Yáñez leyó una desesperanza tan terrible que lo dejó paralizado unos minutos.

—No, no hay que desesperar. Lo arreglaremos todo, ya va usted a ver... Contamos con algunos amigos poderosos, ¡muy poderosos!, y mañana ellos traerán a un médico, ¡ya verá!, ¡ya verá!...

Era necesario que continuara hablando, así el herido se sentiría reconfortado. “¡Lástima que el pobre no crea en Dios, pues me pondría a

rezar por él y los rezos lo llenarían de esperanza y de consuelo! Pero los revolucionarios son ateos, de manera que es inútil.” Pensaría que era un viejo imbécil. ¿De qué hablarle? ¡De la revolución!

—Mire, compañero: cuando usted gane la batalla, podrá colgar de los faroles a tanto cabrón que padecemos. ¿Qué le parece? Se vería bonita la avenida Juárez con sus racimos de colgados, ¿no cree? No hay que desanimarse, todo llega, ¡todo!

Era inútil. El herido respiraba mal y parecía no escucharlo. Le dio a oler alcohol, y en silencio le pidió a la Virgen María que tuviera compasión de aquel desdichado.

—¡Caramba, compañero, qué madriza le dieron! —dijo Yáñez al ver la indiferencia del herido y su rostro deforme.

Esperó algunos minutos para ver si el hombre reaccionaba a sus palabras. Ante su silencio, dio un puñetazo sobre el respaldo de una silla.

—¡Carajo!, ¿con qué le pegaron? Compañero, dígame, ¿quién lo puso así?... Ya veo, ya veo que no puede contestarme; no importa, cuando se sienta mejor me contará todo. Ahora trate de dormir un poquito, nada más un poquito...

Descorazonado, se sentó en la orilla de la cama. Ya no le importaba el olor nauseabundo que salía de ella. “Es lo de menos. Lo peor es que no orine”, y se cogió la cabeza entre las manos para que no le explotara de dolor. “Mañana, pase lo que pase, Matarazo y yo lo llevaremos a un hospital o llamaremos a un médico. ¡Qué pecado tan grande estoy cometiendo! Dejar que sufra así un cristiano, un pobre cristiano... Y todo por miedo, ¡sí, por miedo! Dios me castigará. Con la vara que midas serás medido.”

Con ira, fue a mirar a través de las persianas: ahí seguía el coche negro. “¡Hijos de su putísima madre!”, se dijo desesperado y se apelotonó en el sofá, cubriéndose la cabeza con las manos. Sin saber cómo, de pronto se encontró llorando de impotencia: eran unas lágrimas escuálidas y saladas, muy saladas, que le quemaban el rostro. “¡Que amanezca!... ¡Que amanezca!... ¡Que amanezca!...” repitió muchas veces, hasta que se quedó dormido.

Despertó atontado y adolorido de todo el cuerpo. “¿Qué me pasa?”, se

preguntó sin saber por qué estaba en el sofá, con el sol entrando a mares por las rendijas de las persianas. Su traje estaba arrugado, le dolía la cabeza y apenas pudo ponerse en pie. Su salita le pareció irreal y el silencio que reinaba le produjo miedo. Se acordó del herido y corrió a verlo: ahí estaba, había vuelto a vomitar y de entre sus labios amoratados escurría una baba extraña. Lo limpió con esmero mientras le prodigaba palabras de aliento:

—Compañerito, no se me desavalorine, hoy arreglamos todo, ya verá... ¡Santísima Virgen de Guadalupe, madre de los pobres, madre de los desesperados, ayuda este compañero! ¡Ayúdalo! ¡Cúbrelo con una esquinita de tu manto para que se alivie, Madre nuestra!...

Sus ojos cayeron sobre el reloj de la mesita de noche, “¿Qué?... ¡No es posible que sean ya las cinco de la tarde! Las cinco! Ya no puedo ir a la oficina... ¡No importa, el lunes daré una excusa! ¿Qué me pasó? ¿Cómo pude dormir tantas horas?” Miró a su amigo en la cama: “¡Ay, si pudiera quitarle ese casco de vendas y de yeso que trae, se sentiría mucho mejor! Pero no me atrevo... No, eso lo debe hacer un médico. ¿Verdad, compañero? ¿Verdad?”

El hombre no contestó. Continuó inmóvil; sólo su respiración entrecortada indicaba que estaba vivo. “Si Dios quiere, está mejor, no en balde le he puesto tanta penicilina.”

Dio varias vueltas por el cuarto. No podía pensar con claridad, la imagen de Matarazo se confundía con la del herido y luego ésta con la de Pedro y la de Tito: “También éstos deben estar malheridos o muertos...” Volvió a sentarse en la orilla de la cama para reflexionar: “Tengo que encontrar una salida, un remedio para esto. ¿Por qué sus amigos no llaman? Sería una gran ayuda comunicarme con ellos...” Pero, ¿quiénes eran esos amigos que se lo dejaron colgado en su puerta y luego desaparecieron como si la tierra se los hubiera tragado? ¡Si al menos volviera Alberto! A él le podría confiar la situación y entre los dos buscarían la solución para curar a aquel desdichado. “¡Que llamen, que llamen sus amigos, por favor, Dios mío!”, suplicó. No, nadie llamaba. Lo habían olvidado.

Se sintió sucio, desaliñado. Decidió bañarse y cambiarse de ropa para

estar listo para cualquier emergencia. ¿Por qué no iba a llamar algún amigo del herido? Después del baño decidió darle un pequeño trago de tequila para reanimarlo. Con trabajo logró introducir un gotero en la boca del herido y darle unas gotas de bebida. El hombre se movió un poco y volvió a caer en su sueño espeso, como si hubiese sido fulminado por el alcohol. Eugenio se tendió a su lado para que el pobre hombre no se sintiera tan solo ni tan abandonado. Espió su respiración: “Está vivo”, se dijo agradecido. Sin proponérselo se quedó dormido unos minutos. Despertó sobresaltado: “Tito y Pedro también han desaparecido...”, se dijo, y esta vez no se atrevió a preguntarse si estarían vivos.

Oscurecía rápidamente. Eugenio salió de su estupor al comprobar que la habitación estaba en tinieblas. “¡Qué bueno, pronto llamará Matarazo!”

Se puso de pie. Esta vez actuaría: estaba decidido a plantearle a Matarazo su verdadera situación. Encendió la lamparilla de la mesita de noche y contempló al herido; le pareció que seguía igual. Fue a la cocina, se echó un trago de tequila y luego fue a mirar a través de las rendijas de las persianas: ¡el coche negro no estaba allí! Sintió un gran alivio. Matarazo no tardaría en llamar, era mejor que fuera preparando el jitomate picado, la cebolla y los chiles serranos... Volvió a la salita a contemplar el teléfono, a conminarlo para que llamara pronto Matarazo. Fue inútil. Desasosegado, se refugió junto al herido. Ya era tarde, sí, ya eran más de las once de la noche.

—¡Compañero! Matarazo, nuestra esperanza, no ha llamado, pero no se preocupe, nos va a llamar. ¡Nos tiene que llamar!, ¿no le parece?...

Vio que el herido había cambiado de cara.

—¿Qué le pasa, compañero?... ¿Qué le pasa? —dijo exasperado, inclinándose sobre el hombre que ya no respiraba y cuyo rostro se había puesto terriblemente pálido—. ¡No!... No me puede dejar solo usted también. Si estamos esperando a Matarazo... ¡Compañero! —dijo rozando el rostro del difunto con la mano para darse cuenta de que estaba helado—. ¡También usted me deja!... ¿Qué voy a hacer?... ¿Qué voy a hacer?... Yo lo cuidé lo mejor que pude... —y Eugenio se echó a llorar a los pies de aquel cuerpo flaco, pobre, moreno—. ¿Qué le hicieron, compañero? ¿Con qué lo golpearon?

El teléfono llamó con furia. Atontado, Yáñez se dirigió a contestarlo.

—¿Bueno?

—¡Cabrón! ¡Hijo de tu puta madre! —le contestaron.

Eugenio miró al aparato negro que vomitaba injurias y lo colgó. “La próxima llamada será la de Matarazo”, se dijo medio sonámbulo. En su cuarto, el herido estaba muerto; apenas si hacía bulto en la cama. Miró el reloj de la mesilla de noche: “Diez minutos para las doce y Matarazo no llamó...”, se dijo, asombrado de su desdicha. Fue a mirar por las rendijas de la persiana: allí lo vio. Allí estaba el automóvil negro con sus ocupantes de sombrero de alas amplias. “Estoy perdido...”, se dijo varias veces, “estoy perdido.” Cuando sonaron las doce campanadas de la media noche, todavía esperaba a su amigo: “Las doce de la noche y Matarazo no llamó...”

Volvió a mirar por las rendijas de las persianas. Sí, allí seguía el automóvil negro y Matarazo pretendía no haberlo visto. ¿Quería más pruebas de su traición? Buscó cigarrillos; se dio cuenta de que había cambiado de traje y fue al baño en busca de su traje arrugado, para recoger su cartera con su quincena y sus cigarros, y de pronto se le ocurrió recoger su chequera y echársela al bolsillo.

Volvió a la salita. Por las rendijas vio que los hombres del automóvil negro fumaban y también él encendió un cigarrillo y se mantuvo en su puesto de observación. De repente las portezuelas del coche negro se abrieron con violencia y varios hombres bajaron, asegurándose los pantalones con ambas manos, antes de echar a andar. Miraban a su ventana con aire amenazador. Fue lo último que vio de ellos, pues sin dudar un segundo corrió a la última habitación de su departamento, abrió la ventana y saltó. Cayó en el patio de una casa vecina. “No me maté”, se dijo, mientras se trepaba a una barda muy baja para llegar a un jardín raquíto, de la casa que daba a la calle de atrás. Lo cruzó sin aliento; saltó nuevamente una reja muy baja y se encontró en la acera. Estaba desorientado por el terror. La ciudad desierta aumentó su pánico: “Ni un cristiano a quien pedirle auxilio”, se dijo mientras continuaba su carrera desenfrenada. Se dio cuenta de que corría por la avenida de los Insurgentes. Los anuncios de los pollos asados estaban apagados.

Aminoró la carrera cuando vio venir un taxi. Lo llamó con un gesto que le pareció normal. El taxi se detuvo y él montó con calma y cerró la portezuela. Cuando escuchó la pregunta del chofer —“¿A dónde?”— se dio cuenta de que no podía contestarle. Estaba sin aliento. Su respiración agitada obligó al chofer a volverse para mirarlo con curiosidad y repetir su pregunta:

—¿A dónde?

—Asma... muy asmático —dijo con dificultad, tratando de encontrar alguna dirección que dar al chofer, que parecía impacientarse. Recordó a Tito y a Pedro: “Se fueron al norte...”

—A Transportes del Norte...

El taxi cambió de rumbo. “¿Habrán entrado a mi casa?... ¡Virgen de Guadalupe!”, se dijo aterrado al recordar al... herido; prefería llamarlo así que “el muerto”. Iba huyendo sin saber adónde, ni por qué huía. Nervioso, se buscó la cartera.

—¿Se siente mejorcito, señor? —le preguntó el chofer con solicitud.

—Sí... Cuando se me pasa el ataque de asma descanso... Puedo respirar...

—No cabe duda que la salud es lo más grande que puede regalarnos Dios —contestó el chofer muy convencido de sus palabras.

El taxi se detuvo en la calle donde se amontonaban los camiones Transportes del Norte.

Desorientado, Eugenio entró en el hangar sucio que servía de estación y de sala de espera. No sabía a quién dirigirse, le daba miedo cometer alguna imprudencia que lo delatara. A esas horas apenas había público. La luz de neón volvía lívidos los rostros de los empleados que atendían al público detrás de las ventanillas o de un mostrador niquelado.

Se sentó en una banca a esperar. ¿Qué esperaba? Alguna idea que lo llevara al lugar debido. No podía actuar a lo loco. A su lado estaban sentados unos campesinos que aguardaban pacientes con sus bultos bien atados, puestos a sus pies. Le pareció que eran la imagen de la paciencia. “¿Adónde irán?”, se preguntó, y se dedicó a observarlos: inmóviles, tranquilos, se dejaban mirar con absoluta indiferencia. En cambio él se hallaba agitado. “¡Claro!, ellos no tienen a un difunto, que en paz

descanse, acostado en su cama...” Se inclinó hacia ellos, necesitaba hablar con alguien.

—¿También ustedes van al... norte? —preguntó.

—También, señor. Volvemos a Torreón. Perdimos el camión que salió temprano. Somos de por allá —contestó uno de los hombres con seriedad.

—¡Qué casualidad! También yo voy a Torreón...

—¿Ya compró usted su boleto? —le preguntó el hombre, que sin duda había observado su entrada intempestiva—. ¡Mejor cómprelo antes de que llegue la gente! —le recomendó.

Eugenio se precipitó a una de las ventanillas para regresar enseguida a su butaca. Humilde, le mostró su boleto al campesino, que lo examinó sonriente.

—Así está mejor. Luego vienen los empujones y los apretujones, señor, y si uno no sabe defenderse, pues no alcanza lugar en el autobús —el hombre se volvió a mirar el reloj y guardó silencio.

Eugenio se sintió ridículo. “¿Para qué voy a Torreón?”, se preguntó asombrado y recordó a los individuos amenazadores que bajaron del coche negro y dirigieron sus pasos hacia su casa. “Deben haber entrado.. De seguro forzaron la puerta... ¿Y el compañero?... ¿Quién le dará cristiana sepultura?...” Para no pensar en lo que él consideraba una cobardía, fumó un cigarrillo tras otro y miró con envidia a los campesinos que, sentados a su lado, esperaban inmóviles el autobús que debía llevarlos a Torreón. “Quisiera ser uno de ellos”, se dijo con tristeza; cuando menos no huían, volvían a su tierra, a sus labores. “No me voy a presentar en la oficina. ¿Qué dirá la señorita Refugio? A lo mejor mis compañeros se inquietan por mi ausencia... Con tal de que no den parte a la policía”, pensó sudoroso, y con precauciones examinó a los viajeros que esperaban en aquella estación destartalada. No, ninguno tenía tipo de pertenecer a la Secreta. Agachó la cabeza, deseaba volverse invisible; en cualquier momento podía aparecer alguno de aquellos hombres terribles... “Y Matarazo no llamó...”, se dijo con tristeza y convencido de su traición. De pronto sintió que su cabeza embotada se iluminaba con un rayo certero: “¡Él entregó a los muchachos, por eso nunca me enviaron el telegrama!... ¿Cómo es posible que yo sea tan estúpido..., tan crédulo?”

¿Cómo no lo adiviné antes?”

Lo había cegado el miedo, sí, el miedo. “Me pasa esto por miedo a estar solo...” Fumó nervioso un nuevo cigarrillo. “Con razón dicen que más vale estar solo que mal acompañado... ¡Claro que los matones entraron a mi casa! ¿Qué habrán hecho con el compañero?”, su recuerdo le produjo escalofríos. “¡Pobre compañero! Lo mataron a golpes. De hecho ya llegó muerto a mi casa”, se dijo; sintiendo que iba a llorar al acordarse de sus huesos delgados y frágiles y de su rostro deforme. “¡Nunca sabré quién fue!... ¡Nunca!”, se dijo desconsolado. El herido se había limitado a lanzarle miradas patéticas y desesperadas... Se hundió en su butaca para que nadie notara su desconsuelo.

—Señor, ya está formado el camión —le dijo el campesino, que ya se había puesto de pie y recogía con calma sus bultos amarrados con cuerdas.

Eugenio siguió al hombre y subió tras él al enorme autobús. Buscó su asiento y se sintió protegido cuando, después de un rato de espera, el camión decidió partir. Se recostó en el asiento de respaldo alto, cerró los ojos y trató de no pensar en nada. Pero la imagen de su oficina y de la señorita Refugio le venía una y otra vez a la memoria, mezclada con su casa, Matarazo y el herido. Ya el camión iba por la carretera cuando le pareció escuchar la voz de la señorita Refugio: “¡Qué raro que no haya llegado el señor Yáñez! Nunca ha faltado a la oficina”. Su compañero, el Güero Almeida, le contestó: “¿Cómo que nunca? ¿Y cuando tuvo la tifoidea?” La señorita Refugio lo miró con sus grandes ojos tristes: “Eso sucedió hace cinco años... Tal vez esté enfermo otra vez”. Almeida sonrió: “Es posible, en los últimos días andaba muy nervioso. ¿No lo notó usted?” Ella asintió con un gesto. “Es cierto, ¿también usted lo notó?”... Después, las imágenes de sus compañeros de trabajo se borraron en una niebla repentina y cayó dormido. Durante el sueño se movió agitado y lanzó quejidos. Sus compañeros de viaje se volvieron a verlo, mientras él corría por unos llanos enormes y desiertos, persiguiendo a un zopilote que volaba muy bajo. “No me alcanzarás”, le repetía el enorme pájaro negro. De pronto, él mismo era el pájaro negro y abajo en los llanos dos espantapájaros corrían tras él. “Si hubiera un campo de maíz no correrían

tan de prisa”, se decía Eugenio convertido en zopilote. Con terror, comprobó que perdía altura y que de sus alas se desprendían plumas que iban dejando huellas de su paso por los llanos. A medida que él perdía altura, los espantapájaros ganaban velocidad. Les veía los sombreros raídos de petate, y de pronto se desplomó. El golpe de su cuerpo sobre la tierra seca se escuchó a varias leguas a la redonda, como si alguien hubiera hecho estallar una potente bomba. “¡No!”, gritó, cuando los dos espantapájaros se inclinaron sobre él. Su vecino de asiento lo sacudió por un hombro.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal?

Atontado y sudoroso, se encontró con un rostro extraño que lo miraba con curiosidad.

—Estaba soñando... ¿dije algo?... —preguntó asustado.

—No, pero pegó usted tamaño grito que pensé que se sentía mal.

Eugenio se sintió observado por todos los pasajeros.

—Perdón, perdón... —murmuró asustado.



En adelante trató de no dormirse. En la primera parada del autobús se escabulló entre los pasajeros y se encontró en una plazoleta de piso de tierra sembrada de árboles copudos. Allí encontró varias mesitas atendidas por mujeres viejas que vendían café caliente, tacos y chalupas. Bebió varias tazas de café y trató de comer un taco.

“Menos mal que traigo mi chequera”, se dijo al buscarse en los bolsillos el dinero para pagar su desayuno. Se sintió asegurado al palparla. Podía resistir más tiempo del que se había imaginado mientras corría por la avenida de los Insurgentes.

En las siguientes paradas, Eugenio cobró confianza y comió una pierna de pollo acompañada de una cerveza.

A medida que se alejaba de la Ciudad de México el paisaje se volvía seco y polvoriento. Las fondas estaban llenas de moscas y la gente parecía achicharrada por el sol. Le parecía increíble que pudieran vivir dentro de aquella hornaza de luz blanca y vibrante.

Al oscurecer, el autobús se detuvo en Torreón. Él era el único pasajero

que no llevaba equipaje. Deambuló por unas calles animadas de gente, pasó frente a varias heladerías claras y niqueladas, estilo americano. Todo era nuevo para él: las casas bajas, el aire tibio... Algunas personas habían sacado sus sillas sobre las aceras estrechas y charlaban pacíficamente. Nadie parecía notar su presencia en aquella ciudad de provincia. “No sé por qué tenemos que vivir en la capital. Voy a establecerme aquí. Buscaré un trabajo”, se dijo al pasar frente a una gasolinera iluminada con gas neón. Se detuvo unos momentos a observar al muchacho que llenaba el tanque de un automóvil y admiró su presteza para limpiar el parabrisas del auto último modelo. “Podría buscarme una chamba así”, se dijo, al mismo tiempo que envidiaba la tranquilidad de los gestos y del rostro del muchacho que, metido en un overol blanco, parecía la imagen de la felicidad. “A él no lo persigue nadie, es un hombre feliz”, pensó al alejarse de la estación de gasolina.

De pronto comprendió que su vida había sido un error total. ¿Para que empeñarse en hacer una carrera que lo había llevado a un escritorio reseco de papeles en el que se marchitaban los años, las esperanzas y las ambiciones? “Por ambición. Sí, debo confesarlo, por pura ambición, y ahora de viejo me encuentro en esta situación estúpida. ¡Pobre de la señorita Refugio! Gastará sus años como los gasté yo, sentada frente a un escritorio, y cuando abra los ojos será tarde, ¡muy tarde!” Quiso hacer la cuenta del número de veces que había tomado autobuses para llegar a la oficina y le pareció que eran millares. Esperaba en la esquina de la avenida de los Insurgentes la llegada del autobús, que casi siempre venía repleto. Entonces, trataba de conseguir algún pesero. La espera lo ponía de mal humor y la avidez de los que esperaban obtener un lugar para llegar al centro de la ciudad se mostraba en carreras, empujones, codazos y muchas veces en riñas.

El recuerdo de la máquina checadora, situada a la entrada de su oficina, lo obligaba a veces a discutir con los que, como él, esperaban ansiosos el medio de transporte, que cada día se volvía más y más difícil. Hasta que decidió comprarse aquel automóvil de segunda mano, que lo obligó a hacer economías desmesuradas para poder pagar las letras que se vencían implacables todos los meses. Así empezaban sus días de

trabajo, un año y otro año y otro. Siempre con la esperanza de un ascenso, que no llegaba nunca para él, sino para el último recién llegado a la oficina, pero que traía recomendaciones de “arriba”.

“Bueno, gané algo con esta experiencia de los muchachos; ahora ya no espero nada. Se acabaron los ascensos. Empezaré una vida nueva, tranquila, pacífica”, se dijo al cruzarse con un grupo de hombres que charlaban y reían juntos por en medio de la calle, sin miedo a los automóviles, en el apacible silencio de la noche tibia.

Llegó a una plaza grande, con árboles oscuros; a un lado descubrió un letrero, “Hotel”. Se dirigió a aquel edificio grande, con el gran portón abierto. Detrás del mostrador se encontró con dos señoritas de gesto diligente y les pidió un cuarto. Se inscribió y una de las jóvenes le tendió una llave grande con una placa de metal colgando de ella.

—La 212; tiene un baño muy grande, señor. ¿No trae usted equipaje? — preguntó sorprendida.

—No... viene por carga... —contestó turbado.

La jovencita llamó a un muchacho, que esperaba cerca de la puerta del elevador, y le ordenó que condujera al huésped a su habitación.

Subieron al segundo piso y el muchacho lo hizo entrar a un cuarto enorme, provisto de una gran ventana que daba sobre la plaza. Encendió la luz, le mostró el baño y desapareció. Eugenio se dejó caer sobre la cama amplia y respiró profundamente. Estaba rendido, pero en medio de su fatiga lo invadió una gran felicidad desconocida. “¡Dios mío, esto es la dicha, la dicha! ¡Qué paz!” se dijo con el pecho henchido de un placer modesto. En ese instante decidió quedarse para siempre en aquella habitación, cuyo precio era menor al que pagaba por su casa en la capital. “Comeré cualquier cosa y buscaré un trabajo. Aquí nadie me conoce, puedo ser obrero, vendedor, lo que sea...”

Ayudado por ese optimismo repentino, entró a la ducha con decisión. Lamentó no haber traído su navaja y brocha de afeitar. “Compraré lo necesario esta misma noche”, se dijo, al recordar que las tiendas estaban abiertas cuando él entró al hotel.

Se echó a la calle a buscar un lugar donde cenar, sin olvidar antes detenerse en una farmacia, mitad heladería, en donde compró lo

necesario para afeitarse en la mañana. Su angustia había terminado. Cenó en un restaurante pequeño de muros color de rosa pintados al óleo. Le sorprendió que no hubiera tortillas. La aventura era maravillosa, le gustaron las “gordas”, especie de tortillas gruesas hechas con harina de trigo. “Se dejan comer muy bien.” Y volvió a preguntarse por qué no había abandonado antes la capital. “Esa capital ruidosa... ¡Malvada!, poblada de gentes agresivas”, y miró en derredor suyo, para encontrarse con rostros apacibles sentados a las mesas de aquel lugar pequeño y reluciente, que lo acogía con benevolencia.

De regreso a su hotel pasó frente a otro hotel más moderno, que gozaba de un corredor lleno de plantas. El corredor era exterior y en él habían colocado mesitas al aire libre, ocupadas por familias y hombres solos que bebían refrescos y bebidas alcohólicas colmadas de trocitos de hielo. Le preguntó a un transeúnte el nombre y los precios de aquel hotel. El hombre le contestó con dejo nortño:

—Es nuevo, es para los políticos... No se crea, no es tan bueno como aparenta, hay otros de precio más cómodo y tan buenos como éste.

Le gustó la simplicidad y el consejo que le dio aquel pasante, y al llegar a su hotel se dispuso a dormir apaciblemente.

Despertó sobresaltado al encontrarse en aquel cuarto desconocido. Sintió que vivía en otra dimensión o que quizás soñaba, atrapado en una pesadilla inesperada, en la que se mezclaban el herido y los hombres de sombrero puesto que habían saltado del automóvil sin placas estacionado frente a su casa. Corrió a la ventana. Los árboles de la plaza oscura lo volvieron a la realidad: había huido, había abandonado al herido y ahora se ocultaba en un hotel del norte del país. “¿Qué voy a hacer?”, y la enormidad de su situación lo dejó aplastado. “Quizás hice mal en escaparme, quizás hubiera sido mejor abrirles la puerta... Pero, ¿y Matarazo por qué no llamó?” Se podía preguntar mil veces lo mismo y no acertaría con la respuesta. “Si al menos me hubiera dado su dirección, o su profesión... Pero no me dijo inada! ¿Y qué será de los muchachos? ¿Estarán vivos?” Recordó que se habían ido al norte y tuvo la insensata esperanza de encontrarlos. “¿Dónde andarán?”, se preguntó, dispuesto a salir en su busca. Su idea era absurda: el norte era mucho mayor que el

resto de la república. Recordó los paisajes desérticos que había atravesado en su huida, los pueblos calcinados y los habitantes agobiados por una miseria poblada de moscas. Junto a ellos pasaban zumbando automóviles de último modelo, de colores brillantes como caramelos...

Estaba solo, era ajeno al mundo. Sintió que siempre había estado a un lado, mirando pasar automóviles, personas, sucesos. Se preguntó qué hacían los otros para integrarse en grupos, fiestas y amistades, pensó que pesaba sobre él una maldición de la que no se libraría jamás. “Hice un intento...” Sí, había hecho un intento al comprar los cigarrillos para los huelguistas. ¡Qué felicidad le produjo llevarles aquellos cartones de cigarrillos de marcas variadas! Nunca pensó que ese hecho iba a sellar su destino. Sólo había sido un impulso generoso, un deseo irrefrenable de tomar parte en algo que ignoraba, pero que reunía a millares de personas, entre las cuales él podría confundirse y arrojar lejos de sí la terrible soledad que lo rodeaba. Esa noche, cuando les tendió el regalo, una felicidad desconocida se apoderó de él. ¡Por fin había roto el círculo de soledad y de silencio que lo aislaba del resto de sus semejantes! Compartía la suerte de muchos y, lo que era aún más importante, ellos lo habían recibido sin reservas. Lo llamaban “compañero Yáñez”. Después desaparecieron todos y sólo quedó frente a su casa aquel automóvil negro sin placas y, tendido en su cama, aquel herido de quien ni siquiera conocía el nombre. La violencia de los hombres que se dirigían a su puerta lo aterrorizó, y ahora se había cortado para siempre del mundo conocido y se hallaba en una habitación hueca, esperando. Esperando ¿qué? Al llegar a Torreón le pareció que debía quedarse allí, buscar trabajo y olvidar todo.

¡Olvidar todo! No tenía casi nada que olvidar. No era un hombre que tuviera un pasado, sino una serie de días solitarios, iguales los unos a los otros, y le era difícil distinguirlos.

Quizás sólo quedaban aislados, viviendo en una pequeña isla secreta, los días de su infancia, cuando los olores eran nuevos, las flores continentales perfumadas que descubrir, los cielos paisajes turbulentos en anaranjados, violetas, azules y torbellinos de nubes blancas. Le fascinaban los atardeceres, cuando los cielos se incendiaban y le parecía

que el fin del mundo, anunciado por su madre y por su tía, se iba a producir de un momento a otro.

No se produjo el fin del mundo. Sólo murió su madre a las dos de la mañana de un jueves santo. A su padre lo veía poco y su hermano mayor cayó en un mutismo que lo dejó casi más solo que la propia muerte de su madre. Él iba a la preparatoria en aquellos días y no logró decirle a ninguno de sus compañeros ni de sus maestros el drama que había ocurrido en su casa. No encontró las palabras adecuadas. Además, tenía la certeza de que a nadie le importaba aquel misterio terrible que él había contemplado con sus propios ojos.

No pudo llorar. En cambio, a la mitad de una clase de historia o de latín, un torrente de lágrimas amenazaba subir hasta sus ojos y precipitadamente le pedía permiso al profesor para salir unos instantes del salón de clase y calmarse caminando de prisa por los amplios corredores de la escuela... “No debo llorar. y menos en público.” Ahora estaba solo en aquel cuarto, pero tampoco debía llorar. “Los hombres no lloran”, le repetía su padre. ¿Y por qué los hombres no podían llorar? Alguna vez debía romper las reglas impuestas y con decisión se lanzó sobre su cama y sollozó sobre la almohada de borra. La almohada parecía estar llena de piedrecillas duras y compactas. Toda su vida a partir de la muerte de su madre se había deslizado entre piedras grandes y pequeñas, pero todas inamovibles.

La desaparición de su madre significó desayunos silenciosos, comidas a deshora, tardes calladas durante las cuales él lavaba sus camisas para presentarse limpio en la escuela, y noches cargadas de misterio y de sombras impenetrables.

La vida empezó a parecerle absurda: lo obsesionó la idea de que todos, absolutamente todos, terminarían muriendo, y en el autobús que lo llevaba al centro de la ciudad escrutaba los rostros fatigados de los viajeros con curiosidad y la terrible certeza de que todos morirían el día menos pensado. “¿A qué tantos afanes?”, se preguntaba,

Poco a poco lo invadió una gran apatía. ¿Para qué correr, precipitarse en hacer una carrera, ganar puestos, dinero, si al final todo terminaba en aquel panteón de Dolores, silencioso, con sus caminitos por los que

circulaban los vivos que iban a enterrar a los muertos?

Aceptó el divorcio con pasividad, como aceptó también el matrimonio. En realidad, ni el uno ni el otro le dejaron huellas perdurables. Fue simplemente una etapa pasajera, gris, de la que casi no tenía memoria. No podía culpar de nada a su mujer. Casi había olvidado el color de sus cabellos y le era muy difícil reconstruir su rostro. Quizás estaba ya muy cansado cuando decidió casarse. Quizás el mundo ya había perdido sus colores y las personas habían tomado los rasgos de una multitud que corría a tomar el autobús o el tranvía, que se daba empujones y se injuriaba para tomar el primer lugar. ¡El primer lugar! ¿Y cuál era el primer lugar en Dolores? A raíz de la muerte de su madre acostumbraba visitar su tumba modesta y recorrer los caminos abiertos entre monumentos funerarios casi siempre olvidados durante todo el año. Monumentos que, se diría, esperaban el día de muertos para ser despojados de las hierbas raquílicas que crecían a sus costados. Ese día el cementerio se llenaba de deudos y de flores. Sentía pena ante las tumbas rotas y olvidadas. “Seguramente ya no existen sus familias...”, pensaba con horror al imaginar que alguna vez también la losa de su madre estaría rota, hundida, cubierta por el polvo y con su hermoso nombre apenas visible: “Lucía Espejo de Yáñez”...

Recordó que en el hotel se había inscrito con otro nombre, el de un antiguo compañero suyo de la escuela primaria: Roberto Palma. Había olvidado su segundo apellido y se puso Jiménez. El peligro era que no atendiera al llamado de “¡señor Palma!” Debía estar muy alerta. Desanimado, se dirigió a la ducha. El día ya se había levantado y era necesario continuar con aquella farsa que era su vida. Cuando el agua cayó sobre su cabeza, un dolor intenso le invadió el cráneo y el rostro, como si un arillo de hierro lo oprimiera. Iba a gritar y no pudo, un miedo invencible lo dejó quieto bajo la regadera potente. El dolor lo aterró; no supo si era él quien estaba bajo la ducha o si era el herido que estaba tendido sobre su cama. La confusión le duró unos instantes, como si hubiera sufrido una alucinación. ¡Era él, Eugenio! No le cupo duda cuando se vio reflejado en el espejo situado arriba del lavabo. ¿Y el otro? Ya habían pasado dos noches y un día entero desde que lo abandonó.

“¡Eso no se hace!... Es una falta grave de caridad abandonar a un pobre... muerto”, se dijo muy bajito y temeroso de haber cometido un acto infame. Pero ¿y los hombres que se dirigían a su puerta? No quiso contestarse. Se vistió con lentitud y bajó a desayunar.

En el gran comedor no encontró ninguna cara conocida. Ocupó su mesa y se pasó con cuidado la mano por la barbilla; quería estar seguro de que se había afeitado con esmero.

Todos los huéspedes bebían su café con leche mientras leían el periódico desplegado sobre sus mesas. él ya no leía los diarios; hacía mucho tiempo que había tomado esa decisión. Los huéspedes eran viajeros anodinos, llevaban trajes claros y pedían huevos rancheros y pan en abundancia. Las muchachas que atendían las mesas llevaban uniformes de color chabacano y mandiles y cofias blancas. Ninguna sonreía.

Eugenio dio una vuelta por la pequeña ciudad. Su impresión halagüeña de la noche anterior se desvaneció a la luz del sol. No encontró ni la cordialidad ni la facilidad para vivir allí que había imaginado la víspera. Todos los lugares estaban tomados y nunca encontraría un trabajo. Las gentes caminaban de prisa, ensimismadas en sus propios asuntos; nadie reparaba en su presencia, era como si no existiera.

“Como siempre, tampoco aquí hay un lugar para mí”, se dijo, observando con cuidado las tiendas, los transeúntes y las ventanas abiertas de las casas. “No puedo detener a nadie para solicitar un empleo, sería ¡absurdo!” No le quedaba sino caminar para observar cómo vivían aquellos nortños. Eran muy diferentes de los capitalinos hasta en la manera de caminar, a pasos largos y ladeándose como barcos. El calor arreciaba, y cansado de vagabundear buscó refugio en la plaza, en la que algunos árboles prodigaban su sombra. Optó por sentarse en una banca, necesitaba reflexionar sobre su situación nada buena. “¿Qué haré cuando se termine mi quincena?”, se preguntó, súbitamente aterrado. Se palpó la chequera. “Lo malo es que di un nombre falso en el hotel...” Fumó un cigarrillo. “Pero, ¡era indispensable! Estoy seguro de que me siguen los pasos”, se dijo, sudando copiosamente. Se tranquilizó al pensar que había actuado con una rapidez fantástica: “Deben creer que ando en la Ciudad

de México”; quiso reír, pero el recuerdo de la chequera lo volvió a preocupar. “¡Carajo!, trae mi nombre.... ¡Hablarán al banco y sabrán que ando por aquí! ¡Con razón siempre fui enemigo de las cuentas de banco! ¡Vivimos en un estado policiaco!... ¿Y qué carajos digo en el hotel? ¿Cómo justifico el cambio de nombre? Quieren que me vuelva loco, sí, iloco!”, afirmó lleno de ira. “No hay escapatoria...”

Se quedó quieto, hundido, mirando al vacío. Dos hombres ocuparon el otro extremo de la banca y se empeñaron en una conversación que parecía de suma importancia para ellos. Los miró desde el fondo de su desdicha: “¡Dichosos! Son libres...” Los hombres hablaban de pasarse “al otro lado”; era necesario tomar todas las precauciones, ya que los gringos vigilaban la frontera, especialmente los vados bajos del río.

—Hay que irse más allá de Juárez, allí la gente se ha amontonado desde hace años, esperando la chance de pasar —dijo uno de ellos ladeándose el sombrero.

Su compañero escupió, miró en torno suyo y exclamó muy seguro de lo que decía:

—Una vez allá, ivida regalada! La chance está en conseguir un patrón que te contrate luego luego, para la pizca de lo que sea.

—Ya ves, el tal Baldomero ya hasta se llevó a toda su familia para allá... Y para los amigos, inada! —dijo el hombre que había hablado primero y que se llevaba continuamente la mano al sombrero.

“Pasarse al otro lado, ésa es la solución. ¿Cómo no lo había pensado antes?”, se dijo sorprendido Yáñez. Pero, ¿cómo se hacía el paso? Necesitaba hablar con aquellos dos hombres. ¿Qué haría para inmiscuirse en su conversación? “Pueden creer que soy policía”, se dijo con amargura.

—Yo me paso a más tardar en tres días. Ahí verás si te conviene venir o quedarte —dijo el del sombrero ladeado, que no dejaba de acomodárselo en la cabeza, como si fuera un juego o le estorbara.

Su amigo volvió a escupir, estaba preocupado:

—¡Sale!, me jalo contigo —contestó decidido.

Fue lo último que escuchó Eugenio.



Por lo tarde se metió a un cine. Cenó en una fonda y volvió al hotel. Se hallaba desanimado, temía dormir y encontrarse con sus sueños cargados de amenazas. La habitación le resultó extraña, con sus muros altos y la cama de hierro pintada de azul. Por la ventana abierta le llegaban los ruidos de la noche, cada vez más espaciados. Se encontró muy solo, no podía conciliar el sueño.

“¿Qué habrá pasado en la oficina?... ¿Qué pensará la señorita Refugio?... ¿Y Gómez?” Dejó para lo último la pregunta que tanto temía hacerse: “¿Quién habrá sepultado al... herido?” No podía contestar a ninguna de sus preguntas y era inútil que se las formulara. Era más prudente tratar de dormir. ¿Dormir cuando la angustia le oprimía el pecho, le cerraba la garganta y apenas si podía respirar? Se puso de pie de un salto y se acodó sobre la ventana a contemplar la noche. La oscuridad profunda del cielo sin luna lo calmó. “¡Lástima que no supe su nombre!”, se repitió, pensando en el hombre que había muerto en su cama. En cierta forma su suerte era envidiable; había dejado de ser, ya no soportaría la presión inaguantable de la vida. “Dios lo debe tener en su Santa Gloria.” Rezó varios avemarias por el pobre difunto, que había muerto en silencio, en una cama ajena y sin ningún amigo o pariente que lo acompañara en aquel trance tan duro. “Yo hice lo posible, lo posible... aunque mi deber de cristiano era llamar a un médico... Pero el miedo, el miedo maldito me lo impidió...” No se explicaba cómo cometer un acto bueno podía producir ese terror.



Durante el día rondó por la ciudad. No tenía ganas de volver al hotel. No le había gustado la manera de mirarlo de la chica que le sirvió el desayuno. Ni tampoco las miradas hostiles de dos de los clientes que comían sus huevos rancheros y que interrumpieron su colación para mirarlo atentamente. “Se diría que nunca han visto a un fuereño”, se dijo con disgusto, mientras recorría las calles en busca de alguien que le inspirara confianza para solicitar un empleo. Se detuvo en seco a la entrada de un banco. “No. Me van a pedir referencias.”

En su paseo, observó a los transeúntes y no tuvo la impresión de

hallarse frente a ningún hombre sospechoso. “La policía ha perdido mis pasos”, se dijo aliviado. En la plaza, sentados en la misma banca descubrió a los dos hombres que trataban de cruzar la frontera y entabló con ellos una conversación sin importancia. Al cabo de media hora de charla, se llegó al tema de pasar al “otro lado”. Sonriendo, les pidió que lo incluyeran en el grupo. Los hombres lo miraron con asombro.

—Hace calor... —les dijo sonriendo.

—No tanto, más tarde es cuando aprieta —le contestó el del sombrero ladeado, que había notado que Eugenio no tenía el dejo norteno, y agregó, mirándolo a los ojos—: Usted no es de por acá, ¿verdad?

—No, soy de Toluca... —contestó Eugenio, pensando que allí se hablaba muy parecido a la Ciudad de México.

—¡Está duro! Por dondequiera brazos caídos —dijo el compañero del que le había hecho la pregunta.

—También está duro el paso. Créame, señor, que si abrieran la frontera todos los cristianos nos jalábamos para allá —afirmó el del sombrero.

Eugenio observó con atención a aquel hombre alto y fornido de mirada triste y ademanes sobrios, que parecía habitado por la desesperación.

—No sabía que hubiera tantos compatriotas que quisieran irse —dijo tímidamente.

—¿Tantos? ¡Cantidad, señor, cantidad! —aseguró el hombre.

—Todos los que queremos trabajar... —dijo su amigo, otro hombre alto y fornido.

—¿Y cómo se logra pasar? —preguntó Eugenio esperanzado.

—No hay más que dos formas: a lo legal o a lo bruto. A lo legal tiene usted que ir a Monterrey y dirigirse al cónsul americano. Desde allí él pide el permiso a las autoridades americanas. ¡Claro, usted le entrega su pasaporte!

—No tengo pasaporte —confesó Eugenio, confuso.

—Entonces tiene usted que pedirlo a México. Tiene usted que enviar su acta de nacimiento, su acta de matrimonio o de divorcio, su domicilio fijo, fotos, ¡bueno, una bola de carajadas! Si no tiene usted antecedentes penales le dan el pasaporte, y con el cónsul gringo puede usted lograr algo en tres meses... Ya le digo, es pura chingadera; por eso nosotros

preferimos pasarnos a lo bruto.

—Es lo más prudente —afirmó Eugenio.

Los tres guardaron silencio. El sol caía a plomo sobre la plaza. Algunos chiquillos corrían tirándose piedras. Los hombres la cruzaban a pasos lentos. Los automóviles relucientes se deslizaban casi en silencio. Adentro de ellos, jóvenes en mangas de camisa, sonrisa irónica y mirada indolente apenas reparaban en los tres hombres que discutían en la plaza, sentados en una banca pública. De uno de los automóviles salió un llamado:

—¡Eh, braceros!, ¿qué hora tienen?

Los tres hombres levantaron la vista para enfrentarse a un hombre joven, que esperaba la respuesta desde la ventanilla de su automóvil color cereza. Uno de los dos norteños levantó el brazo, señaló su muñeca y negó con la cabeza, como si dijera: “No tengo reloj”.

Eugenio se dio cuenta de que sus compañeros de banca lo tomaban por alguien que había venido del sur y que buscaba la manera de cruzar la frontera en busca de trabajo. Era eso justamente lo que él deseaba, irse! Olvidar su reciente pasado, perderse entre las multitudes ajenas a su desdicha, no volver a escuchar jamás: “¡Hermano, cuántos años!”, ni escuchar su nombre: Eugenio Yáñez. ¿Por qué debía llamarse así? Recordó a dos amigos de infancia y de adolescencia, tal vez los únicos a los que podía darles el título de amigos: Jorge Carrión y Tomás Córdoba, los dos médicos; pero les había perdido la pista. ¿Por qué no llamarse como alguno de ellos, una vez que hubiera pasado la frontera? O quizás combinar los dos nombres: Tomás Carrión, Jorge Córdoba. Debía pensarlo, aunque de antemano decidió: Tomás Carrión. Sonaba bien, así nunca nadie volvería a llamarlo Eugenio Yáñez... o Roberto Palma, como se había inscrito en el hotel. “Un momento de aturdimiento; el nombre no me gusta nada. Además, no sé qué fue de él, a lo mejor es policía”, se dijo temeroso. También podía usar los dos nombres, según la ciudad o pueblo en que se hallara.

Sintió que ya debía irse, que ya era tarde, ¿tarde para qué? No lo sabía, pero se puso de pie.

—¿Se va, compañero?

—Sí, voy a desentumar las piernas...

—A ver si de verdad lo vemos esta noche. No se olvide.

—A ver si de verdad lo vemos esta noche. Aquí nos juntamos entre las siete y las ocho. No más tarde, pues perderíamos el tren de carga que nos lleve hasta ¡El Paso!...

El hombre examinó a Eugenio de arriba a abajo y se rascó la cabeza; luego dijo:

—¿No tiene usted una ropita más vieja? Se ve usted muy elegante...

—¡Mejor! Así a lo mejor lo toman por un inspector y todo se nos facilita. No sé, pero creo que este compañero nos trajo la suerte —dijo el más callado de los dos.

—La ropa es lo de menos —contestó Eugenio agradecido.

—Ya para mañana a estas horas puede que nos andemos paseando por allá... O a lo mejor tenemos que hacer noche en la orilla y entonces será hasta pasado mañana.

—¡Dios lo oiga! —exclamó Eugenio con fervor.

Los tres se echaron a reír ante la dicha de vivir del “otro lado”.

—Entonces, ¡no hay pierde! Aquí, entre siete y ocho a más tardar.

—Aquí, ¿en la banca? —preguntó Eugenio, que quería estar absolutamente seguro.

—¿Y adónde vamos a estar? No hay nada más barato que la banca de la plaza —contestaron riendo.



“Tengo suerte, son buenas personas”, se dijo contento mientras se alejaba de sus dos nuevos amigos. Sí, iría al “otro lado” y empezaría una vida nueva. Recordó su chequera. “¿Cómo podré cambiar un cheque?” Sería duro llegar allá sin un centavo. “No, no puedo cambiar nada”, se dijo iracundo. “Tal vez cuando ya vayan a cerrar el banco”, pensó con alivio. Tenía que jugársela. Irritado por su mala suerte, se metió en una cantina. “No puedo emborracharme, hablaría de más”, se dijo, y pidió una cerveza.

Bebió unos tragos y se dio cuenta de que el cantinero lo miraba con una fijeza amenazadora. “¿Por qué me ve así?”, se preguntó, sintiendo que las piernas se le aflojaban. “¿Será policía?” Distrajo la vista y se empeñó en

dar otro trago a su tarro de cerveza. No, el hombre no le había quitado la vista de encima. Las orejas y la nariz se le pusieron muy frías y un sudor helado le cubrió el cuerpo. Se acercó el camarero:

—¿Se siente mal, señor?

—¿Mal?... no, no, ¿por qué?

—Se ha puesto usted muy pálido —le contestó el hombre mirándolo con atención.

—¿Pálido?... No, no.

Era mejor alejarse rápidamente de allí, aunque las piernas apenas lo sostenían. Trató de pagar su cuenta con calma y mientras se reponía de aquel malestar se dedicó a ver pasar a la gente que circulaba en la calle. Era en vano que se hiciera el disimulado, los ojos terribles del cantinero continuaban clavados en su espalda. Pero debía fingir indiferencia, cosa nada fácil, atrapado como estaba por aquellos ojos impíos.

Abandonó el bar y volvió a la calle lleno de intranquilidad. Era como si alguien lo estuviera señalando, alguien desde las sombras, alguien a quien él no podía distinguir. “¿Habrá pasado algo?”, se preguntó, sintiendo un golpe en el corazón. “Sí, algo sucede...”, se repitió buscando con la vista algún lugar donde esconderse. ¿Esconderse? ¿Por qué? ¿De quién? No lo sabía. A lo lejos divisó una iglesia pequeña. Apresuró el paso. “Me esconderé en la iglesia, gracias a Dios que existen.” La frescura de la pequeña nave lo tranquilizó. Un bálsamo muy dulce cayó en el centro de su corazón. Ocupó un lugar apartado, necesitaba reflexionar. ¡No! Lo que necesitaba era confesarse, quitarse de encima aquel peso enorme, escuchar una voz piadosa.

Mientras se dirigía al confesionario se dijo con alegría: “Diré todo, todo, todo”.

A través de la rejilla del confesionario le llegó la voz del sacerdote; quiso escrutar su rostro, pero la penumbra era casi completa. Olvidó todo, se quedó mudo unos minutos:

—Yo, pecador, me confieso a Dios Todopoderoso, a San Miguel Arcángel... a San Juan Bautista... —repitió varias veces, sin saber cómo iba a empezar aquella confesión terrible. No lograba coordinar sus ideas ni pronunciar una palabra—. ¡Padre! —exclamó con desesperación.

—Te escucho, hijo —le contestó el sacerdote en voz muy baja.

—¡Padre! —volvió casi a gritar Eugenio.

El sacerdote esperó, luego puso el rostro de perfil muy cerca de la rejilla y preguntó en voz aún más baja:

—¿Has matado a alguien?

Eugenio reaccionó con rapidez:

—¡Matado! ¡No, padre! Pero un hombre murió en mi cama...

—¿Quién era ese hombre? —preguntó el sacerdote con mucha calma.

—Un desconocido, padre... Un herido que llegó a mi casa... —murmuró Eugenio.

—¿Antes de morir recibió los auxilios espirituales? —preguntó el padre.

—No, no, no, padre, no recibió nada, no llamé a ningún sacerdote...

—¿Y por qué lo dejaste morir sin sus viáticos? Es una muy grave responsabilidad.

—Porque tenía miedo, padre, tenía mucho miedo, yo traté de curarlo, esperaba la llegada de un amigo, de Matarazo, ¿sabe, padre? Pero Matarazo no llamó y yo estaba aterrado... Sí, aterrado y huí...

Poco a poco el padre lo hizo contar su historia desde el principio, cómo les llevó cigarrillos a los huelguistas, la noche en que Pedro llegó herido a su casa, que fue la noche en que conoció a Matarazo, la huida de los jóvenes al norte, y luego la llegada del herido...

—¿Y Matarazo, qué te propuso para salvarlo? —preguntó el padre.

—¡Nada, padre, nada!, porque nunca le dije que estaba ahí el herido... Le tenía desconfianza, sobre todo después de lo que descubrimos...

Y le contó al padre la traición de Eulalio y de Ignacio. El sacerdote guardó silencio, parecía preocupado. Eugenio terminó su confesión con su fuga, su llegada a Torreón y la imposibilidad de usar su chequera. El padre lo escuchó con suma atención; a veces lo interrumpía para precisar fechas y horas.

—No, no cambies ningún cheque. Sería tu pérdida —le dijo con voz solemne.

Hubo un silencio. El sacerdote parecía reflexionar y Eugenio se sintió confundido.

—¿Tan grave es mi situación, padre?

—Sí, tan grave es... —contestó el sacerdote en voz apenas audible. Luego preguntó—: ¿Has hablado con alguien?

Eugenio recordó a sus amigos de la banca de la plaza.

—Sí, padre, con dos hombres en la plaza, parecen buenas personas, se van a pasar al “otro lado” y yo me pienso ir con ellos esta noche.

El sacerdote le pidió las señas físicas de los dos desconocidos, y cuando Eugenio terminó de dárselas le dijo:

—No hay cuidado. Son Julián y Andrés. ¡Pobres muchachos! Hace ya tres años que están tratando de pasarse y van cinco veces que los devuelven; pero ya sabes, la esperanza es lo último que pierde el hombre.

—Sí, padre —contestó Eugenio con mansedumbre.

—No se te ocurra irte con ellos. Desde la huelga, la policía anda muy alerta buscando a los agitadores; muchos se han venido al norte, te cogerían sin remedio —le explicó el sacerdote, que cada vez se ponía más sombrío.

Después de un silencio, el padre le dio la absolución.

—No te doy penitencia, ya es bastante con la que llevas, rezaré por ti... Espérame en la Sacristía —le dijo con voz rápida.

Eugenio se puso de pie y sin volver la cabeza buscó la entrada a la sacristía. Era muy pequeña y modesta. Se sentó a esperar en una silla de tule. Se sentía protegido y reconfortado. Esperó mucho rato. Oyó transcurrir la misa. Cuando apareció el padre ya casi iba a oscurecer. Eugenio se asombró, creía que el sacerdote era un hombre joven, y ante él se presentó un hombre pálido, doblado por algún peso invisible, que lo miró con atención y benevolencia.

—Vamos a ver, vamos a ver qué podemos hacer por ti —le dijo, mientras se despojaba de las ropas sacerdotales, para quedar en un pantalón viejo y raído, una camisa muy usada y unas maneras agobiadas.

Eugenio esperaba sin decir una palabra.

—Vamos a mi casa —dijo el sacerdote con decisión, al mismo tiempo que lo tomaba del brazo. Salieron a un corralito, lo cruzaron y se hallaron en una casa muy modesta. Dos habitaciones de piso de ladrillo, paredes encaladas, muebles de pino e imágenes con veladoras encendidas formaban un conjunto monacal y silencioso. A un lado, la cocina

pequeña, en donde el padre preparó café para los dos. Yáñez se sintió tranquilo: “¡Qué dichoso es el padre, lejos de las intrigas, de las mundanidades... Yo debería haber sido sacerdote”, se dijo mientras bebía el café caliente. Notó que el padre lo miraba con fijeza, como si tratara de descubrir en él algún secreto. “¿Por qué me mirará así?”, se preguntó asustado.

—Padre, si tiene usted alguna duda, pregúnteme —le dijo avergonzado.

—¿Duda? Ninguna. Estoy preocupado por tu situación. Mira, si la policía busca en el norte, lo prudente es ir hacia el sur —le dijo.

De pronto vio un periódico sobre una silla y lo arrojó fuera de su alcance, con una violencia que sorprendió a Eugenio.

—¡Esta basura! —exclamó iracundo.

—Hace ya mucho que no leo los periódicos, sólo dicen mentiras —afirmó Eugenio.

—¡Tienes razón!... Yo tampoco los leo, éste me lo trajo un parroquiano —dijo el padre con disgusto.

Terminaron el café en silencio, absortos en sus pensamientos. El padre continuaba preocupado; de pronto pareció decidirse.

—¡Mira, en Lerdo tenemos a unos hermanos! Hay que ir allá. El coche se lo pediremos a Alicia, una santa mujer; ella es de Michoacán y de jovencita fue una cristera heroica, de manera que nunca niega una ayuda. Te llevaré a Lerdo, porque Lerdo ya no es Coahuila, es Durango, de modo que si hay algo malo contra ti en Torreón, allá en Durango ya no te toca la orden y ganamos tiempo, mientras sacan allá la autorización... ¿Comprendes?

—Sí, padre, comprendo —dijo asustado Eugenio, que entendió que la orden que podía haber contra él era simplemente una orden de aprehensión. “Pero, ¿qué demonios he hecho?”, se preguntó desesperado.



A la hora en que los braceros esperaban a Eugenio en la plaza, éste, acompañado del sacerdote, llamaba a la casa de doña Alicia. La señora los recibió con alegría; ya era muy vieja, pero sus ojos claros brillaban llenos de luz. Su casa estaba llena de plantas y de jaulas de pájaros. La visita fue

muy breve, ya que la señora entregó las llaves de su coche sin ninguna reticencia, más bien se diría que con prisa.

Yáñez notó que la vieja señora lo miraba con demasiada atención y eso le preocupaba, pero siempre sonriendo. Ella misma abrió la vieja puerta del garage y él, escondido en el suelo del coche, y el padre al volante, salieron de la casa de la vieja cristera.

Era noche cerrada cuando el padre Joaquín y Eugenio tomaron la carretera rumbo a Lerdo, Durango. “Tal vez no me miraba tanto, tal vez me lo imagino... Creo que voy a acabar loco”, se iba diciendo Yáñez, que ahora iba al lado del sacerdote y que apenas si escuchaba sus explicaciones:

—Mira, en Lerdo estarás seguro. Bueno, mientras pasa el escándalo, es decir, mientras se aclara este lío. ¡Qué barbaridad! Los cristianos seguimos pagando nuestro tributo de sufrimiento y de sangre...

La última palabra del sacerdote lo estremeció. “¿De sangre?” Eugenio tuvo la impresión de que el padre hablaba para sí mismo.

—La casa de los hermanos es muy pobre, pero estarás tranquilo, ya verás —afirmó el sacerdote.

—Sí, padre, estaré tranquilo —repitió Eugenio con resignación, pues de pronto tuvo la seguridad de que su caso era muchísimo más grave de lo que él podía imaginar. Aceptó lo peor. ¿Qué era lo peor? “Lo peor sería que me mataran... ¿Lo peor? Quién sabe, tal vez es lo mejor”, se dijo convencido. Así terminaría de una vez el terror que la invadía en ese momento.

—Lo bueno es que esa casa no está declarada, de modo que es muy difícil que se les ocurra ir allí. Mira, en tres minutos cruzamos la frontera y entramos en Durango —exclamó triunfante el padre.

Eugenio vio en su derredor: el campo estaba cubierto por una oscuridad completa, no había ni un alma viviente en aquellos andurriales; realmente, el padre tomaba riesgos enormes por él. Iba a decírselo cuando de pronto unos faros potentísimos se encendieron en mitad de la carretera y deslumbraron a los dos hombres. El sacerdote aminoró la marcha:

—¿Qué pasa? —preguntó sorprendido.

Eugenio no contestó, tuvo la certeza de lo que sucedía, “¡Vienen por mí!”, se dijo. El coche que avanzaba hacia ellos, amenazador, se detuvo a corta distancia, se abrieron sus portezuelas y bajaron dos hombres de sombrero, que avanzaron hacia ellos.

—¿Qué es esto? —preguntó el sacerdote con voz terrible.

—Es la Secreta, padre, la Secreta... —alcanzó a decir Eugenio.

Los desconocidos abrieron las portezuelas del coche de doña Alicia. Traían la pistola en la mano:

—¡Bájate, Yáñez! ¡Ándale!

—¡Esto es un asalto! ¡Un atropello! —gritó el sacerdote, agarrando a Eugenio por un brazo para impedir que lo bajaran.

—¡Usted no se meta! ¡La iglesia no puede inmiscuirse en los asuntos del Estado! —dijo uno de los hombres arrancando a Eugenio de su asiento, como si fuera un muñeco.

—¡Asesinos! ¡Asesinos! ¡Levantaré un acta de este secuestro! —gritó el padre fuera de sí.

—¡Ándale, cura cabrón! ¡Levanta lo que te dé tu chingada gana! —le contestó el otro hombre con una violencia desmedida y asestándole un cañonazo en la cabeza, que hizo brotar la sangre con una rapidez increíble.

Eugenio vio cómo se derrumbaba el padre, sobre el volante del coche de doña Alicia.

—¡Estúpidos!... ¡Lo han matado!... ¡Lo han matado!... —dijo, mientras los dos atletas lo cogían como a un muñeco de trapo y, casi suspendido en el aire, lo llevaban a su automóvil y lo echaban en el suelo del coche. Se apoderó de él un miedo que nunca pudo imaginar que existiera.

—¡Órale, asesino, no se mueva! —ordenó uno de ellos.

—¿Asesino? —murmuró con sorpresa y sintiéndose aliviado, ya que él nunca había matado a nadie y podía probar su inocencia.

El hombre que iba al volante arrancó con furia, mientras sus dos amigos cacheaban a Eugenio buscándole armas.

—¡No viene armado este pendejo! —dijeron.

—¿Ni una navajita?

—Nada.

—¿Conque jugando al tumbagobiernos y asesinando sin armas? —dijo el que iba al volante.

—¿Al tumbagobiernos?... ¿Y asesinando sin armas? —preguntó Eugenio sorprendido.

Uno de los hombres lo agarró por las solapas, lo levantó del suelo donde iba echado y sin decir una palabra le asestó un golpe en pleno rostro. Debía llevar anillos de hierro, porque el golpe cayó preciso haciendo un ruido de piedras rotas, y un borbotón de sangre caliente le inundó la cara.

—¡No se haga el pendejo, cabrón asesino! ¡Cabrón traidor a la patria! — exclamó indignado el compañero del que lo había golpeado.

Eugenio apenas pudo oír su voz, ocupado como estaba en aguantar aquel dolor terrible e inesperado.

El hombre del volante le imprimió velocidad al auto. Parecía regocijarse de la energía de sus compañeros, uno de los cuales volvió a golpear a Eugenio en pleno rostro. Éste sintió que la sangre corría por el cuello de su camisa y, sin saber por qué, recordó que las portezuelas del coche de doña Alicia habían quedado abiertas: “Alguien dará parte”, pensó con dificultad.

—Agarra derecho hasta México —ordenó el hombre que lo golpeaba.

Eugenio sintió que el coche hacía un viraje y que luego tomaba una recta. Como en un sueño doloroso y oscuro recordó la cara hospitalaria del padre Joaquín: “Lo mataron”, se dijo. Un nuevo golpe lo hizo tragar bocanadas de sangre caliente.

—Este hijo de la chingada se creyó muy listo —dijo el que lo golpeaba.

Eugenio escuchó la voz irreal de aquel ser: “Es increíble que exista”, pensó trabajosamente. Los golpes siguientes lo separaron de su cuerpo. No sabía si le dolían a él o si los quejidos que escuchaba escapaban de otra persona: “Así... así... golpearon... al herido”, alcanzó a decirse y se escapó, pues dejó de existir, cayendo en una niebla espesa hasta desaparecer.



Detuvieron el automóvil. Le ordenaron algo que él empezó a oír viniendo

de muy lejos.

—¡Bájese! —era la orden que poco a poco empezó a tomar cuerpo.

A través de la sangre que casi le cerraba los ojos y por la portezuela abierta, Eugenio vio un amanecer de color rosa y una lluvia insistente. Se bajó tambaleante.

—¡Quítese los zapatos!

—¿Para qué? —preguntó con una lengua que sintió espesa y torpe.

—¿Quiere morirse con los zapatos puestos? —preguntó el que llevaba el volante.

Nunca había pensado en eso, pero le pareció mejor morir descalzo. Casi agradecido por la explicación del hombre, se sentó en el suelo mojado para quitarse los zapatos. Un golpe seco en la nuca lo hizo caer de bruces sobre el lodo. Le pareció increíble morir en ese universo extraño. Siempre pensó que moriría en su cama, con un sacerdote que lo asistiría. Cuando abrió los ojos se encontró tirado junto al automóvil. Estaba empapado por la lluvia y el horror de su situación lo dejó paralizado. Sentados en el asiento delantero, dos de los hombres fumaban. Eugenio los miró desde abajo, sin atreverse a hacer un movimiento.

—Le dije: “Mira, linda, te doy lo que quieras pero, por favor, déjame verte dormida” —decía el que lo había golpeado.

—¿Y se durmió? —preguntó su compañero.

Las voces de los hombres llegaban perezosas en la mañana de lluvia, perdidas en las cercanías de la Ciudad de México.

—Dormidas es cuando uno sabe si de veras te gustan.

—Sí, hermano, yo no aguanto que se pongan a hablar. Tampoco aguanto que duerman mal. Yo soy como tú, muy delicado.

—¿Y cómo duerme?

—Vieras que muy bonito. ¡No cae, hermano! ¡Flota! Y no se mueve.

Las palabras de los hombres le llegaron a Eugenio empapadas de nostalgia. Desde abajo los veía mover los labios, y los dientes, vistos al revés, resultaban feroces. Le pareció increíble que hablaran de mujeres. Parecían seres llegados de una nueva dimensión. ¿Cómo podían acercarse a los demás después de cometer actos parecidos al que habían cometido con el padre Joaquín, con el herido, con él? Sintió que podía ponerse a

llorar, pero los caminillos de las lágrimas se le habían roto con los golpes. Aquellos hombres se escapaban de su mundo terrible, comían tacos y dormían con mujeres apacibles. ¡Era extraordinario! El que se había declarado muy delicado, se volvió a él, lo miró con curiosidad y preguntó:

—¿Qué, ya reviviste?

Su compañero pareció interesarse:

—¡No digas! ¿Ya volvió?

—¡No! Ahí sigue tirado... ¡Caray con estos cabrones comunistas! No les gusta vivir bien ni gozar de la vida; mira nomás a este viejo pendejo, ¿para qué tenía que meterse en esta bola? Como ellos no la gozan, no quieren que la goce nadie. ¡Tan a gusto que podríamos vivir sin ellos! Mira, yo les aplicaría la ley fuga a todos y me dejaba de tanto trabajo, tantas vigiliadas espiándolos, y ¡tanta pendejada!

—Pero tú no mandas, mano. Tú eres mandado y a ti te mandan que pases las noches en vela, que sigas a estos cabroncitos, que los agarres, que les des su sopita y que te pases las noches metido en este coche haciendo bilis.

—Todavía cuando se trata de agarrar a los correos que vienen de donde sea con las maletas llenas de dólares, ¡vale la pena! ¿Te acuerdas cuando nos pasamos con el jefe toda la noche contando billetes? ¡Ese golpe estuvo padre!

—Aunque el jefe se quedó con la parte del león...

—¡Ora pues! ¡Es el león! El mero león. ¿Qué te ibas a quedar tú con toda esa lanaza?

—No, seguro que no. Yo sólo digo que agarrar a uno así vale la pena, ¡pero a este viejo infeliz! ¿Cuánto crees que traía? ¡Echa un cálculo! Ciento siete pesos y cuarenta centavos...

—¡Carajo!, y con eso iba a cambiar al mundo —y el hombre se echó a reír con ganas.

Después callaron. Con aire de fastidio se reclinaron en las portezuelas, fumaron otro cigarrillo y bostezaron. El hombre que golpeó a Eugenio se volvió al asiento de atrás:

—Oye, mano, ya te dormiste tus dos horitas, ¿no te parece que ahora es mi turno?

Del asiento de atrás surgieron unas palabrotas entrecortadas por el sueño:

—No jodas. Yo estuve en el volante toda la noche...

—Es que ya va siendo la hora de descargar el bulto —contestó su compañero.

—Queríamos que le explicaras al viejo que la revolución no se hace con cien pesos —dijo el que ahora estaba al volante, soltando una carcajada.

—Con cien pesos... Con eso no alcanza ni para chingar a su madre... —contestó malhumorado el que todavía estaba medio dormido.

Sus compañeros se echaron a reír. ¡Era verdad! ¿Qué eran cien pesos? Sólo un pendejo podía aventarse a tumbar al gobierno con esos tristes centavos. ¡Si siquiera hubieran sido dólares!

Eugenio sintió un frío desacostumbrado. Tiritaba dentro de su traje empapado y lleno de lodo. Se dio cuenta de que tenía rotos los dientes delanteros y que el cuerpo y la boca le dolían con un dolor nuevo, entumecido, como si nunca más pudiera recobrar el movimiento sin resquebrajarse todos los huesos, que ahora se habían vuelto frágiles e hinchados.

—¡Oye, tú! Ya estuvo bueno. A ver si te empiezas a despertar —le gritaron.

Eugenio se movió un poco y todo el cuerpo se le electrizó de dolor. Miró a los hombres con sus ojos lastimados. Ahora lo rodeaban los tres.

Eran tres gigantes todopoderosos.

—Bueno, ¿qué? ¿A cuántos has matado? ¡Suelta la sopa, cabrón! —le gritó uno de ellos dándole un puntapié en el costado.

—No sé nada... —contestó Eugenio sorprendido de tener voz en medio del quebranto que sentía.

—¡Hay que subirlo! —ordenó el hombre que llevaba el volante.

Los hombres lo levantaron como un bulto y lo echaron en el piso del auto. Una vez dentro le vendaron los ojos y le pusieron una mordaza. ¿Adónde lo llevaban? ¿A cuántos habrían llevado así? Sabía que uno de sus guardianes viajaba atrás con él, porque llevaba puestos los pies sobre su costado. Dolorosamente, recordó al padre Joaquín. “¿Lo habrán recogido?”, se preguntó, al tiempo que unas tinieblas lo invadían por

dentro y le borraban el rostro hospitalario del padre. Hubiera querido rezar, pero su cerebro funcionaba mal, sólo podía repetir: “Dios te salve... Dios te salve...”, y no podía repetir la salve, que había rezado millares de veces. De repente, supo que iban cruzando la Ciudad de México. Esa ciudad que ignoraba su suerte y se movía en todas direcciones, como si nada hubiera ocurrido. Todos ignoraban su suerte. Los periódicos no hablarían de su muerte, tal vez alguien descubriría su cadáver flotando en el canal del desagüe o en alguna barranca del camino a Cuernavaca. Recordó milagrosamente a la señorita Refugio; ella era la única que podía preocuparse por su ausencia, a lo mejor hasta iba a buscarlo a su casa y, al comprobar su desaparición, daría parte a la policía. ¿A la policía? Pero si era la policía la que lo llevaba en aquel automóvil, y sintió que iba a desfallecer de terror.

Los hombres que lo llevaban, ¿ignoraban que morir era un acto sagrado? A esas horas en el mundo, ¿cuántos hombres irían en el fondo de un automóvil para morir en manos de unos desconocidos? Como él, millares de inocentes en el mundo viajaban en coches oscuros, con los ojos vendados, tragando su propia sangre, hacia un destino inicuo. El destino de la víctima es siempre el mismo: ¡terrible! ¿Qué había hecho para ocupar ese lugar en el suelo de un auto? “Yo no soy nadie...”, se dijo sorprendido, y recordó el momento en que les regaló los cigarrillos a los huelguistas. Nunca imaginó que el final iba a ser el fondo de un coche negro. ¿Cómo se llamaban los hombres que lo sacaron del coche de doña Alicia? ¿Y cómo se llamaban los otros que habían sacado de sus casas a hombres iguales a él? El nombre no importaba. Aquellos hombres existían para que existiera el acto prodigioso del crimen, y nuestro tiempo era sólo eso: el crimen. Le subieron a los ojos unas lágrimas de fuego, que le abrasaban por dentro todo el rostro. Llorar le hacía daño, la cabeza parecía rompersele a medida que subían los sollozos.

—No llores. ¿Qué, no eres hombre?

El coche se detuvo. Lo bajaron y lo hicieron cruzar un patio. Supo que era un patio por el eco de los pasos sobre las baldosas y porque sus pies sintieron la aspereza de la piedra. Sus pies descalzos revivían al contacto de aquella piedra lisa y recién regada. Después lo hicieron bajar una

escalera y lo pusieron en presencia de alguien. Una puerta se cerró tras él. El aire de la habitación estaba enrarecido, como si guardara muchos gritos y el sudor de muchos cuerpos, que ahora misteriosamente se volvían el suyo.

—¡Eugenio Yáñez! —dijo uno de sus captores.

—El nombre de tu víctima —le pidió una voz débil.

Yáñez no entendió la pregunta.

—El nombre de tu víctima —le repitió la voz débil.

—No entiendo, señor... —murmuró Yáñez.

—¡Ah! ¿No entiendes que te pido el nombre del muchacho al que torturaste y mataste en tu casa? ¿No lo entiendes? ¡El nombre! ¡El nombre! —dijo la voz, impacientándose.

—¿El herido?... —preguntó Yáñez, sintiendo que entraba en la locura.

—¿El herido?... ¿Así lo llamas? ¡Tu cómplice no quiere ni siquiera nombrarlo así! ¡Yáñez, eres un cobarde! ¿A cuántos has matado? ¿A cuántos has matado? ¿A cuántos has matado? —repitió muchas veces la voz y en un tono cada vez más perentorio.

Eugenio sintió que vacilaba, no sabía qué pensar ni qué decir. ¿Por qué le preguntaban eso? Estaban confundidos, debían hablar de otro Eugenio Yáñez.

—Yo soy Eugenio Yáñez Espejo... —alcanzó a decir para deshacer el error que cometían sus verdugos.

—¿De veras, desgraciado? ¿De veras? Pues ya que confesaste tu nombre, ¡confiesa ahora el o los nombres de tus víctimas! —dijo la voz subiendo de tono.

Eugenio lo escuchó cada vez con más terror. “Tal vez nadie me pregunta nada y yo deliro.” ¡Le dolía tanto la cabeza!

—¡Es inútil! ¡No va a hablar! —dijo uno de sus captores.

—Ya hablará, no se preocupe —dijo la voz aguda.

Eugenio recibió un golpe terrible en la frente. El objeto que lo golpeó era blando, pero lo hizo caer de espaldas sobre el piso de cemento. Los cuerpos de los caídos antes que él no aminoraron el golpe ni la dureza impía del suelo.

—¡Es un necio cabrón! —comentó el hombre que tenía la mujer que

dormía bonito.

Lo pusieron de pie y le repitieron la pregunta. Su memoria se nublaba ante el terror que sufría delante de aquellos hombres invisibles. Sintió correr la sangre caliente por su cuello y su pecho. Desde muy lejos escuchó la pregunta:

—¿Quiénes son tus víctimas, cabrón?

Quiso recordar nombres, algunos nombres, los que fueran, pero su memoria se había agazapado en un callejón oscuro y ya no funcionaba.

—¡Llévenselo! —dijo el hombre de la voz débil.

Se lo llevaron a rastras.

—¡Ahora sí, cabrón, te vas a encontrar con quien no quieres! —le dijeron los hombres—. ¡Ya verás si tienes cómplices o no los tienes! ¡Te va a nombrar a tus víctimas, joto hijo de la chingada...!

El nombre de Matarazo se abrió paso en su memoria embotada. Le llegó enorme y difícil, como si no le cupiera en la cabeza. “Me denunció”, pensó con dificultad, aceptando su culpa. ¡Claro que era culpable de rebeldía!... Era culpable de no ser como sus verdugos, y el mundo estaba lleno de culpables. El nombre de la señorita Refugio se dibujó en su memoria. “¡Refugio!” Debió irse a su casa, su nombre lo indicaba, ella le había dicho que había muchos “soplones”, muchas “orejas”. No pudo llorar, las lágrimas no hallaron el camino, muchas piedras les impidieron el paso.



Abrieron una puerta, le quitaron la venda ensangrentada, le dieron un empujón y se encontró de bruces en el piso de cemento de un cuarto oscuro, de techo bajo y aire irrespirable. Cerraron la puerta con doble llave.

Eugenio se encontró en aquel lugar maloliente y cerrado como una tumba, a sabiendas de que todavía no estaba muerto. Se quedó quieto, incapaz de pensar en nada. Cuando menos, habían cesado de golpearlo. En el silencio sepulcral alguien respiraba con dificultad, muy cerca de él. Temió que fuera “el herido” y lo invadió un terror sobrenatural. Con gran temor extendió el brazo y tocó la tibieza de un cuerpo. El otro no se

movió. Eugenio hizo un movimiento para acercarse a él.

—¡Déjeme! —gimió una voz que le pareció conocida.

—¡Matarazo!... —dijo en voz muy baja.

—¡Yáñez! —respondió el otro.

—¡No me llamó usted!... —dijo Yáñez asustado.

Hubo un silencio, que a Yáñez le pareció eterno.

—Quieren que confiese a quién matamos en su casa... —dijo Matarazo con esfuerzo, como si tuviera los dientes rotos.

—¿A quién matamos?... —repitió Yáñez como un estúpido.

—¿Qué voy a confesar?... Ya les dije que yo no sé nada... Yo trabajo en una camisería cerca de la estación... El día de la bola vi a unos muchachos que corrían.. Uno iba herido, los recogí... Usted sabe quiénes son, ellos me llevaron a su casa... No sé nada más...

Hablaba con trabajo y Yáñez pensó que tenía la lengua destrozada.

—No me llamó usted... Quizás juntos hubiéramos podido sacar al difunto —insistió Yáñez.

—Entonces, ¿es cierto que usted lo mató?...

—No. Yo no maté a nadie... Yo no sé nada. Yo les llevé cigarrillos a los muchachos... Y cuando ya se habían ido me trajeron al herido... Lo dejaron de rodillas frente a mi casa... y lo recogí...

—¿Quiénes se lo llevaron?...

—No sé... Me dijeron por teléfono: “El compañero está muy enfermo, cuídelo, compañerito”...

—¿Y quién era?...

—No lo sé... Si yo no conocía a los muchachos... Los conocí cuando les llevé los cigarrillos...

Guardaron silencio: el horror era total. Habían andado a ciegas en un mundo para ellos desconocido, que gozaba de su propia mecánica y de sus propias reglas. ¡No conocían a nadie! Sí, Yáñez conocía a Ignacio, a Eulalio y al Novillero...

—Fuimos a buscarlos... y nos salió el camión... —dijo en voz muy baja.

Lo había olvidado. Matarazo se estremeció al recordar la oscuridad, la lluvia y la voz del viejo, y el camión...

—Nunca lo diga... ¡Nunca!... —suplicó aterrado. Y agregó—: Todo está

muy oscuro, muy oscuro...

—Sí. Muy oscuro. Andamos en tinieblas... Nos van a matar...

—Sí, nos van a matar... Ya ese camión nos lo dijo... —insistió Matarazo.

—Me agarraron en Lerdo y no han parado de golpearme... ¿Por qué no me mataron en la carretera?... —preguntó Yáñez, sin entender el proceso que provocaría su muerte.

—A mí me agarraron el viernes... al bajarme de su coche en la avenida Juárez... Hallaron a un muerto en su casa... Querían que yo lo identificara... —contestó Matarazo con rencor.

—¿Le enseñaron al herido?... —preguntó Yáñez aterrado.

—Estaba bien muerto... de una golpiza o de varias golpizas.... ¡Yo lo vi!...

Yáñez calló. ¿También Matarazo creía que él era el asesino? Ya le había dicho la verdad, pero volvió a insistir:

—Compañero, me lo trajeron a la casa... Me lo dejaron hincado frente a la reja... Yo lo recogí... Lo cuidé... Le puse penicilina... ¡Tengo testigos, los de las farmacias!... Y falleció el día que usted no me llamó...

—¿Se lo llevaron los muchachos?... —preguntó Matarazo.

—No, no lo creo... No sé quién lo llevó... Cuando salí estaba solo...

Guardaron silencio.

—¿Y quién era? —volvió a preguntar Matarazo.

—Nunca lo supe... No podía hablar... Creo que estaba en coma...

—Nos van a matar.. Debe ser alguien importante... —reflexionó Matarazo.

—Sí, nos van a matar... Un padre me socorrió en Torreón... Si está vivo hará algo...

—¿Un padre?... No, no hay respeto... Nadie vendrá por nosotros... sólo Dios —dijo Matarazo con trabajo.

—Sí. Sólo Dios... —y Yáñez quiso recordar la salve—: “Dios te salve, reina y madre de misericordia...”

—“Vida, dulzura y esperanza nuestra. Dios te salve...” —continuó Matarazo.

Volvieron a callar. Las palabras de la salve les dieron la resignación necesaria para morir. Notaron que a medida que el tiempo pasaba, el

dolor de los golpes aumentaba. ¡Si pudieran morir ahora! Ahora mismo, antes de volver a enfrentarse nuevamente con sus verdugos. Entre ese momento y el de su muerte había un espacio abierto y desconocido que los aterraba. Después de todo ya estaban muertos y sepultados en aquella celda hedionda por la que circulaban ratas. Sí, sólo les quedaba la misericordia de la madre de Dios. Se quedaron quietos, imaginando cómo los recibirían cuando cruzaran la frontera de los muertos.

—Habrà mucha luz... —dijo Matarazo.

—Sí... mucha luz... —convino Eugenio.

—Allí, más tarde, me reuniré con mis hijos... —añadió Matarazo.

Eugenio quiso preguntar por ellos, pero no se atrevió. Era la primera vez que su amigo los nombraba.

—Sí, allí los verá usted... —aceptó Yáñez con una gran tristeza.



La puerta se abrió con gran estrépito. La luz mortecina de un pasillo les lastimó los ojos heridos.

—¡A ver, cabroncitos! ¿Ya se pusieron de acuerdo? ¿Van a cantar? ¡Han provocado graves daños al país y a la moral pública! ¡Qué ejemplo para los jóvenes! ¿Qué me dicen? ¿No? ¿No van a hablar? ¡Pues hay relevos para ustedes!

Y entraron dos tipos fornidos que los miraron con una mezcla de odio y de tedio.



Torreón se conmocionó con la noticia. En todos los diarios aparecía a ocho columnas, anunciando los crímenes de los dos degenerados, con las palabras más impresionantes. La gente se arrebatava los diarios:

—¡Uno de ellos estuvo aquí!

—¿Aquí? ¿En Torreón?

—Sí, aquí en Torreón. Vino a esconderse.

—¡Qué horror, no hay seguridad en ninguna parte! —comentaban en los barrios alejados del centro de la ciudad.

Pero a las pocas horas, todos recordaban haberlo visto. ¡Era verdad! Iba detrás de los muchachitos. Todos lo habían visto. ¡Todos!

En las esquinas leían en voz alta los encabezados y los artículos escritos sobre el caso de los dos degenerados que torturaban y asesinaban a sus víctimas. Miraban con avidez las fotografías de Yáñez y de Matarazo.

—¡Claro que me acuerdo de él!, si llegó aquí muy sospechoso. Ni siquiera traía equipaje. Enseguida imaginé que había salido a uña de caballo. También supe que había dado un nombre falso —aseguró la señorita que atendía el mostrador del hotel en el que había parado Yáñez.

El cajero leyó en voz muy alta:

—“Les fue aplicada la ley fuga a los dos asesinos viciosos.”

—¡Quién iba a decirlo! Yo no sospeché nada. El tal Yáñez me pareció un pobre infeliz —comentó un huésped que recordaba a Eugenio como si lo estuviera viendo.

—¡Escuchen! Yáñez fue detenido en Torreón, cuando trataba de reunirse con su cómplice, que se hallaba oculto en Lerdo —leyó una de las señoritas que servían la mesa.



En la fonda donde Yáñez cenó la primera noche también había expectación. La dueña, una mujer gorda y colorada, parecía convencida de los crímenes que se le atribuían a su cliente fortuito:

—Eran feroces. Se quisieron escapar y en el camino agredieron a la policía y no quedó más remedio que aplicarles la ley fuga... Sí, eran terribles, que Dios los perdone... —comentó la mujer, mientras contemplaba la foto de Yáñez, sacada de su credencial de burócrata—. Estaba ya viejo... —añadió, viendo aquella cara gris que la miraba desde la página del diario. Se quedó meditabunda—. ¡Se me hace raro que fuera tan fiera! —dijo después de unos minutos.

Sus parroquianos la miraron con atención.

—Sí, el caso está rarito... Aunque quién sabe, le hallaron en su cama al muchacho torturado —dijo uno de los clientes, que bebía café caliente.

—Les diré que ¡hacen tantas trampas que quién sabe! ¡Quién sabe! —dijo una mujer del pueblo ocupada en masticar una tostada.

—¿Y el otro quién era? —preguntó una joven.

—¡Un hombre casado, con cuatro hijos! ¡Increíble! ¡Increíble!

—Sí, ¿quién va a sospechar de un casado y empleado de una buena camisería? ¡Nadie! Aunque, según los testigos, ¡andaba siempre muy prendidito! —comentó un joven comiendo un sándwich de jamón.



—¡Mire, doña Alicia: desde que se hincó en el confesionario supe que estaba perdido! Hacía un buen rato que uno de esos hombres había venido a prevenirme del caso. Me mostró la fotografía del pobre Yáñez y me advirtió que si se acercaba a la iglesia mi deber era dar parte inmediata a la policía... No sé, no sé, pero yo supe, desde antes de su confesión, que era inocente. ¡Y es inocente! ¡Un inocente, doña Alicia! —exclamó exaltándose el padre Joaquín, que con mano nerviosa se acomodó el vendaje que le cubría la cabeza.

—¡Pobrecito! Dios lo ha de tener en su Santa Gloria. Yo también había visto su foto en el periódico, pero no quise decírselo para no ponerlo más nervioso —dijo conmovida doña Alicia.

—El hombre estaba deshecho. Tampoco yo le mostré el diario, era mermarle fuerzas, que mucho necesitaba en esos momentos —añadió el padre.

—Lo peor es que lo han cubierto de lodo, y al otro pobre señor también...

—¡Yo voy a hablar con los periodistas! ¡Diré la verdad! Yáñez era un justo. No se puede permitir que enloden su memoria después del martirio que le hicieron pasar —dijo el padre, dando un puñetazo sobre la mesa.

—¿Con los periodistas? —preguntó incrédula doña Alicia.

—¡Sí, con los periodistas! —afirmó el padre.

—Mejor hable con el diputado que lo sacó de la cárcel, por su complicidad con el pobre Yáñez. Él prometió intervenir en su favor...

—¡Prometió, prometió! De promesas está empedrado el infierno... Pero no pueden quedar como asesinos de jóvenes —insistió el padre.



En la oficina de Yáñez hacía ya varios días que los empleados guardaban silencio. La policía se había presentado desde la desaparición de Yáñez y había pedido hablar con el jefe. Entre los compañeros de Eugenio circulaban rumores fantásticos: “Parece que ha matado a once muchachos...” “¡Es increíble! Y si no le encuentran al último, muerto en su propia cama, hubiera seguido la serie...” “¡No es posible!” exclamó la señorita Refugio tapándose los oídos. Pero cuando el escándalo estalló en todo su esplendor, la señorita no volvió a nombrarlo. ¡Yáñez y su cómplice habían confesado todos sus crímenes! Y sus compañeros trataban de hablar de aquel “horror” a espaldas de ella.

—No cabe duda de que donde menos se piensa, ¡salta la liebre! Pero qué bien escondido tenía su homosexualismo —decía el más joven de la oficina.

—¡Y pensar que venía tan tranquilo y volvía a su casa para seguir torturando a ese infeliz!

—¡Qué estómago! ¡Nunca me gustó ese viejo hipócrita! —concluyó Gómez, el jefe, que en el fondo se hallaba satisfecho de haber tenido bajo sus órdenes a aquel “monstruo”. Su importancia aumentó el día en que el propio secretario lo mandó llamar para pedirle informes sobre “el individuo ése a quien me da asco nombrar”.

—¿Cómo no se dio usted cuenta de la clase de hombre que era? —preguntó con gesto adusto.

Enseguida pidió detalles sobre su conducta, y ambos pasaron una hora hablando del caso que tenía conmocionada a la ciudad. Se despidieron con cordialidad.



En Saltillo, Pedro y Tito leyeron la noticia en los diarios, y se miraron aterrados. Ambos estaban escondidos en la casa de una comadre del padre de Pedro.

—¡Cabrones, les dieron la ley fuga! —dijo Pedro enrojeciendo de ira.

—¡Carajo! Esos supieron algo... algo que no debían saber. Cuando pase la racha investigaremos y a ver a cómo nos toca —dijo Tito, que se había puesto muy pálido.

—¡Somos unos pendejos! Les debimos haber dejado la dirección y en vez de vagar por Torreón se hubieran venido acá directamente —contestó Pedro.

—Pero ¿cómo íbamos a imaginar esto? Desaparecidos nosotros, desaparecía el peligro para ellos... Ni siquiera estaban fichados. ¡Carajo! El imbécil de Alberto no le debe haber avisado nada —dijo Tito dando vueltas por el cuarto.

—Mira, el secreto está en el muerto. ¿Quién era?... Si es que hubo muerto, cosa que yo dudo —contestó Pedro, que trataba de encontrar el porqué de aquellos asesinatos.

—¡Claro que hubo muerto! Es uno de los Galán. ¡Estoy seguro! Acuérdate cómo se agarró con la policía... Ya lo verás cuando salgamos de aquí.

—Tienes razón, ¡fue un cuatro muy bien montado! ¡Muy bien montado! y el pobre de Yáñez cayó en la trampa. Pero, ¿cómo llegó allí?...

—Todo lo sabremos, con el tiempo y un ganchito.



Esa misma tarde, los diarios publicaron las declaraciones de dos huelguistas hechas a la prensa desde la clandestinidad. En los diarios no aparecían ni sus nombres ni sus fotografías. Y los periodistas guardaban el más absoluto secreto profesional. Uno de ellos, el más enérgico, declaró:

El peligro en los movimientos populares es la infiltración de elementos oscuros, pertenecientes a la clase burguesa, que se mezclan con el pueblo sano para desvirtuar los verdaderos objetivos de la lucha de clases que hemos emprendido. Estos cuerpos extraños corrompen a los revolucionarios y ensucian los ideales que los mueven: la libertad, la igualdad y los derechos de los trabajadores. Es a esos elementos oscuros, a esos cuerpos extraños, a los que hay que eliminar, si alguna vez queremos tener en México una lucha limpia, que guíe a los mexicanos por el camino de la justicia.

Su compañero, que hablaba también desde la clandestinidad, fue más breve:

Por desgracia contamos con muchos elementos nuevos en la lucha, elementos que se dejan

encandilar por la imposible simpatía que les muestran algunos burgueses, buscadores de placeres prohibidos. ¡Alerta! ¡Alerta, camaradas, si no quieren terminar asesinados en el corrupto lecho de un degenerado!



En Saltillo, Pedro y Tito leyeron en voz alta ambas declaraciones y se miraron convencidos de que habían descubierto algo de suma importancia, algo que los dejó sobrecogidos y de lo que no se atrevían a hablar. Se miraron a los ojos en medio de un silencio que los aterró. Fue Pedro el que se acercó mucho a Tito para preguntarle en voz baja:

—¿Qué te parece?...

—Que ya sabemos todo... o casi todo... fueron ellos...

—Sí, ellos fueron... ¡Vendidos! ¿No te acuerdas que Ignacio llegó a casa de Yáñez a buscar al “herido”? ¡El herido era Galán!...

—Debe de haber estado muy mal herido y lo agarró la policía... —respondió Tito, que se había puesto muy pálido.

—¡Claro que estaba mal herido!... Ignacio y Eulalio lo acabaron de chingar. Lo entregaron a la policía y le aconsejaron que lo llevara a la casa de Yáñez... —Pedro estaba rojo de ira.

—¡Ellos montaron la trampa!... Y ¿por qué escogieron a Yáñez?... No lo entiendo...

—No lo sé... ¡Eso es lo que tenemos que investigar! Aunque, mira, lo más fácil es lo más obvio: lo hicieron por dinero. ¡Así de simple! Escogieron a Yáñez porque lo vieron con nosotros y algo tenían que esconder... ¡Vendidos!... —repitió Pedro en voz baja.

—No les va a durar mucho el gusto. ¿Tú crees que la policía necesita de dos cabroncitos como ellos? —preguntó Tito.

Pedro se quedó callado largo rato; luego, muy despacio, le explicó a su amigo:

—Sí, los necesita. A los que no necesita es a dos idiotas como nosotros. Y estamos en sus manos...

—¿De quién?... —preguntó Tito alarmado.

—De Ignacio y de Eulalio. ¿No lo ves? Habrá que ir con pies de plomo si no queremos acabar como Yáñez y Matarazo...



Pedro tenía razón. Desde el norte se enteró de que los dos cómplices ocupaban puestos de confianza en la sección administrativa. Tito hacía ya meses que se había ido a Centroamérica como guerrillero y Pedro decidió reunirse con él.

De Galán corrió la voz de que andaba en el extranjero, pero nunca más nadie volvió a verlo, ni a tener noticias de su andar por este mundo. Se diría que se lo había tragado la tierra. Y así era, en un lugar no muy lejano del que ocupaban Yáñez y Matarazo...

París, 1960